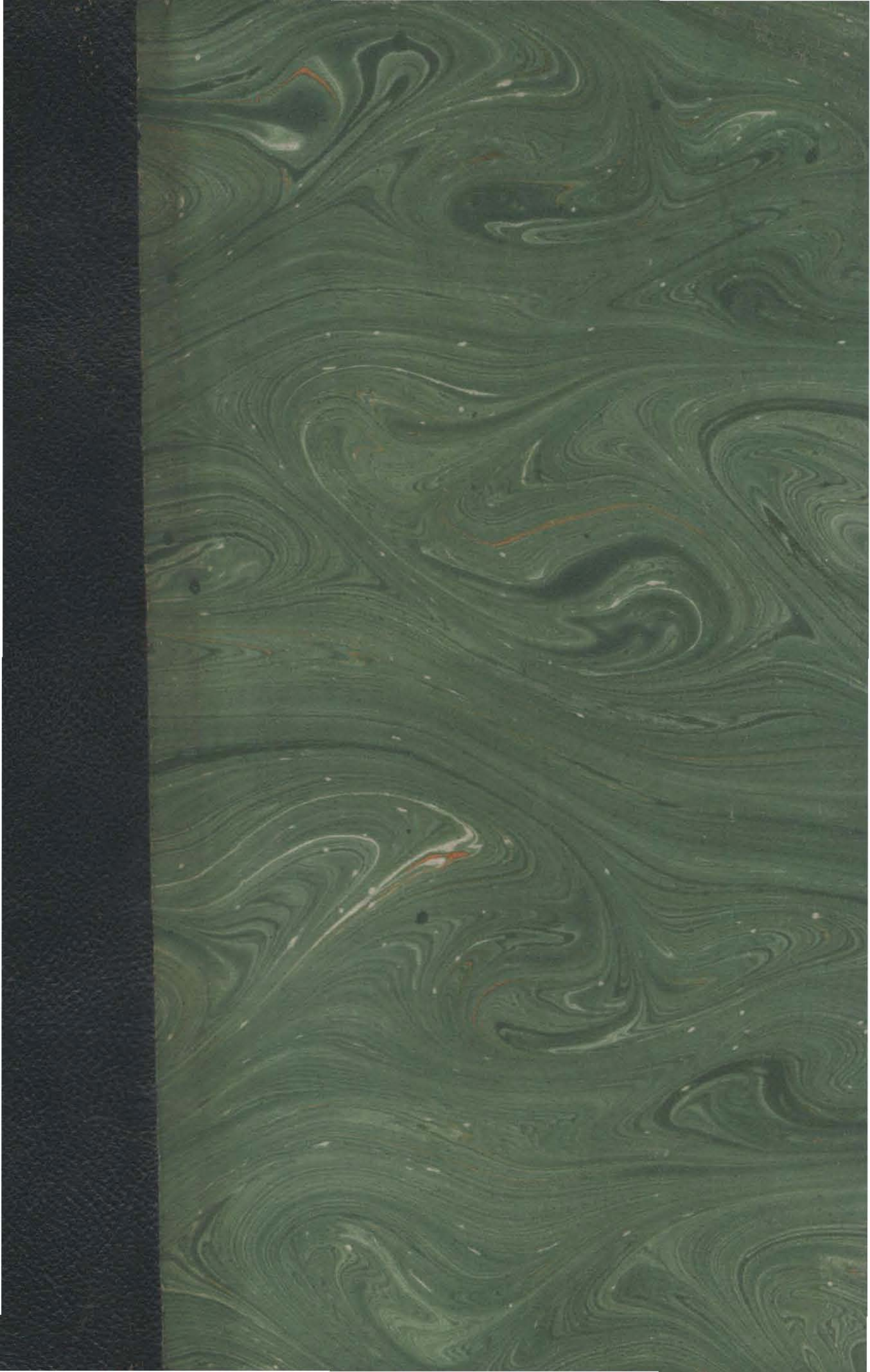


OBRAS DEL MISMO AUTOR

VERSO

Las Montañas del Oro	(*agotado*)
Los Crepúsculos del Jardín	"
Lunario Sentimental	"
Odas Seculares	"
El Libro Fiel	"
El Libro de los Paisajes	"
Las Horas Doradas	"
Romancero	

PROSA

La Reforma Educacional	(*agotado*)
El Imperio Jesuítico	"
La Guerra Gaucha	(segunda edición, en venta)
Las Fuerzas Extrañas	(*agotado*)
Piedras Liminares	"
Prometeo	"
Didáctica	"
Historia de Sarmiento	"
Elogio de Ameghino	"
El Ejército de la Ilíada	"
El Payador (*tomo primero*)	"
Mi Beligerancia	"
Las Industrias de Atenas	"
La Torre de Casandra	"
El Tamaño del Espacio	"
Acción	"
Filosofícula	
Cuentos Fatales	
La Organización de la Paz	
Estudios Helénicos.	

I La Funesta Helena
II Un Paladín de la Iliada
III La Dama de la Odisea
IV Héctor el Domador

EL ANGEL DE LA SOMBRA

EDICIONES M. GLEIZER

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

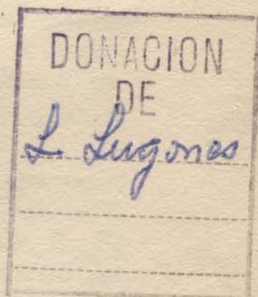
El Angel de la Sombra
1 VOLUMEN

La Guerra Gaucha
1 VOLUMEN

LEOPOLDO LUGONES

EL ANGEL DE LA SOMBRA

(NOVELA)





M. GLEIZER, EDITOR
BUENOS AIRES, 1926

EL ANGEL DE LA SOMBRA

I

Entre los asuntos de sobremesa que podíamos tocar sin desentono a los postres de una comida elegante: la política, el salón de otoño y la inmortalidad del alma, habíamos preferido el último, bajo la impresión, muy viva en ese momento, de un suicidio sentimental.

Muchas personas deben recordar todavía aquel episodio que truncó una de nuestras más gloriosas carreras artísticas: el caso del malogrado D. F., que al pie del nicho donde habían sepultado por la mañana una muchacha con la cual no se le conocía relaciones, se mató al anochecer de un balazo en el parietal. Lo que más interesaba a las señoras de nuestro grupo, era la singularidad de haber conservado D. F. en su mano izquierda, seguramente a modo de ofrenda póstuma, dos tulipanes rojos: extraño recuerdo cuyo sentido debía quedar para siempre incomprensible.

—Los símbolos de amor — había filosofado con sensatez uno de los comensales — no tienen importancia más que para los interesados. Aquellas flores significaban, probablemente, bien poca cosa.

—¡Poca cosa el misterio de una vida, el secreto

de una tragedia... — exclamó la más joven de las damas presentes.

—Misterio y secreto vulgarísimos, quizá...

—¡Vulgar D. F., un artista de tanto espíritu! — intervino a su vez la dueña de casa.

Y dirigiéndose a mí con encantadora vivacidad:

—Defienda usted, Lugones, que como poeta lo hará mejor, el honor de su gremio ante este monumento de prosa.

El "monumento" era demasiado respetable por su parentesco con la dama y por su ancianidad, para no imponerme la evasiva de una sonrisa silenciosa.

—Cosas de artistas! — añadió, justificándola, con la tranquilidad satisfecha de una excelente digestión.

Entonces otro de los convidados, un caballero que habíanme presentado al entrar y en cuyo nombre no reparé, opinó suavemente:

—Morir de amor nunca es vulgar...

Inútil añadir que obtuvo, al acto, el sufragio de las mujeres.

Pero advirtiendo, tal vez, que su afirmación era demasiado romántica, la atenuó con un poco de impertinencia psicológica:

—La gente incapaz de amar, que es la inmensa mayoría, desde luego, se caracteriza por dos creencias falsas: la vulgaridad del amor y el egoísmo de la mujer. Es infalible.

—Cuestión de experiencia — objetó un solterón elegante. — "Cada uno habla de la feria..." Y siendo así, me parece muy respetable el pesimismo de la mayoría.

—Es que ahí falta la experiencia, precisamente. Tanto valdría la opinión de un millón de ciegos sobre la luz. En cambio, aquellos grandes videntes, que son los iniciados del mundo oculto, consideran los dos mayores obstáculos para alcanzar las puertas de oro de la inmortalidad, al orgullo en el hombre y al amor en la mujer. Porque la mujer no ama sino en la eternidad: victoriosa de la muerte y del olvido.

Aquellas señoras, inclinadas de seguro al ocultismo cuya literatura empezaba a difundirse en sociedad, concentraron visiblemente sobre el defensor su interés y su simpatía.

—Dolorosamente victoriosa — completó él con la desapasionada seguridad de una enseñanza. — Porque el verdadero amor encierra este imperativo terrible: podrá no hallar correspondencia en la dicha, pero siempre la impondrá en el dolor. Y esto basta para explicarse por qué son tan escasos los seres dignos de amar.

—Y el poder de las lágrimas femeninas — concluyó, irónico, el anciano caballero.

—Y el poder de las lágrimas femeninas en que tantas veces, señor, se desangra un alma asesinada.

El tono de aquel hombre mantenía su perfecta discreción. Y acaso por su misma naturalidad, comunicó a la frase un vigor extraño.

Su rostro de nítida palidez, sus ojos obscuros, no delataban la menor emoción. Pero al fijarme en ellos por primera vez, me sorprendió lo impenetrable de su negrura.

Al propio tiempo, la joven dama exaltada, po-

niendo en él los suyos, preguntó con el desenfado audaz que autorizaba su belleza:

—¿Jugaría usted su inmortalidad al amor o al orgullo...

El interpelado frunció ligeramente las cejas.

—Carezco de orgullo — dijo — como no sea el nacional que oficialmente debo a la representación de mi país. El orgullo personal es un error. Y si no temiera pasar por jactancioso, lo definiría como un estado de desconfianza en nosotros mismos, que concluye cuando ya no abrigamos ningún temor de morir.

—¿... Entonces... — apoyó la interlocutora, insistiendo en su desafío.

—...Sólo queda el amor — aceptó el otro con lisura cortés. Pero la inmortalidad a que se refieren los maestros de la sabiduría, prosiguió, no es la bienaventuranza o la condenación de nuestros teólogos, sino el agotamiento de la necesidad que nos obliga a renacer y a morir otras tantas veces, mientras no logremos extinguir toda pasión.

Y para cortar, seguramente, aquel diálogo, generalizando la conversación, añadió con su mismo tono discreto, en el cual insinuábase, no obstante, una gravedad de advertencia:

—Porque en el amor está el secreto del infierno. O para decirlo con lenguaje más feliz, el secreto de Francesca. El infierno es la pasión insatisfecha que a la otra vida nos llevamos...

Todos habíamos callado al rededor de aquel original. Entonces, como él lo notara:

—Pero yo no soy — dijo riendo — un propagandista de la Doctrina Secreta. Recuerdo lo que

afirman sus afiliados, y nada más. Sin contar, agregó, dirigiéndose a la dueña de casa, aquel *Nocturno* de Chopin que se nos había prometido...

Acabado el *Nocturno*, la conversación particularizóse en cuatro o cinco grupos.

En el mío, formado de hombres solamente, alguien comentaba, con cierto despecho a mi entender, la provocativa insinuación del dilema de amor y orgullo que Clotilde Molina había planteado poco antes al "ocultista".

—Quién es? — aproveché para preguntar en voz baja a mi vecino.

—Un diplomático, embajador de no sé dónde.

En ese momento el hombre dirigíase a mí. Conocía algo de mi obra, por transcripción de revistas literarias, e invocaba la amistad común de José Juan Tablada y de Sanin Cano.

La verdad es que no me fué simpático; pero la cortesía mediante, dado su carácter de forastero mal conocedor de la ciudad por la noche, llevóme en su compañía hasta el hotel donde se alojaba.

—Seguramente va usted a extrañar mi pretensión — díjome de pronto, cuando estábamos a pocos pasos de la puerta. Pero le ruego que suba hasta mi aposento. Tengo que hacerle una comunicación de importancia; pues, no obstante mi propósito de permanecer algún tiempo acá, debo partir dentro de dos días.

Mas, ante mi indecisión asaz displicente:

—Un mandato — afirmó con acento apremiante y sordo. Y estrechándome confidencialmente la mano:

—En nombre de Al-Aziz-Bil'lah!

Vacilé como ante un abismo de misterio y de duda. Todo un mundo inmemorial, absurdo y trágico a la vez, pasó ante mí con este recuerdo: Al-Aziz-Bil'lah, el último Imán de los Asesinos!

II

Con todo, mi interlocutor debía resultar más sorprendente que su mensaje, por otra parte incomunicable hasta hoy; aunque el lector habrá comprendido que se refiere a la famosa secta maldita del Oriente, sobre la cual dije todo cuanto puedo publicar sin felonía, en la narración titulada *El Puñal*.

Empezaré, pues, a referir lo pertinente de la entrevista, desde que habiéndonos instalado en la habitación de mi interlocutor, éste me dijo:

—Aunque estuve, algunos años ha, designado en el Japón, que fué donde conocí a Tablada, el encargo que acabo de cumplir me lo dieron para usted en Londres. Vengo de allá directamente, acreditado también ante otros dos países limítrofes. Pensaba establecerme acá, pero una amenaza fatal acaba de intervenir en mi destino. Aquella señora de... — cómo es? — aquella hermosa mujer que se empeñaba en filosofar conmigo...

—Clotilde Molina?

—La misma — recordó con tranquilidad. Y luego, sin variar de tono:

—Esa dama se enamoraría de mí.

No pude reprimir un movimiento de disgusto an-

te tan cínica impertinencia. Pero él, comprendiéndolo:

—Cuando sepa usted quién soy — repuso — verá que, además de imposible, eso no tiene para mí ninguna importancia. Sólo me propongo evitar una desgracia que puede ser irreparable. Por lo demás, convendrá usted en que mi fuga, decidida así, no resulta un acto de tenorio.

Permanecí, como es de suponer, impasible ante esa afirmación que no me interesaba discutir ni esclarecer.

—El interés de la historia que va a oir — explicó él entonces — hállase para usted en su vinculación con el mensaje que le he traído. No sé si usted llegará a entender por completo, *ahora;* aunque sabe muy bien que el destino de los seres contemporáneos, principalmente si son del mismo país y del mismo grupo social o profesional, suele hallarse ligado por antecedentes misteriosos que el instinto revela bajo el nombre de simpatía, o que armonizan desde la sombra ciertas entidades llamadas "ángeles de compasión". Pero lo que usted ignora, quizá, es que dichas criaturas encarnan a veces, o para ser amadas, y entonces truécanse en los "ángeles de adoración" cuyo tipo fué Beatriz, o para amar con amor humano, bajo la noble designación de "ángeles de sacrificio". Y estos seres vienen siempre a la tierra bajo forma de mujer.

—De suerte — insinué — que los ángeles de la guarda...

—Provienen de una confusa generalización teológica. La vinculación humana de aquellos seres, no es común, y su encarnación constituye un caso

extraordinario. Asimismo, no todas las mujeres son ángeles. Pero la condición angelical sólo existe en la mujer.

—Con lo que viene a ser exacta la interpretación, teológicamente herética, de Boticelli.

—Sin duda, porque los ángeles no se hacen visibles sino en figura femenina.

—"Angeles o demonios", recordé, vulgarizando con desacierto.

—Triste lugar común! — refutó como apenado. Hasta para el teólogo más feroz, todo demonio es, al fin, un ángel caído.

Su palidez habíase aclarado con una especie de lejano trasluz, mientras los ojos ahondábansele, más sombríos que nunca. Sentí que en torno suyo formábase una como depresión aérea, o lento desnivel, que sin ser visible, tendía a atraerme con vaga impresión de vértigo. Y esta sensación fué tan nítida, que resistí, asiéndome instintivamente a los brazos del sillón.

Pero mi interlocutor distrájome a tiempo, agregando sin alterar la mesura de su tono:

—La concepción femenina del ángel, pertenece a la más pura alma de artista que haya existido nunca: es del beato Angélico, quien, seguramente, "vió" en un éxtasis, lo que Sandro no haría más que imitar después.

Reaccionando entonces contra aquella situación, tan absurda como el diálogo que la sugería, concluí no sin sarcasmo:

—Fácil era inferirlo por el título popular de "pintor de los ángeles" que daban al dominico.

—Es posible. Pero advierta usted que la creen-

cia en los ángeles es común a todos los pueblos: hecho singular, puesto que no se trata de seres vinculados a ningún interés capital, como la vida y la muerte, la bienaventuranza o la salvación, sino puramente de entidades de belleza. Por lo demás...

—Por lo demás, qué? — interrumpí con descortesía, bajo el incontenible sobresalto de una inminencia fatal.

—Yo he visto un ángel, señor, y asistí a su sacrificio.

Fué así, claro, sencillo, sin un ademán, sin un gesto, sin una frase.

En el silencio de la noche pareció que se acercaba la eternidad...

Pero aquí, para evitar la monotonía de un relato en primera persona, contaré a usanza corriente lo que el protagonista de la historia me refirió:

III

Carlos Suárez Vallejo debió a la notoriedad de algunos romancillos filosóficos elogiados por la prensa de su ciudad natal, el puesto de ayudante en el archivo de Relaciones Exteriores y la amistad de los Almeidas, familia distinguida, en cuyo salón era tradicional el culto de la buena literatura.

Si el dueño de casa, don Tristán, a quien por su estampa señoril solían llamar don Tristán de Almeida, era mejor letrado de bufete que cultor de las bellas letras, sin perjuicio de estimarlas en su justo valor, doña Irene Larrondo, su esposa, de los Larrondos de Mauleon, como ella advertía siempre, jugueteando con su guardapelo decorado por

el blasón alusivo — un león de su color, rampante en oro — amaba la literatura y la aristocracia con verdadera devoción, remachándole al apellido marital aquel *de* que su propio dueño no usaba, y conservando una enternecida predilección por los nombres románticos que desde luego llevaban sus dos hijos, aun cuando nada satisficiera dicha ocurrencia el gusto ya menos exuberante de ambos jóvenes.

Es así que el primogénito, Efraim, para eludir su afiliación novelesca, firmaba con la inicial de su nombre, a gran despecho de la sensible mamá, quien atribuía esa resolución, por darle en cara, a imitación de la extravagancia pueril con que su hermana hiciera lo propio, desdeñando el nombre de Eulalia que inmortalizaba en ella a la marquesa de Rubén Darío.

Capricho infantil, en efecto, aunque sostenido con genialidad precoz, la chicuela de ocho años salióle un día con que su nombre no le gustaba, por lo cual resolvía llamarse Luisa desde entonces.

Vanas las reflexiones y las órdenes, nunca se consiguió que diera el motivo de aquel cambio.

—Pero, vamos — había concluído cien veces la desconcertada señora — por qué no quieres llevar tu nombre?

—Porque no me gusta, mamá.

Y nunca variaba de respuesta ni de tono.

Don Tristán que, naturalmente, no daba importancia a la nimiedad, intervino una vez por condescendencia con su esposa.

Mas, como sus apelaciones a la obediencia y al

cariño, sólo obtuvieran pertinaz silencio, preguntó con ligera incomodidad:

—Por qué diantre quieres llamarte Luisa?

Entonces la criatura afirmó dulcemente, alzando sin pestañear sus ojos serenos:

—Porque ese es mi nombre, papá.

Lo curioso era que ni entre las relaciones, los parientes o la servidumbre, había ninguna Luisa.

Durante algún tiempo, los más allegados de la familia y de la amistad, entretuviéronse en procurar sorprenderla, llamándola de repente Eulalia, cuando se hallaba de espaldas o distraída. Nunca respondió ni dió señal de que oyera.

Cuatro años después, habiendo impuesto ya su nombre adoptivo, Efraim que le llevaba cuatro también, decidía firmarse con la inicial solamente, para disimular así, dijo, la cursilería novelesca del homónimo. Su apodo escolar de Toto generalizóse con ello; y por consentimiento o por ignorancia, viejos y jóvenes olvidaron al fin la realidad nominativa y romántica...

Sólo la desolada doña Irene obstinábase en su fiasco literario.

Y precisamente una tarde, a la tercera o cuarta visita de Suárez Vallejo, que no obstante su pobreza y su insignificancia social, entró de confianza, por ser literato, había sacado la conversación con buena maña.

Suárez Vallejo supo así el verdadero nombre de Luisa, que consideró, a su vez, insignificante, fuera de los versos donde correspondía sin duda al "aire suave" de la melodía evocada; y aquel capricho de niña, que le causó cierto interés.

—El nombre adoptado así — concluyó — deja a mi ver de ser vulgar.

—Pero cállese, Suárez — insistió la señora con risita sarcástica — si es la vulgaridad misma. Ni las lavanderas se acuerdan ya de semejante nombre. Lo más ridículo es que esta chica insista en esa tontería de la niñez.

Luisa sonrió vagamente, como alejándose en la larga mirada que atardó sobre la puerta del salón, donde la vislumbre crepuscular encuadraba su estañadura de espejo.

Casi enteramente de espaldas a la gran lámpara familiar puesta sobre el piano, en cuya banqueta había girado al entrar el visitante, la luz vaporizaba con ambarina fluidez su crencha castaña, aclaraba en gota rosa el lóbulo de la oreja, enternecía con transparencia de lirio el largo cuello y la delicada mejilla que una leve enjutez excavaba con lóbrega profundidad en la órbita, palpitada misteriosamente por pestañas larguísimas. Su blusa de seda blanca cobraba un tono de sonrosado marfil; y soslayada así en esa vislumbre que de ella misma parecía emanar, confirmó a Suárez Vallejo la impresión de una hermosa muchacha.

No pudo menos de compararla entre sí a la madre, tan distinta en su belleza criolla, espléndida todavía y de mucha raza también, aunque con ese tipo de ojos aterciopelados y tez morena que parece traslucir el oro rosa de la granada. Sólo se asemejaban por el perfil, particularmente en el corte de la boca.

—Entonces nunca pudieron averiguar por qué

no le gustaba su nombre... — concluyó él bromeando a Luisa.

Hubo un breve silencio de conversación decaída... Desde el inmenso patio solariego, que tenía algo de plaza y de jardín, pareció suspirar la ya entrada noche... Oyóse en el zaguán el paso de alguien que volvía.

—Efraim... — murmuró la señora.

Cuando, inesperadamente, la joven, dirigiéndose a ella, contestó la pregunta en que se había interrumpido la conversación:

—Por eufonía, mamá: Eulalia Almeida es un verdadero trabalenguas. Parece, añadió con irónica suavidad, el cloqueo de un pavo sorprendido.

—Ahi tiene usted, repuso doña Irene dirigiéndose al visitante; la comparación, la eterna comparación de mal gusto. Pero — añadió por Luisa — si quisieras llevar tu nombre como es, verías qué armonioso resulta: Eulalia de Almeida... Si es todo un verso!...

Y acto continuo, con ternura orgullosa de madre:

—No es verdad, Suárez, que parece una marquesita?

—Una marquesita de raza y de poema, contestó aquél con cierta extrañeza, al no haberle oído la consabida protesta: Por Dios, mamá!... — de todas las muchachas alabadas en tal forma.

Lejos de eso, la joven iba a sorprenderlo, recitando con cierto mimo impertinente en su propia gracia natural:

Mahaud est aujourd'hui marquise de Lusace.
Dame, elle a la couronne, et, femme, elle a la grâce.

—De quién son esos versos? — preguntó Suárez Vallejo, complacido por el acierto de la cita.

—Pero de Víctor Hugo... en *Eviradnus*.

—Es que esta señorita, dijo riendo Efraim que en ese momento entraba, no lee sino poemas formidables.

—Lo que yo admiro es la memoria para retenerlos, afirmó el otro. Eso andará por los mil alejandrinos.

—Pero yo no me lo sé de memoria. No retengo de lo que leo sino algunos versos, que se me quedan como si los hubiera sabido. En ésos habrá sido, tal vez, por lo curioso del nombre, añadió dirigiendo a doña Irene una sonrisa intencionada.

—Cómo se dirá Mahaud en castellano? — preguntó la aludida.

—Creo que Mafalda, dijo Suárez Vallejo. O Matilde, que es lo usual.

—Pero Toto, insistió Luisa, es injusto con eso de los poemas formidables. De leer, claro, me gusta elegir lo mejor...

—En el género heroico.

—No, Toto, no exageres. Ayer, no más, me viste entusiasmada con aquellos preciosos versos de Francis Jammes...

—Es verdad; pero porque hablaban de la muerte: el otro tema preferido:

... la mort aux pâleurs d'aube,
Qui dans ses mains de cire a des légers lilas.

Sin saber por qué, Suárez Vallejo notó repentinamente que las manos de Luisa, cruzadas sobre la falda obscura, eran de una palidez extraordinaria...

Pero su amigo interpelábalo en eso:

—A propósito: la te de *"mort"* ¿se liga o no con la palabra que sigue? Ayer discutíamos eso con Luisa.

—Nunca se liga, salvo en la frase *mort ou vif*, contestó Suárez Vallejo levantándose.

—Pero usted posee admirablemente el francés, comentó la señora.

—Tanto como admirablemente... Lo perfeccioné un poco cuando fuí escribiente del jefe de ingenieros en el ferrocarril de la compañía francesa.

—Y estuvo ya en Francia?

—Todavía no, aunque pienso ir, como es natural.

—Pronto? — interrogó Luisa.

—Ni pronto ni tarde. Es un proyecto en postergación permanente, añadió Suárez Vallejo chanceando.

Y se despidió.

IV

Mas, apenas hubo salido, cuando Efraim saltó con brusco reproche:

—Qué tienes tú que interesarte porque un conocido se vaya o no? Qué puede pensar ése de tu pregunta?

—Tienes razón, Toto, acató la joven suavemente.

—Tienes razón... tienes razón... Ya sabemos

tu costumbre de no contrariar jamás de palabra. Pero conviene pensar más lo que se dice. A qué vino ese "pronto"?... Te aseguro que me dió una rabia! Porque, veamos: a ti qué te importa?

—Pero nada, por Dios! Lo dije pensando en algo que está a mil leguas de tus escrúpulos...

—Pensando en algo?... Y en qué?

—En que Suárez Vallejo podría quizás enseñarme, enseñarnos, si te parece, la dicción que nos falta.

—Lo dices porque sabes que suele ocuparse en preparar alumnos reprobados?

—No, no lo sabía; pero tanto mejor, entonces. Así no te mortificará ya mi proyecto.

—Como proyecto, no; aunque el profesor no me gusta. Es demasiado joven.

—Pero qué edad tendrá? — intervino la señora.

—No sé, mamá... Veintiocho a treinta años...

—Treinta años, no es decir un jovencito, Efraim. Y Suárez Vallejo me parece, además, un mozo serio, instruído.

—Como serio y culto, lo es. Ya te he dicho que pasa francés a varios alumnos libres, para ayudarse. Porque es muy pobre. Y muy altivo.

—Eso se le advierte. Con lo que me parece más oportuna la idea de tu hermana. Siempre le convendrá a ese joven una lección cómoda y bien retribuída.

—No sé si aceptará; porque es muy distinto, siendo amigo de la casa. Además, no me encargaría yo de verlo. Y francamente preferiría a M. Dubard...

—Pero si el pobre M. Dubard, compadeció la

señora, no tiene ya día sano. Es más que un hombre un catarro de ochenta años cumplidos.

—M. Dubard... u otro así.

—Pero qué tiranía con tu hermana!

—Déjalo, mamá, dijo Luisa con jocosa displicencia, echando los brazos atrás para apoyar la cabeza en las manos. Quiere condenarme a vejestorio perpetuo.

—No hagas la víctima, hermanita. Claro que no dudo de ti. Pero a veces eres demasiado franca.

—Sin embargo, nadie hay más dócil para dejarse gobernar.

—De palabra, vuelvo a decirte; y tal vez por evitarte la molestia de discutir; pero acabando siempre por hacer lo que quieres. Mujercita al fin...

—Plagio de papá, señor hermano, como siempre que te pones cargoso.

—En suma, interrumpió la señora por avenencia, será mejor consultarlo con tu padre.

Así se hizo, en la mesa que presidían a la antigua, es decir desde ambas las cabeceras, don Tristán y su esposa; si bien por impedimento de esta última, siempre dolorida de su brazo neurálgico, servía su hermana mayor, la tía Marta, una solterona agregada a la familia, aun cuando disfrutaba de renta propia.

Consejera de doña Irene, quien se casó muy joven, y huérfanas ambas, formó desde luego parte del nuevo hogar, donde su prudencia ganóle a poco la estimación del marido, predispuesta por la piedad ante el contraste sentimental que había malogrado su existencia: el vulgar episodio del

prometido infiel, que para mayor pena no mereció el sacrificio de su belleza y su juventud.

Porque, hermosa, lo fué realmente, hasta constituir un tipo, como su sobrina, que se le parecía mucho, según era de ver cuando estaban juntas; pues, más que por las facciones, de mayor finura en ella, asemejábanse por la expresión casi fatal, que parecía sombrear la frente y los ojos con una leve cargazón de entrecejo.

Era, al decir de doña Irene, el rasgo característico de los señores de Mauleon, que para grima suya no había ella sacado, aunque legara, por su parte, a Luisa, la nariz casi griega y la boca de palpitante frescura: una boca grande, vívida, en que la juventud reventaba su generosa flor.

Precisamente, la gracia singular de la joven provenía del contraste entre esa boca y los ojos castaños, de claridad tan nítida, que sin ser melancólica, parecía llorada; pues acentuando así la línea mística del rostro un poco largo, definían aquella oposición en que reside el misterioso imperio del encanto, superior muchas veces a la misma belleza.

Tía y sobrina profesábanse gran cariño, al cual no eran, respectivamente, ajenos, el parecido en que revivía para aquélla lo más hermoso de su noble dolor, y la admiración que éste imponía a la otra, con una especie de trágica superioridad.

Fué así la tía, quien al advertir el interés muy natural, aunque quizá indefinido aún, de la joven, por aquella provechosa ocupación, allanó la dificultad que el consultado no resolvía, disimulando, según costumbre su indecisión tras la impasibili-

dad realmente marmórea de su lozano rostro y de su calva tan límpida como sus lentes.

—Lo que pueden hacer, dijo, es organizar una clase de conjunto con Adelita Foncueva que también quiere perfeccionar su dicción, según me parece habérselo oído a Luisa.

Todo quedó así arreglado al instante. Don Tristán se inclinó sobre el plato, dando con el cuchillo en el borde los tres golpecitos que constituían su modo de celebrar cualquier acierto; doña Irene dilató en una sonrisa como jugosa de bondad, su boca siempre bella; y Efraim despojóse de su gravedad un poco hostil al proyecto.

Su frente más bien angosta, de una suave obstinación femenina, pareció iluminársele bajo los cabellos, castaños como los de su hermana, pero abandonados en apolíneo desorden; porque no había rostro más sensible a cualquier emoción, hasta volverse, conforme ella fuera, desagradable y simpático en extremo. Una verdadera claridad juvenil irradió sobre todos su expresión serena; y la fuerte mandíbula, apretada con firmeza casi brusca, desafiló como bajo una caricia su corte seco.

"Los mismos ojos de Luisa", pensó cariñosamente la tía Marta, al ver abismarse en su fondo aquella líquida claridad.

—Así estudiarán los tres, dijo en alta voz, aludiendo a la amiga de su ocurrencia. Y cuando sea menester, yo haré de rodrigón con el mayor gusto.

Luisa que había permanecido como ajena, bajo aquella abstracción remota que le era peculiar, pareció envolverla en la suavidad silenciosa de sus pestañas.

—Si mandáramos por Adelita... para saber... — propuso.

Aprobó doña Irene, levantáronse padre e hijo, y en ese momento entró el doctor Sandoval que venía como todas las noches "a invitarse" su consabido café.

V

Ignacio Sandoval, médico de la familia y amigo íntimo de don Tristán con quien se tuteaba, aunque tenía quince años menos, había convertido aquel café de sobremesa en obligado prólogo de la tertulia del club, a la cual ambos acudían con idéntica regularidad, sin perjuicio de considerarla invariablemente aburrida.

Vinculado a doña Irene por cierto lejano parentesco que sólo bromeando mencionaba, viudo sin hijos desde la juventud, contrajo hacia aquella familia un afecto rayano en ternura para los dos jóvenes, aunque jamás excedido de la mesura profesional.

Siempre jovial, a despecho de canas precoces cuyo gris metálico obscurecía más aún el rostro cetrino, de curtida magrura y larga nariz, su afable charla parecía estar borrando constantemente en aquella faz, la ruda fiereza que le sobrevenía con el silencio.

—Gesto de los Mauleon, que fueron piratas—pretendía por afligir a su parienta.

Claro está que le consultaron el proyecto, sabiéndolo informado sobre los antecedentes del "profesor", y que lo aprobó sin ambages, considerán-

dolo, en lo íntimo, excelente remedio contra el pertinaz aislamiento de Luisa, motivo para él de recóndita inquietud. Ya había recomendado que lo evitaran; pero según respondió doña Irene, nadie conocía mejor la invencible obstinación de aquel capricho.

—Me parece muy agradable, muy útil, y competente como ninguno el catedrático, ya que M. Dubard se ha puesto, el pobre, tan viejito. Creo que Suárez Vallejo aceptará, porque debe estar un poco harto de su clientela bajo cero...

Sonrió con su propia alusión de doble sentido termoclínico, agregando por advertencia:

—Con todo, será mejor que lo hables tú, Tristán, o más bien Marta, para salvar el escollo quizá difícil del arreglo...

—Porque supongo, afirmó Luisa con categórica serenidad, que no vamos a cometer la grosería de proponerle una tarifa que no aceptará nunca.

—No veo, entonces, cómo... — balbuceó don Tristán, ahogando a medias su frase en el humo del cigarro que encendía.

—Me inclino a creer lo propio, opinó el doctor, y quizá encuentre yo el arbitrio. Veo, *Luchita,* que has comprendido al muchacho. No sólo es un hijo de sus obras, formado a todo el rigor de la suerte, huérfano desde la primera niñez, sino un espíritu generoso hasta la abnegación.

Y suspendiendo a medio ademán la taza de café:

—Creo que nunca les he referido cómo lo conocí. Fué ahora seis años, cuando hubo en la línea francesa aquel descarrilamiento que hizo tantas víctimas. Era yo el único médico que iba en el tren,

y como tuve la suerte de salir ileso, emprendí al acto el socorro de los heridos. El cuadro era horrible, entre los vagones hechos pedazos y los escapes de vapor de la locomotora tumbada que podía estallar de un momento a otro, completando la catástrofe. Para mayor desamparo, los maquinistas y el conductor hallábanse entre los muertos. Procuraba multiplicarme, ayudado por dos o tres pasajeros ilesos como yo, aunque demasiado aturdidos para serme útiles, cuando vi que se me acercaba, cubierto de polvo, sin sombrero, pálido, un muchacho que con voz tranquila me dijo:

—Soy empleado de la compañía, doctor; puede usted disponer de mí.

—Lo primero, respondí, será ver que la caldera no estalle.

Dirigióse a la locomotora, con demasiada lentitud según creí.

—Pero muévase, por Dios! — le grité indignado.

Apresuróse, inclinándose un poco; pareció que se tambaleaba, como si tropezase; pero se recobró, y un momento después hundíase a gatas entre el montón de ferralla, vapor y fuego.

No sé cómo dió con la válvula, exponiéndose sin duda a asarse vivo veinte veces; pero de allí a poco, oí con satisfacción el chirrido salvador del escape.

Vuelto a mi lado, trabajó sin desfallecer, silencioso, apretados los labios, más pálido y más decidido cada vez, hasta la llegada del convoy de socorro.

Sólo entonces, mientras nos lavábamos en el ca-

marote que se nos destinó para descansar, me dijo con la misma voz tranquila:

—Perdone si lo molesto, doctor, porque los médicos de la empresa tienen todavía tanto que hacer. Pero creo que a mí también me ha tocado algo.

Tenía dos costillas rotas y la pleura lacerada por una tremenda contusión.

Estuvo muy grave; pero no hubo modo de que aceptara ninguna gratificación de la empresa, ni que consintiera en la publicidad de su acto.

Pidió únicamente su traslado acá, para tener, decía, ocasión de instruirse un poco; empezó a escribir, obteniendo luego el empleucho del Ministerio... y las lecciones...

—Que tú le proporcionaste, interrumpió don Tristán.

—Que yo le sugerí. Pero, quién de ustedes tuvo la idea?...

—Yo, dijo Luisa, más abstraída que nunca en la serenidad de sus grandes ojos.

—Te lo dirían las voces... — bromeó Efraim, tranquilizado por aquella actitud.

Luisa y el doctor sonrieron vagamente.

VI

Aquello de las voces, referíase a una de las rarezas infantiles de la muchacha; pues como la tía Marta estuviera leyéndole una vez la vida de Juana de Arco, declaró muy seria que ella también oía a los ángeles.

Desolada por las reprensiones y las chanzas que motivó de consuno, refugióse en la bondad del

doctor, a quien preocupaban un tanto las ocurrencias de aquella chica, absorta en esa época por un mórbido gozo de llorar que la extenuaba en inefable abandono. Poco antes de esas crisis, todavía asaz lejanas de la nubilidad, para no ser más singulares, era cuando experimentaba la ilusión de las voces, que Sandoval aceptó como ciertas, ganándose su gratitud sin límites; pues nada la ofendía tanto como que dudaran de su veracidad, perfecta, por otra parte.

Eso motivó confidencias de un éxtasis candoroso que asombraba al médico, tanto como la seguridad afirmativa de las expresiones inconcebibles en aquella niñez, por precoz que fuera.

Así, una vez, sentándola en sus rodillas para consolarla de cierta duda con que habíanla herido, preguntóle qué le decían los ángeles.

—Me dicen cosas tan lindas y tan raras!... —afirmó, mirándolo como solía con ojos apacibles.

Y al cabo de un instante, sin pestañear:

—Me hablan de amor y me llaman al olvido.

Por sereno que fuera, Sandoval no pudo reprimir un escalofrío.

Mas, dominándose por disciplina profesional:

—Qué te dicen, insistió, cuando hablan así?

—Me dicen que llore para no estar sola.

Comprendió que se trataba de una turbación sin consecuencias, causada tal vez por el efecto de palabras forzosamente enigmáticas para la mente infantil. Pero, no sintiéndose satisfecho del todo con su propia explicación, preguntó por confirmarla:

—Y cómo son los ángeles?...

—No son como nada. Son unas listas azules en la oscuridad.

Todas sus dudas disipáronse entonces. Era un caso infantil de imaginación divergente.

Pocos días después, la criatura, ligeramente indispuesta, copiaba junto a la estufa del comedor una lección atrasada, ocupando con libros y cuadernos la cabecera de la mesa. El médico acababa de aprobar la precavida reclusión, y doña Irene había ido por el termómetro. Sin levantar la cabeza del cuaderno, en el cual seguía escribiendo al parecer, Luisa dijo:

—Sabe lo que "me hablaron" anoche? M. Dubard está unido a mi destino.

La aproximación entre "los ángeles" y el profesor, que envejecido ya entonces, habíase retirado de la casa en un acceso de mal humor profesional, era demasiado cómica para no sonreir.

Siempre inclinada, Luisa lo advirtió, no obstante. Y poniéndose bruscamente sombría, añadió con voz glacial:

—Pasado mañana cumplo once años, no? No vaya a mandarme nada. No quiero que nadie se moleste más por mí.

Retrájose en adelante, como nunca estudiosa, hasta no abandonar sino por momentos la habitación aislada que habían debido concederle, al fondo de la casa, para evitarle una congoja: el pavor de la luna cuya claridad directa no podía sufrir, y que sólo desde allá era invisible; mientras una ancha ventana abríase con buena ventilación sobre la quinta. Autorizada por Sandoval, gracias a ese detalle higiénico, aquella instalación, que Luisa no

dejaría más, absorbió entonces, en una especie de hurañía hostil, su almita exaltada. Sintióse, en cambio, con desconocida felicidad, mucho más dueña de sí misma; y ante la sombra de la noche, parecíale que en la reja de la ventana donde apoyaba durante horas la frente, para contemplar, las estrellas, realizándole un cuento sin principio ni fin, incrustaban los brillante de una corona...

VII

Largo tiempo estuvo ofendida con el doctor, hasta que una desgracia la aproximó de nuevo.

Cierta chicuela expósita, que doña Irene aceptó criar, destinándola para camarera de su hija, cayó grave de tifoidea.

Luisa que hasta entonces no había hecho gran caso de ella, sintió despertársele repentina piedad, al saberla aislada en el Hospital de Niños.

Y harto discreta para no insinuar siquiera un proyecto de visita, decidió "perdonar" al doctor, mediante la promesa de una atención especial, implorada con ternura casi violenta.

Sandoval debía traerle noche a noche su impresión y hasta una copia del diagrama febril, que ella recorría palpitante de compasión, seca la garganta, bajo la angustia de un invencible presentimiento.

Hasta que un día, enervada por la lentitud para ella inicua del mal, arriesgó la petición imposible, afirmando al doctor con suficiencia desconcertante:

—No podemos dejarla morir así.

—Conforme, hijita; pero al pabellón de aisla-

miento no se puede entrar, aunque yo lo quisiera.

—¿De ningún, de ningún modo?

—No, *Luchita.*

Enmudeció, resignada de pronto; pero al día siguiente muy temprano, la camarera de la tía Marta, primera en levantarse, veíala aparecer ya vestida como para la escuela, con un paquete que le entregó, mientras decíale:

—Acompáñame al hospital. La Flora se muere.

Fué tan imperioso aquel acento de opaca nitidez, que la criada obedeció sin réplica.

Mas, ya en la calle, a los cincuenta metros de sumisa marcha, el eco de sus propios pasos en la avenida desierta pareció volverla a la realidad.

Y balbuciendo por excusa el recuerdo de un calentador que había olvidado apagar, regresó llena de medrosa premura.

Cuando la tía Marta advertida de aquel propósito asomó a la puerta, la criatura, firme en la acera, duro el rostro, congelada en alabastro su palidez, imponía una dominación seráfica. Hubiérase dicho que la vibración de su impaciencia generosa, desprendíala del suelo como un resplandor de voluntad. Obedeció al signo con que la llamaron, comprendiendo lo inútil de la resistencia; pero la tía nunca pudo olvidar la arrogancia dolorosa de su mirada.

Llevaba en el envoltorio un vestido blanco y una muda de ropia limpia. Al atravesar el patio, sin que mediara ninguna pregunta, inútil por lo demás, afirmó con entereza:

—Mándenle entonces ustedes a la Flora ese ves-

tido blanco que le gustaba... Para que se muera contenta... Porque hoy se va a morir.

—Pero qué ocurrencia, criatura!

—No es ocurrencia. Anoche vino. Buscaba algo. Pasó junto a mi cama y yo la oí.

"Una de tantas", pensó la tía, recordando las extravagancias habituales.

Para evitarle reprimendas, calló a su hermana el conato de escapatoria; pero como la enferma murió en efecto esa tarde, la misma Luisa refirióIo por la noche a Sandoval, delante de todos. Lo que nunca quiso decirle fué cómo había oído lo que pretendía, afectada quizá por los reproches que suscitó su propia franqueza.

Lo cierto es que no volvió ya a hablar de las voces. Fué pasando el tiempo; la crisis devota que el doctor esperaba para la adolescencia, no se presentó; y a los dieciocho años, la ya hermosa muchacha solo conservaba de sus rarezas, si tal nombre merecía, el excesivo retraímiento social motejado de orgullo por los extraños, aun cuando no era más que un dulce pesimismo.

VIII

—Me alegro, Sandoval, que halle buena la idea de tomar como profesor a Suárez Vallejo, afirmó doña Irene. Por más que a este caballero — añadió por su hijo — le parecía inconveniente.

—Inconveniente no, mamá. Lo que cería, y creo, es que debe reflexionarse antes de introducir un extraño. No basta que sea inteligente, culto, escritor, si quieres. Ya sabes que el linaje no me pre-

ocupa como a ti; pero aunque la apariencia, los modales de ese muchacho, causan buena impre sión, nada sabemos de sus antecedentes...

—Eso lo encuentro muy justo, apoyó don Tristán, calándose los lentes con energía.

—Yo también, convino el doctor; pero conozco los antecedentes de Suárez Vallejo, a quien, como a todo el que vale, no faltan detractores, y les puedo garantir su conducta.

—Ah, sí?... murmuran algo? — preguntó don Tristán, tomando al propio tiempo que el médico, gabán, sombrero y bastón.

La llegada un tanto ruidosa de Adelita Foncueva, cuya entrada, en arranque de pájaro, era siempre efectista y gentil, cortó la respuesta. Pero Sandoval, aprovechando a la vez el ligero tumulto, aseguró a su amigo con evasiva prontitud:

—Ahora, en la calle, te diré.

Luisa enrojeció ligeramente. Unica en oir la frase, había comprendido lo que insinuaba sobre el origen del "profesor".

Mientras los fieles contertulios encaminábanse al club, la recién llegada comentaba con los otros el oportuno proyecto.

Linda, traviesa, un poco engreída de su lujo y su juventud, era a no dudarlo más bonita que Luisa, aunque menos interesante: verdadero pimpollo en que la vida se gloriaba con delicia triunfal. Todo en ella expresaba la dicha, desde la boca pequeña y dulce hasta los ojos de antílope en que se azoraba la suavidad de la promesa. Su encanto virginal era un verdadero esplendor de aurora. Su gracia embellecía la serenidad de los ancianos y

hacía saltar como cabritos los corazones juveniles, cuando en reída claridad granizaban su alegría los dientes luminosos. Vestía muy bien, con cierto recargo que por lo demás sentaba mucho a su tipo. Y ávida de seducir, por dominio, que no por gentileza, no olvidaba detalle, desde la intención del reojo hasta la coquetería del pie. Nadie conocía con arte más instintivo, que es decir más perfecto, la atracción de la ingenuidad rebuscada.

Admirada por Luisa con sinceridad, como una muñeca preciosa, ponía aquélla en perfeccionarla una verdadera complacencia de hermana mayor, aun cuando tenía dos años menos. Sólo disentían en el detalle del perfume, que Adelita cambiaba según la moda, habiendo pasado últimamente de la *Volkameria* al *Jockey Club,* intensos y complicados; mientras su amiga conservábase fiel a la nobleza ligeramente sombría del ámbar, casi místico en su espiritual vaguedad. Así había resistido la tentación pueril con que la otra quiso inducirla a substituir "ese perfume de abuela", por el capitoso *Bouquet Louise* que *debía* corresponderle.

Todo eso denunciaba la cultura un poco fútil de la chica, nada dócil por lo demás en su propia ligereza. De suerte que la ocurrencia de la tía comportaba un feliz acierto.

Pero si Adelita la acogió con entusiasmo, su impresión no era favorable al "profesor". Parecíale, en suma, "demasiado filósofo". Y luego:

—No lo calificaré de antipático, no; pero lo hallo... este... cómo diré?... un poco fortacho. No sé... demasiado ancho de espaldas... el pelo demasiado corto, y tan renegrido... Y unas cejas

que dan miedo de juntas! La frente, sí, la tiene despejada: una hermosa frente... Claro... algo ha de tener — comentó, echando una ojeada comparativa sobre Efraim — ...Pero mira con una tranquilidad tan segura, que choca, que ofende, porque es una arrogancia. Y ese aire de estar siempre pisando la tierra como si fuera suya?... Y las manos, señora! unas manos tremendas, con los dedos que parecen fallebas. Mamá dice que son de pianista o de espadachín. Yo le encuentro algo de comandante.

—Pero Adelita — rió Efraim — qué implacable está con el pobre Suárez Vallejo.

—Implacable porque no lo hallo buen mozo? Puede ser... Pero no le niego su preparación ni su talento.

—Eso es lo razonable, Adelita, aprobó la tía Marta.

Con todo, la chica insistió aún en sus reparos: los ojos demasiado negros, la boca demasiado gruesa. Lo único que le hallaba distinguido era la palidez.

Advirtiendo que se había manifestado un tanto excesiva, quizá, insistió sobre el mérito intelectual del "profesor":

—Un talento brillante... Una erudición... Quién va a negar... Procuraré no desmerecerle como discípula. Quizá no me gusta porque no lo entiendo. Como soy tan ignorante... — añadió, coqueteando visiblemente con Efraim. Es más para ti, Luisa; más de tu temple... — podré decir... feudal?

Y con homenaje irónico, que no excluía un cordial acatamiento:

—Es de los que prefieren como tú, Beethoven a Chopin.

Luisa la miró con grave ternura.

IX

Suárez Vallejo mismo, "hablado" al fin por doña Irene, evitó sin saberlo el punto difícil:

—Con el mayor gusto, si ustedes me creen útil. Pero sobreentendido que no se trata de "pasar" lecciones a tanto la hora. Ni siquiera del reloj con monograma al finalizar el curso — agregó festivamente.

Doña Irene no pudo menos de admirar, tanto como su dignidad cortés, la hermosura viril de su boca gruesa.

Por otra parte, el doctor Sandoval había dado con el arbitrio que dijo.

Suárez Vallejo, empeñoso siempre, deseaba seguir el curso diplomático que exigía la ley a los cónsules generales, con obligación de practicar sus dos años en una escribanía de la matrícula: adscripción bastante difícil de conseguir. Pero don Tristán, aunque no tenía ya bufete abierto, conservaba muchas vinculaciones curiales, siendo entre ellas la mejor una de cierto antiguo procurador suyo, Fausto Cárdenas, a quien echó con felicidad el empeño. El tacto del adjunto hizo lo demás; y a los quince días, él y Cárdenas eran ya buenos amigos.

No costaba eso mayormente, cayéndole en gracia al escribano, recio criollo que parecía aventar la espontaneidad con su renegrido pelo, echado todo

hacia atrás para más despejo de la ancha cara morena. Era hombre de primera impresión, y justificábalo por cierto su perspicacia, exenta, no obstante, de vanidad, hasta resultarle una malicia plácida que reía con sus ojos de amarillez perruna, mientras el bigote entrecano y rudo decidíale un gesto casi terrible.

Campechano de suyo, gustábale, sin embargo, la expresión sentenciosa, que en los casos difíciles solía ser una cita de cierto tío suyo: el finado coronel Cárdenas, "quien me crió y formó", recordaba satisfecho.

X

Durante seis semanas las lecciones progresaron, gratísimas, con intermedios de charla y de música, dando a las tardes de viernes y domingos tan imprevisto encanto, que de común acuerdo agregaron una reunión la noche del miércoles. Así no recargaba Suárez Vallejo sino una tarde por semana su quehacer de oficina, aun cuando él consideraba ameno descanso aquella larga hora entre seis y ocho; al paso que podía participar, pues bien lo deseaba, doña Irene, demasiado ocupada por sus asociaciones pías y benéficas. La tía Marta, entregada a las atenciones domésticas, exagerábalas un poco, tal vez, para dejar mayor libertad a la gente joven; y don Tristán estimaba poco los versos. Así, Suárez Vallejo, invitado a comer algunos miércoles, no hablaba con él más que de legislación y diplomacia, reprimiendo con jovial disciplina de "pro-

fesor", cualquier conato tendiente a proseguir o anticipar el tema literario.

—Cada cual su gusto y provecho — sentenciaba — y el mío consiste ahora en escuchar.

De sobremesa, solía recordar con el doctor, que era aficionado, algún certamen de esgrima.

—Lo que no me explico, decíale Sandoval, es cómo, siendo tan fuerte, nunca quiere usted figurar en ninguno.

—Es que no hago sino esgrima de combate.

—Y lo que me explico menos, intervino una vez Efraim, es cómo se da tiempo para todo. Porque me dijo el maestro de armas que nunca deja de tirar...

—Es la voluntad, Toto, afirmó Luisa.

—Sí, pues; la disciplina que te falta, completó el doctor, y que te haría tanto bien. Porque a despecho de tu buena constitución, eres más bien un poco endeble...

Efraim se encogió de hombros con displicencia.

—... O demasiado nervioso si quieres... Y con esto, bastante impulsivo.

—Razón de más! Razón de más! — sentenció don Tristán, apoyándolo con los tres golpecitos de costumbre.

Suárez Vallejo calló, ganándose con ello la simpatía de Efraim.

XI

—Por qué no hace más que esgrima de combate? habíale preguntado Luisa, la tarde siguiente, mientras Efraim atendía a Adelita en el piano.

—Por ganar tiempo, replicó brevemente.

Mas, como ella insistió con incrédula mirada:

—Y por precaución... — añadió casi desabrido.

—Pero quién va a atreverse a ofenderlo! — exclamó Luisa.

—Los necios, peores que los enemigos.

Callaron de golpe, cohibidos sin saber por qué, y disimulándose aquel recíproco malestar con un interés musical que no sentían.

Era lo inverso de la otra pareja, cada vez más preocupada de música que de dicción. El caso es que bajo cualquier pretexto interrumpía la clase, formando resueltamente "el partido de Chopin", como afirmaba Adelita con gracioso descaro, y hasta ausentándose a la quinta, donde Efraim descubría aquella estación una interesante precocidad en la florescencia de los naranjos.

—Felices las novias! — había comentado Adelita con alusión trivial.

Mucho avanzaba, por cierto, la primavera, estallando como aturdida de sol en pimpollos y gorjeos, mecida en la cándida languidez de los nubarrones con que parecían soñar su propio azul grandes cielos conmovidos; y adelantada como ella, en un estreno algo profuso de trajecitos claros que le sentaban con verdadero primor, la chica, al decir de Efraim, asemejábase locamente a una mariposa. "Locamente", expresaba con propiedad la alada embriaguez en que aquella delicia de juventud se abandonaba a la vida.

—Cómo está de preciosa! — había admirado Luisa el último viernes, al verlos salir para el ya habitual "paseo de los naranjos", enternecida a la vez

por tanta hermosura y por la visible inclinación que nacía en la pareja.

—Advierto, dijo Suárez Vallejo con ironía cariñosa, que los naranjos no se cansan de florecer...

Luisa bajó la voz, como si la armonizara con la luz decreciente del salón en cuyo fondo ya obscuro hundía una de sus habituales miradas largas:

—Siempre — meditó — siempre florecerán demasiado pronto.

Una alarma, juntamente indefinida y absurda, angustió a Suárez Vallejo.

—Lo cierto es, rió para sobreponerse, que a mí también empiezan a interesarme los donosos naranjos...

—Quiere que vayamos a verlos? — preguntó Luisa con dulce sumisión.

—No, gracias; malograríamos otra vez nuestra clase. Perdemos ya demasiado tiempo, y no olvide que el miércoles hay asueto forzoso.

—Es verdad, asintió ella con la misma dulzura.

Una variación de la luz tardía transparentó en rosa el cristal de la ventana. Y sobre aquel tenue resplandor, que diluía en irreal fluidez la sombra del ámbito, sin aclararla, no obstante, el rostro de la joven transfiguróse con secreta hermosura. Fué una revelación de pureza extrahumana, tan intensa y tan nítida, que él sintió cortársele materialmente el aliento en temerosa ansiedad de prodigio. Comprendió que acababa de verla tal como era en verdad, y advirtió que lo embargaba una especie de pudor ante el sorprendido misterio de su belleza.

XII

La tía Marta entró, con su discreta oportunidad de costumbre.

Hallaba siempre la ocasión de aislarse un poco, buscando luz adecuada para su encaje o su lectura. O abandonaba el salón cuando lo requería algún quehacer, a veces por bastante rato, para no extremar en sórdida vigilancia la decorosa compañía.

Como todo corazón realmente noble, detestaba la sospecha, más todavía que la vileza del engaño; y aquel contraste que le truncó la vida, lejos de amargarla, infundióle una delicada piedad hacia esa eterna tragedia del amor femenino, suspenso como una florecilla sobre el abismo del inmutable dolor. Descubrió cuán poco valían, en suma, los prejuicios y los deberes, que era menester llevar como la ropa de diario, para no desigualarse con chocante jactancia — ante esa pobre dicha sacrificada bajo código penal por la ya imperdible virtud de los malogrados y de los viejos. Comprendió que la felicidad pasajera es tan irreparable como el dolor de haberla frustrado; pues en el instante propicio que se dejó volar, comienza ya la desventura.

Entonces le sobrevino un inmarcesible candor.

Prematuramente encanecida, adelgazada y pálida como un largo marfil, su traje siempre obscuro, adoptado con rigor de uniforme, habríale dado cierta figura de aya, a no definírsele en una línea de mordiente sequedad el señorío del porte. Sólo las cejas, muy negras aún, echaban sobre aquella

esclarecida blancura una ligera lobreguez de voluntad.

Teníanla por democrática y hasta libre pensadora, aun cuando nunca expresaba ni discutía ideas; y su práctica religiosa, limitada a cumplir con la iglesia, explicábase de suyo por la administración del hogar que doña Irene le dejaba.

Aquella tarde, como notara que en el salón había ya demasiada obscuridad para seguir tejiendo su encaje, encendió una lámpara de pantalla muy baja, a fin de alumbrar mejor la malla menuda. El extremo opuesto, donde conversaban Luisa y el "profesor", quedaba en la sombra.

Ellos también, contagiados por la desaplicación de la otra pareja, olvidaban cada vez más la clase, no obstante los buenos propósitos de aquél.

Sensible al interés que inspiraban a Suárez Vallejo sus visiones de chicuela, Luisa habíale referido su infancia.

Erale grato confiarse a la resuelta lealtad que de él emanaba con impresión casi física. Sentíalo, sin precisarlo, digno de su verdad. Su reserva, nada esquiva por cierto, constituía una especie de sucinta elegancia que le resaltaba como un temple en el desembarazo conductivo del andar. Y aquella impresión era tan evidente, que si bien Luisa advirtió a poco la falta de reciprocidad confidencial, siendo ella sola quien lo contaba todo, parecióle muy natural que él no le debiera ninguna atención por eso.

—A veces temo cansarlo — decíale con risueña franqueza — o que vaya a sentirse conmigo de-

masiado profesor. Me da por preguntarle todo, como los chicos.

Y ante la afable autorización con que él desvanecía su escrúpulo:

—Es que hay tanta seguridad en lo que usted dice!

Sentía con íntima gratitud, que esa superioridad guardaba para ella sola una delicada reserva en que mimaba, callando, la cortesía.

Criada entre seres indecisos de carácter o de condición, aquella sensibilidad, aislada por despareja, habíase malogrado en caprichos. Así explicaba ella misma sus ocurrencias de chica rara.

—Las personas me parecían artificiales. Como pintadas... Estuve un tiempo convencida de que me habría bastado querer para atravesar las paredes como un aire... Cuando dejé de oir a los... en fin: lo que oía, me sentí tan sola!... Figúrese que a veces me daba por preguntarme a mí misma con recelo *¿quién seré yo?...* Repetíamelo en voz baja; pero a la tercera o cuarta vez, me entraba tanto miedo, que corría a refugiarme en las faldas de tía Marta. Después, el trato con las personas de nuestra clase me convenció de que somos muy poca cosa. A falta de mis... fantasías, busqué novelas. Pero sólo me dieron la noción de las muñecas que nunca tuve. Las regalaba todas, como mis trajes. Y eso que era coqueta. Pero a mi modo. Algún día le contaré. La soledad interior en que siempre viví, me ha enseñado la dulzura de la muerte.

Suárez Vallejo, fugazmente alarmado otra vez, admiró la precisión de su palabra.

—Fuí así desde chica. El doctor se divertía en hacerme hablar. Pero no es mérito propio. Me pasa como con las cosas que aprendo. Es como si otra persona recordara y hablara en mí. A veces yo misma me asombro de lo que digo.

—Eso no es más que inteligencia. Por no decir talento, para evitarle la sospecha de una alabanza cursi.

—Nunca sospecho de usted — afirmó Luisa sencillamente.

Callaron un momento, mirándose con franqueza cordial. La verdad es que eran ya grandes amigos. Parecióle a Luisa que por primera vez experimentaba el regocijo del descanso. La tía Marta contaba los puntos de su encaje, espiritualizada en la redonda claridad su fina cabeza que inclinaba sobre la obra con prudencia indulgente.

XIII

Suárez Vallejo advirtió con súbita inquietud, que tal vez la olvidaban demasiado.

Entonces, renovando una petición sugerida días atrás por la joven, solicitó de su bondad un poco de música.

Famosa pianista en su tiempo, había enterrado también el arte en el silencio de su infortunio, sin otra excepción que lo estrictamente necesario para la enseñanza de Luisa, alumna indócil sin remedio a la disciplina del taburete.

Tuvo, pues, que desistir, tras no pocos ensayos para adecuar al aprendizaje aquella contradictoria sensibilidad, exaltada en ocasiones a un verdadero

arrobo lírico; y sólo de tiempo en tiempo, cuando la casa llegaba a quedar sola, sabíase por la servidumbre o por haberla oído casualmente al entrar, que tocaba, tal vez como ejercicio, algunos estudios.

Esa vez, consintiendo a medias, según Luisa lo indujo por la simpatía que hacia Suárez Vallejo le notaba, disculpóse, precisamente, con aquella excepción:

—Si sólo recuerdo, y mal, uno o dos estudios de Schumann...

—Trozos hermosísimos que siempre vale la pena oir. Y que seguramente ha de interpretar usted muy bien...

—...Porque es música de mucho corazón, completó Luisa.

—Lamento que insistan. Pero, por no hacerme rogar...

Y luego, ante el teclado que no recorrió, limitándose a la noble evocación de algunos acordes sobre los bajos:

—Veré de recordar una página divina, y sin embargo, poco ejecutada de Schumann: *A la Bien-Aimée.*

La música empezó a sonar, con una misteriosa dulzura que parecía sutilizar el silencio. Dulzura de padecer, que contenía todo el bien de la existencia.

Ambos oyentes se estremecieron.

Sentían formarse en la vaguedad de la sombra un ambiente de creación, que era el despertar de un alma.

Adelita y Toto que regresaban de la quinta, detuviéronse callados en la puerta.

Definía el puro canto la ausencia y la esperanza. No era sino el comentario eterno en que se desahoga la sencillez del corazón. Porque el genio, como todas las cosas supremas: el cielo, el amor, no varía. Realiza la eternidad y la perfección en la belleza de sí mismo. Y porque es siempre el mismo, es también cada vez más bello.

Llevaba el íntimo canto, a la bien amada, la sinceridad del dolor que reprocha su inclemencia al destino. ¿Y para qué lo iba a decir de otro modo que como lo dijeron todas las almas heridas, si de tanto decirla las bocas amantes y de tanto llorarla los queridos ojos, se volvió hermosura la congoja de amar?

Abríase en el breve canto la eternidad, como el fondo de la tarde en el vuelo del ave pasajera. Lográbase al doble conjuro de la inspiración genial y de la emoción que tan propiamente la reanimaba, aquella melodía que disuelve el silencio sin abolirlo, alcanzando la perfección de la música.

Y como en toda perfección hay un fondo de tristeza, en toda melodía perfecta hay algo nuestro que se despide. Y como en toda belleza triunfa la vida, en la hermosura lograda hay una esperanza que nos sonríe.

Amar, esperar, partir: ¿no es, acaso, toda la existencia?...

Mas, a despecho del propio desengaño y sobre la misma muerte, es el amor lo que triunfa en la belleza de su congoja inmortal:

Cuánto te quiero!... Cuánto te quiero!...

La última nota excavó el silencio en un trémulo agujero de oro lóbrego.

Pasó un largo minuto sin que nadie se moviera ni hablara, como si el espíritu de la música fuera replegándose en una callada lentitud de alas inmensas.

La tía Marta continuaba ante el piano. Todos comprendían el motivo de su actitud: no quería que la vieran llorar, o reprimíase devorando sus lágrimas.

Suárez Vallejo miró de pronto a Luisa.

Pálida hasta dar miedo, hondos los ojos, una especie de sacudón la enderezó, rígida, bajo la involuntaria fascinación de aquella mirada. La ola de sangre que él sintió refluir a su corazón, pareció incendiar por reflejo el rostro de la joven, con violencia tal, que la obligó a echarse atrás como ante una llamarada.

—¡Tía... Tía Marta! — gritó con desesperada resistencia al fulminante arrebato. Y precipitándose hacia ella, estrechóse por detrás, rostro contra rostro, convulsa, aterrada, sollozante de miseria y de pequeñez.

El viejo regazo, a la vez materno y virginal, ofreció a aquella espantada ternura el refugio de los días infantiles. Serenaron la joven cabeza, como en un ademán de bendición, las manos empapadas todavía de música; mientras la dulce voz, *aquella voz* tanto tiempo callada, enternecíase consolando:

—Mi *Luchita!...* Mi pobrecita!

XIV

El episodio musical en que habíase manifestado, sin sorprender a nadie, la viva sensibilidad de Luisa, casi al punto recobrada también, vinculábase por el comentario inspirador de la petición de Suárez a la tía Marta, con el solemne concierto primaveral del conservatorio donde Adelita iba a graduarse profesora un año después. Aquella fiesta, en la que sólo tomaban parte las tituladas del curso anterior, caía el próximo miércoles.

Luisa, como era de esperarse, declaró que no asistiría; pero Adelita no podía faltar.

—Si tocaras tú — díjole aquélla — iría por ti. Pero ahora, añadió con ligera intención, no te hago falta. Irá Toto... Y mamá, que es de la congregación protectora de Santa Cecilia. Yo me quedaré con tía Marta, que tampoco ha de ir. Pero no seré desleal contigo. No le pediré que toque nada para mí sola, ni daré la lección de francés.

—Lo que es por la lección... Por la música, sí, te agradezco. El momento de ayer fué inolvidable! Sublime!... Toto y yo participamos de tu misma emoción. Te aseguro que me he vuelto *schumanniana*. Elegiré para mi presentación de aquí a un año *El Carnaval de Viena*... Pero qué le daría a nuestro "profesor" para irse como se fué?... Estaría celoso de la pianista?

Suárez Vallejo había partido casi bruscamente, conturbado hasta el disgusto por la sospecha que se reprochaba como un error de su vanidad, no menos que por haberse dejado traicionar con aquella mirada idiota.

Traicionar?... Traicionar de qué?...

¿Iba, acaso, a caer en una tontería de mozalbete? Bueno estaría él pensando en Luisa... o *Eulalia de Almeida* — exageró para mortificarse con mayor sarcasmo — la muchacha más ensoberbecida con su aristocracia y su fortuna, según lo indicaba su propio retraimiento, a pesar de la sencillez, de la suavidad, que no son sino el pulimento de la buena crianza. Bastábale recordar el donaire con que en aquellos versos se declaró marquesa. Y muy justamente por cierto. Porque lo merecía más que muchas del título. "Una marquesita de raza y de poema", pensó, recordando su propia frase. No le faltaba más que caer en semejante locura! Y displicente hasta lo sonbrío, apretada de amargura la garganta, sintióse, a la verdad, ferozmente solo.

La avenida desierta en su alejamiento ya considerable del centro, resultábale hostil con su anchura, su arboleda, sus palacetes. Apretó el paso, hasta alcanzar con verdadera satisfacción la primera encrucijada de tranvías. Saltó al correspondiente, con tan alegre ímpetu de familiaridad, que el guarda no pudo menos de sonreírle.

—Me he libertado, pensaba con gozo ingenuo. Una alegría vertiginosa, desatentada, de contenerse para no gritar, inundóle de golpe el alma.

Sí, sí: era cierto! Aquellos ojos, aquel rubor, aquel grito, aquella transfiguración sobrehumana! Veía bien el corazón, sin mengua de la rectitud consigo mismo. Y cómo no iba a ver así, iluminado por el milagro de su hermosura! Pero ¿era posible? Era posible que ella, *ella*, el ser de luz, de

fragancia, de pureza, hubiera consentido aquella gracia maravillosa?

Una sombra volvió a atravesar su espíritu.

¿Y si fué la música...

Si fué la música, no más?...

El arte ejerce tanto poder sobre esos temperamentos exquisitos!...

No halló en el club al doctor ni a Cárdenas, con quien contaba sin saber bien para qué. La hora de la esgrima había pasado. Saludó en la biblioteca a dos o tres lectores tardíos que prefirieron visiblemente sus diarios.

—La verdad es que debo estar poco interesante, se dijo.

XV

La noche fué desagradable. Hacía demasiado cacalor, y sólo entonces apreciaba el inconveniente de aguantarlo sin alivio posible, en ese departamento con puerta a la calle, preferido, no obstante el consejo de M. Dubard, por su mayor independencia; pues, aunque el barrio era tranquilo, siempre había que contar con la curiosidad de algún transeunte.

Tenía razón el viejo francés, cliente perpetuo de aquella casa de huéspedes cuyas habitaciones había acabado por conocer una a una; tenía razón el pobre viejo, a quien se reprochó no ver sino fugazmente, desde hacía un mes largo; pues, aunque apenas fué su colega eventual en algunas mesas de examen, debíale atenciones, corrientes si se quería, pero apreciables, dadas su edad, su finura y hasta

la circunstancia de suponerlo resentido con los Almeidas, quién sabía por qué...

...Por algún menosprecio que le harían, tal vez sin notarlo, para mayor ofensa.

Revelósele, de pronto, una enternecida relación entre esa soledad de extranjero, sin nadie, acaso, en el mundo, y su desamparo de huérfano, tirado por la suerte a la buena de Dios, sin dejarle, siquiera, el recuerdo de la madre muerta siendo él tan niño... Probablemente, díjose, bajo el peso del deshonor... De un deshonor que fuí yo mismo...

Solían acometerlo de cuando en cuando aquellas crisis de angustiosa desazón ante la desgracia imaginable. Pero la de esa noche asumía una violencia singular.

—Demonio de ideas negras!, exclamó, encendiendo con rabiosa vehemencia su décimo cigarrillo. Hacía más calor aún, y la comida, que pidió en la antecámara, había contribuído a cargar la atmósfera. No podía, para colmo, abrir la ventana de aquella habitación que daba al patio central, mientras tuviera luz, porque lo veían desde otros departamentos, sobre todo desde uno donde acababa de instalarse, para peor, pues velaba hasta el amanecer, una *divette* francesa: con lo que la humareda del continuo fumar, llenaba a cada rato las dos piezas del suyo.

—Para eso — se zahirió — para eso eres pobre, infeliz, y tienes que aprender a resignarte.

Suspiró con despechada ironía.

—Y a no formar castillos en el aire... — concluyó, siguiendo largamente con los ojos una voluta de humo.

Era menester, en efecto, fumarse aquel insomnio que se anunciaba tenaz, a despecho de los dos o tres expedientes aburridos cuyo estudio acometió con energía.

Por suerte, hacia las cuatro de la mañana sobrevínole una soporosa lasitud, y se durmió con sueño incómodo.

XVI

El sábado por la tarde recibió Cárdenas dos sorpresas: el rostro sombrío de Suárez Vallejo, en quien lo notaba por primera vez, y la invitación de ir juntos el siguiente día al hipódromo.

Querrá distraerse porque habrá trabajado en exceso, pensó, relacionando ambas cosas con la entrega de los expedientes estudiados. Mas, rectificándose casi al punto con malicia:

—Mañana?... Bueno. Habrá dos carreras interesantes. Pero, usted renunció ya "su cátedra"?... La lección, sabe? — a la chica de Almeida.

—No, por ahora. Me he concedido un asueto que, de seguro, será grato allá también.

Su gesto púsose desapacible. Cárdenas echóle una mirada jovial.

—Ah, dijo sin transición, no creía que estuviesen tan adelantados.

—Cómo adelantados!...

—Sí, porque esto tiene todo el aire de un enojito con "ella".

—Pero qué disparate, Cárdenas!

—No, compañero, no lo tome así. Retiro todo, si se me va a ofender. Se me había puesto, no más...

—Qué barbaridad redonda! Pero cómo se le ocurre que yo, un empleaducho... sin posición social... un pobre diablo para ellos...

—No, eso no, tampoco. Usted vale lo que vale, y el talento empareja la alcurnia.

— Hum!... puede ser. Pero no el dinero.

—Según la gente. Los Almeidas, esto es lo justo, son de los pocos que merecen sus talegas.

—Además, L... u... La hija... usted la conoce, no piensa en novios ni hace caso a nadie. Ha nacido para brillar desde arriba, como la luna.

Sintió al decirlo una firme satisfacción, junto con un vago remordimiento de injusticia. El escribano arrellanóse en su poltrona y cruzó los brazos con decisivo ademán.

—Amigo Vallejo, sentenció, pues lo nombraba siempre por su segundo apellido: mi finado tío el coronel Cárdenas solía decir que toda aventura de amor es un viaje a la luna.

XVII

Mientras rodaba hacia el hipódromo el carruaje que los conducía, un cupé vejancón que Suárez Vallejo solía tomar, con opulencia inexplicable para sus medios, pensaba el joven, desagradado todavía, en aquel irreverente nombre de aventura dado por Cárdenas, la tarde anterior, a sus pretendidos amores. Para no fomentarle esa chocarrería, que tal vez iba a disminuir su estimación por él, propúsose no aludir, siquiera, a nada atinente. Mas, a la primera distracción, causada por un grupo de mucha-

chos que remontaban cometas, sorprendióse preguntándole:

—Sabe usted, Cárdenas, por qué abandonaría M. Dubard la enseñanza de los chicos Almeidas?

—Hombre, como saber, no; pero creo que debió ser un acto de prudencia o delicadeza. A mí me pareció — yo trabajaba entonces con don Tristán — me pareció que no hubo disgusto profesional, como dijeron, sino que el hombre había empezado a gustar de la cuñada — de Marta, eh? — que era lindísima, pero que vivía como una sombra, anonadada por su decepción; y él comprendería que eso, o la diferencia de posición, o todo junto — vaya uno a averiguar...

Interrumpióse de pronto, ante la atónita indignación de la mirada que el joven clavaba en él.

—Ah, pero no, qué diablos! No esté pensando que invento para darle una broma pesada. Eso tampoco se lo voy a permitir, por lo mismo que soy su amigo. He hablado con entera franqueza y estoy dispuesto a pedirle disculpa de un traspié que reconozco, pero no de una mala acción.

Había en sus palabras tal acento de afligida sinceridad, que Suárez Vallejo le palmeó el hombro con cariño.

—Yo soy, dijo, el que ha estado mal. Y además, qué me importa?

—Claro! — apoyó Cárdenas con decisión, aunque soslayándolo al descuido.

No obstante esa rotunda conclusión, el episodio le malogró la tarde.

Resultóle particularmente incómodo pensar que habiendo perdido cuantas apuestas arriesgó, Cárde-

nas estaría aplicándole en silencio el consabido refrán imbécil.

Pero el escribano empeñóse, por el contrario, en buscarle distracción a porfía, fuera del juego, hasta dar con tres o cuatro actrices de la recién llegada opereta francesa, a quienes lo presentó con tanto elogio, que arriesgaba el ridículo. Para colmo de molestia, encontróse con Toto, cuya tácita malicia debió afrontar, cuando, habiéndolo éste invitado a irse juntos, por ser día de clase, tuvo que comunicarle su imposibilidad de asistir, y encargarle la disculpa del caso, sin hallar explicación sostenible.

Su fastidio fué tal, que lo indujo a extremar las cosas:

—Hasta el miércoles... O quizá hasta el viernes, porque no sé si alcanzo a desocuparme.

Iba el cupé a detenerse de regreso, en la puerta del club, cuando Cárdenas le dijo:

—No es por meterme en sus cosas, pero me parece que no debe cortar usted con los Almeidas. Deje correr el destino, que es lo mejor...

Y animándose con la obscuridad casi completa, añadió sin mirarlo, mientras le palmeaba confidencialmente la rodilla:

—Pero si emprende la campaña, y por lo que pueda ocurrir, ya sabe que tiene amigos en este mundo.

Suárez Vallejo, saltando a la acera, respondió con jovialidad:

—Para campañas andamos, amigo Cárdenas! Métase uno a festejar millonarias, sin tener a veces ni con qué mandarles por cumplido un ramo de flores.

XVIII

Como después de sus infantiles crisis de llanto, la noche del espisodio musical Luisa durmió con pesado sueño.

La clara mañana del sábado sorprendióla, al despertar, con una impresión de trivialidad vacía. Sentada en el lecho, tendió largamente al frescor que entraba por la ventana, abierta sobre la quinta, sus brazos desnudos. Durante un rato, estuvo sintiendo la incomodidad de una mecha sobre la cara, sin decidirse a romper la inercia que la invadía. Causóle asombro la dispersión de sus ideas, materializadas en fragmentos de imágenes sin relación entre sí. Parecíale tan grande su tranquilidad, que la abatía como un desamparo; mas, hallábase en realidad tan nerviosa, que el vuelo fugaz de un gorrión ante la ventana, sacudióla con profundo escalofrío. Advirtió, entonces, que tenía helados los brazos; y una desolación árida hasta arderle en los ojos con sensación de arena, cayó sobre la inutilidad de su vida insignificante. Qué era ella en la inmensidad del mundo?... Y sin embargo, su pequeñez ahogábase en tal inmensidad como en un calabozo. Pero no; aquella ansia no era sino el recóndito temor de algo que estaba eludiendo, sin atreverse, tan deslumbrador lo esperaba, a preguntarse qué sería.

De golpe, una sospecha traicionera hasta la maldad, la aterró petrificándola: Adelita coqueteaba con Toto para interesar al otro... A él!...

El eco de estas dos sílabas, pronunciadas en alta voz, la echó de la cama con un repelón de miedo.

Y allá, de pie, temblorosa ante el abismo que sentía abrirse en ella, el escalofrío la envolvió otra vez con su estridente varillazo.

Anonadada un instante, su nobleza reaccionó casi heroica. Dios mío! Qué indignidad estaba pensando!... Envidiaba a Adelita, porque era feliz!...

Cayó de rodillas ante el lecho, como para un instintivo perdón, echando brazos y cabeza sobre las revueltas sábanas.

Adelita, sí, que era feliz!... Y Toto, que ya la quería tanto!... ¡Si supieran lo que ella, la hermana que tan buena creían, acababa de pensar!... Lo que era realmente!...

Hundió con apretón convulsivo la cabeza entre los brazos.

Una pena honda, humillante, infame, sin lágrimas para mayor lobreguez, definíasele poco a poco en sed de arrepentimiento.

XIX

Resuelta a la expiación de su "maldad", recobró Luisa una calma extraña. La angustia de su pequeñez ante la inmensidad del mundo y de la vida, trocósele en abnegada fortaleza. Quedábale, tan sólo, un vago remordimiento de impiedad: olvidaba quizá demasiado sus deberes religiosos. La verdad es que no acompañaba a doña Irene en sus devociones, como era justo. Propúsose hacerlo, venciendo aquella indiferencia que habíala puesto, de seguro, mal con Dios: por eso pensaba semejantes cosas. ¡Sería tan bueno orar, purificarse en el re-

nunciamiento y en el dolor, como las santas, como las mártires...

Mandó por Adelita con cualquier pretexto, a fin de mimarla, de ser con ella y Toto la hermana buena, la dulce providencia de sus amores.

Fueron juntos al "paseo de los naranjos", en los que afectó interesarse, para dejar a la pareja la intimidad dichosa de la glorieta central, agobiada de bejuco.

Caía la tarde.

El cielo clarísimo era una tenue soflama de oro sobre desleído azul. Rayando las puntas del pinar que daba fondo a la quinta, el último toque de sol descoloríase en finas barbas de pluma. Al misterio ya próximo de la noche, atenebrábase el follaje con lóbrega enormidad. Rebullía como un agua presurosa el pío crepuscular de los pájaros. De la tierra mojada por reciente lluvia, exhalábase con delicia campesina negro frescor de humedad. Una inmensa ternura eternizábase sobre el mundo.

Y Luisa sintió de pronto una amarga pena. Parecióle que toda entera se reducía al doloroso nudo de sus manos. Y sin embargo, toda ella, también, era para esa dicha que cobijaba la glorieta próxima, una oblación sin límites de cariño y de piedad.

¡Por que, entonces, por qué Dios mío, aquella suavidad, aquella paz, aquella hermosura infinita del cielo y de la luz, le hacían daño?...

Tanto daño!...

XX

Durante la comida y la sobremesa, estuvo como

de costumbre, aunque tal vez un poco más callada. Y apenas salieron don Tristán y el doctor, ganó su habitación, muerta de sueño, según dijo.

Tía Marta la siguió con los ojos, pensativa. Pero el alba sorprendióla enteramente despierta ante su ventana. Las horas habíansele pasado sin sentirlas, y sin que pudiera, tampoco, recordar lo que pensó en su larga inmovilidad ante la noche profundizada por la sombra de la quinta, donde a ratos palpitaban, como soñando, vagorosos murmullos.

Salía de su ausencia en el seno de aquel insomnio, descansada cual si hubiera dormido; mas, también, con la certidumbre de que su vida acababa de recobrar una significación suprema.

La tenuidad verdosa del alba aclaraba su pureza con una frescura de ablución.

XXI

Mas, cuando el día entró de lleno, y la luz pareció volcar su copa en el raudal de gorjeos matinales, definiósele un presentimiento de abrumadora seguridad: Suárez Vallejo no va a venir esta tarde.

A medida que corrió el tiempo, la paz dominical fué volviéndosele odiosa. En la asoleada siesta, de un silencio como campestre por la total suspensión del tráfico, el canto de los gallos insistía con claridad tan sonora, que exasperaba el tedio.

La idea tenaz volvía, en cambio, sin un alivio de duda: No va a venir, no va a venir.

El canto de los gallos era, a la vez, desolado y estúpido.

Tanto, pensó Luisa, como los versos que había intentado leer, y cuya artificiosa vaciedad comprendía ahora.

Si Suárez Vallejo viniera, se lo diría sin ambages. Porque era así

Pero no vendría. Indudablemente, no. ¡Estúpidos los hombres también, como el domingo, como los gallos, como los versos!

XXII

Vistióse, no obstante, con minuciosa lentitud, toda de negro, que era como más le sentaba, y dejando un tendal de trajes, aunque el preferido finalmente, antojósele, ya puesto, el peor de todos; pero cuando apareció en el comedor a la hora del te, doña Irene y tía Marta la encontraron preciosa.

Su pálida elegancia, agobiada por ligero dolor, era una lánguida perla. Nada más ingenuamente poético hasta lo luminoso, en la pura frente y las mejillas de nitidez virginal; mientras un temblor de apasionadas lágrimas y una divina claridad de esperanza, parecían abismarse a la vez en al inmensidad de los ojos atónitos.

—Amor de criatura! — exclamó doña Irene, — si estás, verdaderamente, digna de un príncipe!

—*Le prince charmant?*... — murmuró ella con malicia melancólica.

El presentimiento labraba siempre, allá en el sombrío fondo del alma.

De suerte que al regresar Toto de las carreras con la noticia y la excusa, Luisa no se inmutó.

Más expresivo fué el mohín de Adelita, cuando Toto refirió la compañía en que dejara al "profesor".

Tía Marta miró a la sobrina con disimulado interés. Su tranquilidad era perfecta.

XXIII

Los tres días siguientes mantuvóse lo mismo, aunque por dentro iba anonadándose con la derruída pesadez de la arena que se aplana. Sin que nadie, ni ella misma lo advirtiera, su conformidad era espantosa. Nada padecía; mas, aquella inercia resultábale peor que la angustia. Y por extraña singularidad, sólo un detalle mortificábala realmente: cada vez que partía Suárez Vallejo, oíase poco después pasar un coche por la esquina. Advirtió que había establecido una relación entre ambos hechos, y que el carruaje no pasaba desde el domingo, lo cual volvía más profundo el silencio.

Bruscamente, el miércoles por la mañana, mientras sentada en el lecho discurría sobre el incomprensible fracaso de aquella amistad que él turbaba con su rara conducta, el rodar de un coche distante cortó su divagación.

¡Seríale un consuelo tan grande oír, solamente, en la acera los pasos del amigo!

La frase de Adelita: "¿Pero qué le daria a nuestro profesor para irse como se fué?" — acudió entonces a su memoria.

Abrazóse desesperadamente las rodillas, y más

que decírselo, gimió, dilatando sobre la ventana llena de cielo su mirada dolorosa:

—¡Qué le he hecho yo, qué le he hecho yo, Dios mío!...

XXIV

A eso de las once, mientras Suárez Vallejo practicaba en la escribanía, recibió de la tía Marta una invitación telefónica a comer.

Su rostro pensativo se aclaró de pronto; y aunque con cierta ansiosa vacilación, no pudo menos de comunicárselo a Cárdenas.

—Ya ve, ya ve... Lo que yo decía. Gente decente... Buena! — sentenció el escribano.

Y sin añadir nada, aumentóle el trabajo para acortarle así las horas.

Suárez Vallejo comprendió, agradecido.

Estuvo tranquilo, aunque muy contento; pero esa noche, cuando llamó a la puerta de los Almeidas, debió reconocer que el corazón le saltaba como un demonio.

"No es, pues, recurso de novela" — pensó.

Comíase un poco más temprano con motivo del concierto. Era la única novedad, aunque Suárez Vallejo creía advertir que todos estaban más amables con él. Experimentaba una satisfacción de regreso, y tuvo que cuidarse de no aparecer demasiado jovial. Sobre todo cuando Adelita le preguntó si eran interesantes las actrices francesas. La alegría de hallarse completamente ajeno a ellas, fué tal, que casi le desborda en incoherente risotada.

—El género no me seduce, respondió con des-

embarazo. Pacotilla de exportación... al pastel. Lo más divertido era oír el francés de Cárdenas.

—Demasiado repintadas las damiselas, afirmó Sandoval.

—Y demasiado estridentes. Cotorras al fin. Lo gracioso es que una de ellas había ido a dar en la pensión donde vivo. Produjo la impresión de un cartel audaz en aquel vecindario de familias humildes. Pero esto es nada. A los tres días, alborotaba de tal modo con sus cancionetas, que los pensionistas apelamos ante la patrona, encabezados por el propio M. Dubard. Indescriptible el escándalo de la expulsión, en un barrio tan solitario y silencioso. Allá donde la paz de la noche empieza al entrarse el sol, los alaridos fueron tales que hicieron volar a las palomas de los tejados. Qué habría dicho la ofendida, a saber que yo me contaba entre sus verdugos...

—Era fea?... — preguntó Adelita.

—Fea?... No, como todas: una estampa convencional de ojeras, *rouge* y postizos.

Luisa callaba con dichosa inocencia, enternecida tan sólo al pensar que en esos viejos tejados anidaban palomas. Volvíale más grata aún aquella impresión de reposo cuando él hablaba. Era, decíase, la confianza que no puede infundir sino una noble amistad como la de Suárez Vallejo; y su regocijo dimanaba de creer que todos los suyos la comprendían.

Enteramente de blanco, ahora, una delicadeza infantil parecía sonreírla con frescura adorable, hasta abolir en su gracia la misma feminidad, como si no fuera más que una cándida nubecilla.

Con todo, al levantarse los otros para salir, como Suárez Vallejo hiciera a su vez ademán de retirarse:

—No nos deja lección? — preguntó dulcemente, mientras, pretextando arreglar un fleco de la pantalla, ponía bajo la araña su rostro, para que el reflejo directo de la luz se confundiera con el rubor que le sobrevino.

—Pero yo suponía... — balbuceó Suárez Vallejo, asombrado de ruborizarse él también.

—Ah, no — dijo Adelita, quien, sabiéndose linda como nunca, y viendo con ello más rendido a Toto, sentíase generosa — no tienes por qué perder la lección, siendo tú la más constante. Ya que no vas al concierto...

—Y que Marta se queda también... — decidió doña Irene, contenta de hallar alguna distracción para Luisa, cuya actitud de los días anteriores había acabado por inquietarla vagamente.

Alzó ella los ojos, dilatados por una súplica cordial que convenció a Suárez Vallejo.

En eso, y como la hora avanzaba mucho ya, la madre de Adelita, doña Encarnación, mandó decir que los esperaba a la puerta, en su carruaje.

XXV

Antes de empezar la lección, mientras la tía Marta distribuía adentro a la servidumbre órdenes y tareas, sentáronse los jóvenes bajo la galería que avanzaba sobre un costado del patio, profunda con la hiedra entretejida en sus pilares. A través de las hojas, donde a veces parpadeaban luciérnagas,

veíase el ancho damero de mármol, sobre el cual, desde el opuesto muro, desmesuraba un antiguo farol la sombra de las macetas. Muchas veces, cuando Luisa estaba así, de blanco, agradábale la fantasía con que los espectros de las hojas salpicaban su traje, como mariposas negras cuyo vaivén divertíase en provocar al balanceo de la mecedora. Asaltado por penosa superstición, Suárez Vallejo habíale pedido esa noche que evitara el sombrío juego, al notar cómo una de las "mariposas" parecía subir con extraña nitidez hasta sus labios, desde las losas del piso...

—Y si me negara?... — respondió ella con cierta rencorosa coquetería.

—No haga eso! Usted misma se causa daño así. No sé de dónde le vienen caprichos tan lúgubres.

Impúsole, al decírselo, una noble seguridad, el deber que sentía de cuidarla con vigilante cariño; y otra vez, como aquella tarde, infundiéronle una recóndita inquietud sus manos tan pálidas.

Luisa respondióle, inclinando como solía la cabeza con suave docilidad:

—Tiene razón. Es malo, y nunca más lo haré.

Hubo una pausa.

—Con que también pudo faltarnos hoy... — murmuró ella con un acento de ronca dulzura que estremeció hasta el fondo del alma a Suárez Vallejo.

Quebrado el suyo en temblorosa opacidad, respondió él con una pregunta:

—La habría molestado que no viniera?...

—Molestado, no. Me habría resentido. Por qué no iba a venir? Qué le habían hecho? Esta maña-

na, poco antes que lo invitase tía Marta, pensé hablarlo yo, con el propósito de preguntarle si no vendría, para irme también al concierto. No lo hice, porque habría sido una mentira...

Vaciló un instante.

—...Y porque no me oyeran hablar con usted —concluyó de pronto, sintiendo que una angustiosa intimidad la acercaba a él en la sombra.

Suárez Vallejo comprendió, a su vez, cuán hondamente la idolatraba.

La tía Marta vino a sentarse allá cerca.

Una perezosa ráfaga esparció con tibieza de aliento blanda fragancia de jazmines.

En ese momento, estalló en la calle, doblando la esquina próxima, violenta disputa. Dos voces alzáronse con soeces injurias. Oyóse un conato de riña, una carrera precipitada... Y de repente, un hombre en cabeza, atravesó, enloquecido de terror, el patio, yendo a refugiarse en una de las habitaciones ante él abiertas. Otro pasó casi al instante, persiguiéndolo; titubeó entre dos macetas, detúvose bajo el farol, evidentemente desorientado por las puertas obscuras. Cubríale la cara el ala del gacho, y en su mano, alzada aún, brillaba un revólver.

Suárez Vallejo, irguiéndose al punto, y tras un imperioso: "¡Adentro ustedes!", enderezó hacia el intruso con decidido andar:

—No te muevas!

El otro, echando un pie atrás, contestó sin bajar el arma:

—No es con usted; pero no avance, porque tiro!

Suárez Vallejo adelantó aún con dos grandes

pasos, a los que siguieron sin interrupción dos estampidos. Oyó claramente el pique de las balas detrás de él... Pero estaba ya sobre el agresor, que, dominado, hizo ademán de huir.

No le dió tiempo. Mientras con la mano izquierda lo asía por el pecho, tronchábale con la otra, a la vez, muñeca y revólver. Crujieron los cascados huesos, y al potente empellón que lo aplastó como un bofe contra un rincón del patio, sobre su mechuda lividez torciósele la boca en bramido de dolor y de rabia.

—Quieto he dicho! — insistió Suárez Vallejo, apuntándole ahora con el mismo revólver.

—En este instante, el fugitivo reapareció enarbolando una silla.

—Quédate ahí, Blas! — ordenó el joven sin volver la cabeza.

El desconocido, plantándose en seco, depuso el mueble.

Tía Marta llegaba a su vez por el comedor, con la media docena de criadas que había arrancado al lecho o al comenzado desarreglo nocturno, y que sin atinar bien la causa, seguíanla con azorado aspaviento.

—Qué desgracia, Señor! Todas mujeres! No estar siquiera el cochero!

Suárez Vallejo dominó la situación; y guardando prontamente el arma, dijo con sequedad, tras un enérgico chito:

—Que se retiren y acuesten. No hacen falta. Es un borracho y se lo llevarán. ¡Cuidado con alborotar a nadie!

Las criadas desaparecieron con sumiso silencio.

—Mira, Blas, continuó, dirigiéndose al otro hombre, que habíase inmovilizado allá como un centinela — busca tu sombrero y anda por el agente de servicio. Que venga con el oficial, para que conduzcan seguro a este hombre.

Obedecido al punto, dió la espalda al malhechor que continuaba quejándose sordamente.

—No se descuide así! — suplicó la tía Marta.

Pero él apenas la oyó, pasmado ante lo que veía.

Luisa, de pie en el patio, destacábase sobre la hiedra del pilar medianero, inmóvil, blanca, al borde mismo de aquella sombra por donde la muerte acababa de pasar. Una de las balas había espolvoreado su cabeza con el yeso del refilón. Y ese candor anómalo, parecía en sus cabellos el reflejo de un esplendor invisible.

Desoyendo la orden que la tía Marta acató, aunque para lanzarse en busca de la servidumbre, siguió ella al defensor en peligro, guiada por una súbita certidumbre de salvación. Y allá se estuvo detrás de él, inmortalmente ajena al miedo.

Bajo su frente un poco inclinada, la sombra lúcida de los ojos profundizaba su hermosura en cejijunta obstinación de fatalidad.

En aquel instante de sobresaltado estupor, Suárez Vallejo la vió flotar lejana y enaltecida.

Pero fué la angustia de su amor lo que reprochó adorando:

—Luisa, por Dios, qué ha hecho!...

Alzó ella la cabeza con leve estremecimiento, y una centella de gloria exaltóse en la caricia de sus ojos. Idealizada como aquella tarde, por fugaz transfiguración, tendióle, sin hablar, las manos. Y

fué la ofrenda de un alma el ademán silencioso de sus manos tendidas.

XXVI

El agente y el oficial acudían, precisamente, al estruendo de los disparos.

Nada difícil fué la entrega del reo, sujeto conocido por ambos como peligroso y de mala bebida. Suárez Vallejo advirtióles que al estrechase con él, habíale notado el tufo alcohólico.

No atribuía, pues, importancia criminal al suceso, y consideraba prudente reducirlo a una contravención, para suprimir en bien de la respetable casa su molesta notoriedad. Pidió, con esto, al oficial, que no le dieran la publicidad de costumbre, prometiendo declarar al día siguiente, ya que no podía abandonar de inmediato a mujeres solas, ni el sumario le parecía de urgencia.

Consintió aquél, aunque sin duda más cortés que convencido:

—Descuide, señor. Procederemos con reserva, por más que al llegar noté que había gente curiosa en los balcones de la vecindad. Si permiten, será mejor que salgamos por la cochera... Lo que sí va a ser necesario — añadió por el llamado Blas — es que este hombre nos acompañe para iniciar la prevención.

—Nada más justo, señor oficial, y muchas gracias en nombre de todos — respondió Suárez Vallejos. — Unicamente le pediré que, de pasada, permitan a este hombre acomodar su coche... El coche con que trabaja. Anda, Blas, con el señor; y si

te detienen por el sumario, mándame avisar a cualquier hora. De lo contrario, búscame mañana a las dos en la oficina... O mejor en la escribanía de Cárdenas.

—Está bien, don Carlos. Pero yo quisiera que me permitiese... — añadió, y dientes y ojos blanquearon con grotesca amenidad en su cara negra — que me permitiese pedirles perdón a las señoritas por el mal rato que les di.

—Bueno, bueno; estás perdonado. No demores...

El delincuente habíase, en eso, incorporado. Y mientras pasábanle una esposa a la mano izquierda, dijo con avezada naturalidad:

—Déjeme suelta, no más, la otra, que la tengo zafada.

XXVII

Luisa rehusó por innecesaria la tisana cordial que a indicación de Suárez Vallejo habíale ofrecido la tía Marta.

Mientras volvían los ausentes, a quienes decidieron no alarmar adelantándoles la noticia ya inútil, el joven, para distraerlas, refirióles cómo era que conocía al negro de la fuga.

—Fué, dijo, en un descarrilamiento hace años. Creo que el doctor Sandoval les ha contado algo de eso... Lo ayudé a salir de entre los hierros de un vagón. Sostiene que le salvé la vida, y me guarda desde entonces una fidelidad de perro. Lo más cargoso es que se empeña en ser mi cochero gratuito y va a buscarme donde esté, si es de noche o un poco lejos. Me ha obligado a transi-

jir, testarudo, al fin, como buen negro, mediante una retribución mensual. Y ahi me tienen ustedes condenado a carruaje perpetuo, con grave detrimento de mi peculio... y de mi estética — a pesar del boato. Porque se trata de una berlina anticuada, que me da un aire de médico de provincia...

—¡Pobres negros — compadeció la tía Marta — son tan consecuentes!

Luisa rió callada, sintiendo una admiración pueril hacia ese afecto de pobre.

—Y por qué querría el otro matarlo? — dijo con interés.

—Quién sabe... Tal vez algún intríngulis galante, porque tiene esa debilidad. En suma, es una suerte para él mismo que no cargue armas.

—Y también, para el otro infeliz, no haberlo herido.

—El otro, a pesar de la embriaguez, me parece un pillo de mala entraña.

—Pobre gente!... — insistió ella suspirando.

XXVIII

Es de imaginar la sorpresa de doña Irene y don Tristán, que habíala buscado a la salida del concierto, mientras Toto acompañaba a Adelita y a su mamá, en ya evidente anticipo de noviazgo.

La señora hablaba de telefonear al doctor, doblemente impresionada por el suceso y por el vago remordimiento de haber dejado a su hija, reprochándose en silencio un excesivo abandono. Costóle a aquélla disuadirla, asegurando que nada había sentido, hasta que resolvió en definitiva la inutilidad

del llamamiento, un triple enérgico papirotazo de don Tristán a la copa de su chistera.

Suárez Vallejo recomendó calma, en resguardo contra exageraciones y comadreos; y después de un relato que abrevió cuanto pudo, retiróse para evitar nuevas expresiones de gratitud.

El regreso de Toto renovó la narración y el comentario; y como a pesar de la orden recibida, la servidumbre había permanecido en pie, eran más de las tres cuando estaban todavía en aquéllo.

Luisa hablaba poco, pero era visible su contradictoria inquietud. Sombría y alegre a un tiempo, hacía lo posible por no acostarse; y como invitara a Toto para quedarse juntos en el patio hasta ver salir el lucero, doña Irene exclamó:

—Pero qué ocurrencia! Lo que te conviene es dormir. Dices que nada tienes, y bien se ve que algo te pasa. Como es natural... ¡Con semejante emoción!...

Cohibida de golpe, aceptó la opinión materna, dando las buenas noches con recobrada obediencia de niña. Ya en su habitación, desvistióse en silencio, rápidamente; paseó la mirada con vaga extrañeza por el ámbito; y encarándose ante el espejo con su propia imagen, afirmóse en alta voz:

—Lo que me pasa, pobre mamá, es que estoy enamorada.

XXIX

Como a las once de la mañana siguiente, Luisa y Adelita paseaban por el patio fraternalmente tomadas de la cintura en extremosa intimidad, cuando

llamaron a la puerta. Ambas volviéronse a un tiempo.

Era el negro de la víspera, que avanzaba por el zaguán con un ramo de rosas y de azucenas. Una criadita acercósele, y él presentó las flores esbozando una genuflexión, mientras reía con todos sus dientes:

—Para la señorita — acertó a decir, confuso, hasta malograr a ojos vistas el cumplimiento que traía preparado.

Y como la mirada de la chicuela vacilara entre las dos:

—Para la niña... — apoyó con una indicación de cabeza hacia Luisa. — Para la novia de don Carlos — precisó, más cohibido aún, y tomó la puerta casi corriendo.

Las tres echáronse a reír de buena gana ante la ocurrencia. Pero Adelita evitó mirar a su amiga, presintiendo, sin saber por qué, el rubor que habíala encendido.

XXX

Desde el despacho interior donde por fineza de Cárdenas trabajaba solo, en el segundo piso de la escribanía, Suárez Vallejo, asomándose a la ventana de reja que dominaba el extenso patio y el portal sombrío de aquel anticuado caserón, vió que Blas acudía con su habitual puntualidad. Dicha ventana conservaba desde un tiempo en que la habitación fué dormitorio del escribano, los visillos y una cortina de felpa granate que pendía a un costado, arrastrándose en polvoriento desuso.

Aunque Suárez Vallejo intentara disimularse todavía la intensidad de su propio cariño, el recuerdo de Luisa dominábalo de tal modo, que al sentir los pasos, el polvo acumulado en un pliegue de la cortina, renovóle con punzante vivacidad la impresión del yeso en los cabellos de la joven.

—La que me hiciste anoche! — reprochó un poco atropelladamente a Blas, apenas lo vió en la puerta. Ya sé que ahora a las cuatro vas a declarar ante el juez. Anda tranquilo. Estás bien recomendado. Pero ¡meterse así, en una casa respetable! Qué miedo te entró?... No tenías armas?... ¡Y qué cuestión era esa... Con un individuo de esa calaña... Polleras, seguramente!...

—Si nunca cargo armas, pues, señor!... Cómo iba a pensar! Y por unos miserables pesos!... Una deudita que tengo con unos vecinos. El se encargó del cobro, metiéndose de puro malo... Y porque no quise tratar con él — ¡cuándo es juez ni procurador! — ya sacó revólver. Me aventuró, y me asusté, don Carlos... Pa qué lo voy a negar... Pero las niñas ya me habrán perdonado... Y usted también... Qué se van a fijar en el mal paso de un pobre... Y por eso yo... esta mañana...

—Esta mañana qué?...

—Llevé allá un ramo de flores.

—Un ramo?... Allá?...

—Sí, pues. Unas azucenas y unas rosas más lindas!... Estuve por presentarlo en su nombre... Después no me animé...

—Y quién te autorizaba a meterte en eso?

—Como usted le dijo a don Fausto el otro día... no?... cuando volvíamos del hipódromo... que

andaba.... que andaba... Bueno, que tal vez le faltaría para regalar unas flores... Y yo supe que le había ido mal en las carreras.... Entonces...

—Magnífico! Entonces tú te entregaste al derroche en mi lugar, como un potentado.

—No, don Carlos, no. No fué por ponerme en su lugar. No fué, señor, ni tiene importancia. Poco es lo que eso me cuesta. Yo tengo un crédito a plazos con aquel jardinero... — usted se ha de acordar — Giacomo Sassone, que es casado con una parienta mía...

Suárez Vallejo echóse a reír ante la serie de galantes compromisos que ese crédito suponía; mas casi al punto lo inquietó una sospecha:

—Y a quién le llevaste el ramo?

—A quien iba a ser, pues... A la niña... A su novia...

El joven se exaltó con indignada alarma:

—Qué barbaridades son las que estás ensartando? De dónde sacas eso? ¡A que has ido a decir allá...

Blas retrocedió un poco: y confuso, pero convencido:

—De dónde quiere que saque... Pero uno compriende, pues, señor...

—¡Te advierto, pedazo de imbécil, que esa niña no es mi novia!

Bajó la cabeza, y blanqueando ojos y dientes con humilde malicia:

—Cómo no va a ser... Si es tan linda y tan valiente!...

En lo recóndito de su alma, Suárez Vallejo va-

ciló entre darle un empellón o un abrazo. Pero, insistiendo en su severidad:

—Bueno, entonces. Te prohibo hablar una palabra más de todo esto. Lo que yo quiero decirte es...

—Sí, don Carlos — rió francamente — que no haga cosas de negro...

—Y que tienes que respetar a esa señorita...

—Sí, don Carlos — interrumpió otra vez, enclavijando las manos con veneración. — Sí, don Carlos: como a una virgen de altar.

En su ingenua humildad, creía que se lo ordenaban, porque a una señorita así, debía ofenderla hasta la alabanza de un negro.

XXXI

Claro está que, el viernes, las muchachas esperaban a Suárez Vallejo con la broma. Pero él se mostró evasivo hasta la frialdad. Don Tristán, que asistía por primera vez a las lecciones, había dicho con una entonación de indefinible alcance:

—Habráse visto ocurrencia de negro!...

Toto estaba displicente; y aunque su desagrado estribaba en que la noche del concierto, Adelita, viéndolo más decidido, abusó adrede, para coquetear durante los intervalos con cierto galancete ocasional, declarándolo amigo de la infancia, Suárez Vallejo atribuyólo al mismo asunto.

Conforme siempre ocurre entre las personas de buena educación, la violencia separaba. El joven comprendía que, a pesar de cualquier mérito, nunca resulta lucido el papel de héroe policial. Rete-

nidas quién sabe por qué ocupaciones, doña Irene y su hermana retardábanse adentro.

Para mayor contrariedad, el episodio había trascendido, a pesar de las precauciones. No se hablaba de otra cosa entre la servidumbre del barrio; de la policía debió salir algo también; y por reacción comprensible, la misma reserva deformábalo ya todo, cuarenta y ocho horas después. Esa tarde no más, los compañeros de oficina, para enfadar al protagonista, sacándole de mentira verdad, narraban una novela cursi, en la cual Luisa era la víctima heroicamente salvada de una misteriosa agresión.

Encogiéndose de hombros ante la habladuría, sin refutarla, que era tal vez lo mejor, dirigióse aquél a la casa de los Almeidas; pero cuando estuvo próximo, no pudo menos de advertir con disgusto caras curiosas en balcones y portales.

Pasmada ante esa actitud, para ella absurda, Luisa agravaba con su silencio, que parecía una participación, la severidad de Suárez Vallejo. Por qué, otra vez, poníase así con ella?... Qué tenían todos para estar con ese gesto?...

La lección desarrollábase fatigosa, insípida, visiblemente apremiada por el profesor, cuando entró doña Irene. Abrazando por detrás la cabeza de Luisa, que con lánguida gracia se abandonó a aquel mimo, su inquietud maternal, revivida a cada momento, volvió, intempestiva, sobre el asunto:

—Qué alegría verlos otra vez así, como si nada hubiera pasado...

Oyóse distintamente en el comedor el timbre del teléfono.

—Son, de seguro, amigos que felicitan... Tienen razón. La verdad es que fué providencial la presencia de Suárez Vallejo.

El joven comprendió, al acto, la necesidad de eludir en cualquier forma su intolerable mérito.

—No era serenidad lo que aquí faltaba, repuso en alabanza de Luisa; pero con tal despego, que ésta palideció, cerrando los ojos como ante un golpe inevitable.

Doña Irene estrechóla con más viveza:

—Encanto de mi vida! Diga, Suárez, diga cómo la vió cuando se dió vuelta.

—Pero, mamá... — suplicó ella casi gimiendo.

—La verdad, afirmó el otro, falseando más la situación — la verdad es que recordaba a Nausicaa cuando apareció Ulises náufrago y huyeron las doncellas...

—Dónde es eso?... — preguntó vagamente don Tristán, a quien la cita había causado una mortificante impresión de ridiculez.

—En la Odisea, uno de esos poemas formidables que le gustan a la señorita, según afirma Toto...

Pero éste respondió esbozando tan sólo un vago ademán, mientras proseguía en voz baja su conversación con Adelita, cerca de la ventana.

Doña Irene miró a su vez con asombro a Suárez Vallejo. Luisa respondióle con naturalidad:

—Verá hasta dónde soy ignorante. No he leído la Odisea. Empecé la Ilíada, pero me aburrió y la dejé.

Había tanta inocencia valerosa en su mirada y

en su voz, que él tuvo, clara, la noción de la injusticia.

Iba a replicar algo, arrepentido ya, cuando se oyó en el zaguán un rumoreo de visitas que llegaban.

Barruntando su objeto, aprovechó la coyuntura para escaparse, toda vez, dijo rápidamente, que la lección tocaba a su fin.

En el ligero atropellamiento que se produjo, al levantarse todos cuando aquéllas entraron, Luisa allegóse a él.

—Hasta el domingo, murmuró para él sólo.

Y como creyera verlo vacilar:

—No?... — apoyó con un soplo, temblorosa, sin atreverse a mirarlo.

—Hasta el domingo, contestó él resueltamente en el mismo tono, y salió sobre la avenida con el paso triunfal de la dicha reconquistada. Todo su fastidio desvanecíase en una certidumbre deslumbradora. Había ya un secreto entre ambos...

XXXII

Tuvo ante Cárdenas, no obstante, una explosión de mal humor:

—Mire, hágame el favor de esconderme por ahí a Blas, porque no sé si me contengo cuando lo vea. Le debo toda mi desgracia. Me ha creado una situación desagradable, me ha hecho héroe de folletín, novio... qué sé yo! Es un idiota, un verdadero idiota!

—No creo nada de eso. Lo que hay, no más, es que la chica le gusta mucho.

—Bueno, sí; es verdad; me gusta. Y por lo mismo — usted se va a asombrar, tal vez a burlarse — por lo mismo, tengo que inventarme una ausencia. Hay que evitar que esto acabe mal... Como puede suceder... Porque ni yo tengo cómo... ni ellos consentirían nunca... Conmigo... usted me comprende.

—Yo no veo lo mismo. Es una exageración. Si la chica lo quiere, usted no tiene más que hacerse de su carrera consular. Y para no andar con venias judiciales y escándalos de esos...

Detúvose un instante:

—Qué edad tiene? Debe andar por los veinte años.

—Va a cumplir diecinueve.

—Diablo! Es un poco largo, pero qué se le va a hacer. Yo también opino que don Tristán no ha de consentir. Es hombre de principios... Como todos los débiles — dijera mi tío...

—Pero esto es hablar por hablar, amigo Cárdenas. Vea lo que he pensado. En el ministerio, hay que comisionar alguno, o algunos, para la inspección de dos viceconsulados de frontera que parecen haberse convertido, por abandono, en dos sucursales de contrabando. Nadie quiere ir, porque se trata de lugarejos miserables y de un trabajo engorroso. Si pido eso, lo consigo en el acto, y me gano un derecho a la futura designación...

Cárdenas meditó un instante, acodándose sobre el bufete.

—Está bien pensado para la carrera. Y es muy suya la ocurrencia. Fuera de que como notario ya nada tiene que aprender. Pero no lo haga sin ha-

blar con la muchacha. No la va a olvidar con irse, y en semejantes lugares... Y para mejor la deja enamorada, y vaya la pobre a sufrir por usted. Quién sabe!...

—Si lo que busco es no hablarla, precisamente...

El escribano púsose a mirar un rincón del techo, mientras se metía con el pulgar una punta del bigote entre los dientes. Luego, bajando los ojos con simpatía sobre él:

—La quiere mucho, amigo Vallejo. La quiere mucho.

XXXIII

Las dos lecciones siguientes parecieron restablecer la normalidad; y el miércoles por la noche, Suárez Vallejo comió como antes con los Almeidas. Tía Marta había intervenido, para reprochar a todos la injusta frialdad que sobrevenía hacia él, como si no se tratara, dijo, de una noble acción disimulada con tanta modestia. Pero desde el pasado viernes, acaso con motivo de alguna insinuación de aquellas visitas cuyas miradas de mal contenido interés recordaba con ansiedad, Luisa sorprendió entre Doña Irene y su hermana conciliábulos nocturnos.

Iluminada por su amor, ahora oculto como un secreto precioso, comprendió que de eso mismo se trataba; y temblando ante un riesgo cuya gravedad presentía invencible, no vaciló un instante en cometer la acción que habría tenido, hasta entonces, por suprema vileza. Espió desde la puerta intermedia, pegada a la sombra, sin rubor y sin miedo, en esa

tensión de voluntad tremenda que sobre un hilo, un tiritante hilo de esperanza y de dolor, defiende al ser adorado contra las potencias de la fatalidad.

Tratábase de discernir si alguna inclinación hacia Suárez Vallejo podía nacer en ella. Pero hasta entonces, al menos, la tía Marta nada había notado. Ambas hermanas convenían, por lo demás, en que dado el carácter de Luisa, cualquier contrariedad, sobre todo si era injusta para él, podía provocar el temido efecto. Lo mejor, puesto que nada se advertía, era seguir como hasta entonces, y apresurar, acaso, un veraneo separador, dado lo prematuro de la estación calurosa.

La impresión del peligro templó a Luisa con dura limpidez. Sólo su mirada, de valerosa y sombría fijeza, aseguró al amado la irrevocable fe en la fugacidad de dos instantes propicios.

Pero él, desconcertado por su actitud, recaía en la pasada decepción. El domingo, sobre todo, no había cambiado fuera de la lección una palabra con él. Abstraíase como al principio en aquella luz remota de su propia mirada.

Entonces decidió pedir en definitiva la comisión de visitar el consulado sospechoso, el peor, el más lejano, con que así se prolongara su ausencia.

Obtúvola sin dificultad, como esperaba.

XXXIV

Al final de la comida, el miércoles, Luisa que tal vez le pareció más indiferente o más contenta, lo que venía, en suma, a resentirlo con igual sinrazón, díjole que acababa de leer la Odisea.

—He hallado una cosa muy curiosa, añadió, dirigiéndose al doctor Sandoval que paladeaba cerca de ella su café; una cosa que no quise decirle cuando chica, porque ustedes se burlaban de mí. Las almas de los pretendientes, que se llevó Mercurio, daban chillidos de murciélago. Así mismo oí yo el alma de la chica — recuerdan? — que se murió en el hospital.

Refiriólo sin ironía ni afectación, fijando en Sandoval su clara mirada. Desde muchos años ya, nunca había vuelto a hablar de eso.

El doctor preguntóle si estaba bien segura de no haber leído antes la referencia, fuera del poema mismo.

Bien segura. Pero, no fuera a creer que volvía a sus rarezas infantiles.

Al contrario; pensaba distraerse un poco más, conforme se lo tenía recomendado. Iba a hacerse socia del Corazón de María, donde las muchachas proyectaban reunirse a coser para los niños pobres.

—Los jueves y sábados, añadió con naturalidad.

Suárez Vallejo, a quien no había mirado, sintió una recóndita impresión de consuelo.

XXXV

Puesto el oído en la puerta obscura que daba sobre el costurero maternal, comprendió Luisa que su actitud había acabado por desvanecer toda sospecha.

Doña Irene y tía Marta llegaban a idéntica conclusión.

En la nocturna serenidad dió las once un reloj lejano.

Un divino soplo de amor palpitaba en la sombra inmensa.

La tía Marta hablaba con melancólica lentitud, como meditando:

—Mejor es así, pobre criatura! Tienes razón, Irene... Porque... aun cuando la necesidad lo imponga... ¡puede ser tan grave contrariar un afecto!...

—Y aunque no llegara a ese punto. Pero qué violencia tener que despedirlo con algún mal pretexto, o con un desaire, siendo tan caballero, tan culto, tan simpático... Y no habría remedio... Por eso era mejor hablar, prevenirse... Tristán, a pesar de su blandura, es en esto más intransigente que yo. Como todos los caracteres impresionables cuando se aferran a un principio. Ese joven...

—Pero yo no me refería a él. El hombre lucha, padece; pero anda, se distrae. El alma de toda mujer digna del amor, es siempre una tragedia desconocida. Porque hay un misterio que sólo el dolor enseña: muchos son los que pueden querernos, sernos fieles, darnos hogar, hijos, consideración, fortuna. El que puede revelarnos el amor es uno solo. Y con frecuencia, también, uno que pasa o que no llega...

—Y a qué viene, Marta?...

La otra continuó sin responder:

—Ese amor puede no ser placentero... Causarnos a veces la vergüenza... Quizá la muerte... Pero es la dicha! La dicha, que alcanzada aunque sea un instante, vale todo eso y encanta la vida

entera. Con qué facilidad contrariamos un afecto ajeno... La facilidad criminal de la puñalada...

—Pero nuestra honra... Las obligaciones de nuestra clase...

—Ahí está la tragedia. El honor del hombre arriesga y lucha. Mata o muere. Porque saber morir, eso es el honor. Para nosotras no hay dilema. No hay más que morir. Morir del alma, que es la verdadera muerte. Y para eso basta un instante. La felicidad tiene su día sobre la tierra. Un día no más... Y cuando pasa... La honra, el deber, son imposiciones de los otros. Los indiferentes... No niego que tengan razón. Pero ¿bastará tener razón para imponer una desdicha irreparable?

—La vida se rehace... El error sentimental de la juventud o de la pasión se repara...

—No se rehace. No se repara. El secreto de la tragedia a que nacemos destinadas, está en que la mujer no quiere sino una vez. Vive fiel a ese único amor, o muere sin haber querido nunca. Esto no lo saben o no pueden entenderlo las dichosas que han cumplido su destino. Y no lo digo por reproche. Al contrario... Pero una vez, la primera y última, he querido satisfacer mi conciencia.

Calló un instante. La noche profundizábase más tranquila y más pura.

—Mejor — repitió volviendo a su frase inicial — mejor es que Luisa nada haya sentido. Un afecto imposible o desigual la mataría. Me causa, no sé por qué, la ansiedad de los seres predestinados.

En la sombría frescura de la serenidad, vibraba como un canto lejano el silencio transparente de la noche.

—Dios mío, Marta, me horrorizas sólo con decirlo! Cuando pienso lo que sería para Efraim, para Tristán... Enamorarse así... De un hombre... sea lo que sea... personalmente... Pero sin familia... sin padre conocido...

Bajo la impresión de haber estado soñando, Luisa encontróse en su aposento, temblorosa y helada. Había huído como un soplo ante la brusca revelación.

Era eso, entonces!

Todos, la misma tía Marta que acababa de hablar con tanta nobleza, hallábanse dispuestos a la iniquidad. Todos, todos, la sociedad entera, contra él solo, contra uno solo que no era culpable.

Allá en el seno del silencio y de la sombra, tendida en su lecho, fijos los ojos en la tenebrosa pureza palpitada de estrellas que consentían desde la eternidad, juró la constancia heroica, la trágica entrega, alma por alma, dolor por dolor, falta por falta si lo exigía su fe, abriendo los brazos con irrevocable ademán a su amor y a su destino.

XXXVI

Pasó dos días muy atareada, buscándose pretextos para evitar la soledad y caer, de noche, rendida. Huía de su propia esperanza como ante un riesgo mortal que era, a pesar de todo, la espantosa incertidumbre: Comprenderá?... Por qué me miró así? Por qué ha cambiado de repente, con tanta indiferencia?... Comprenderá?... Comprenderá que lo querré siempre, sin pedirle nada, ni siquiera su afecto?...

Y esta resignación, casi suave al principio, paralizábala bruscamente en un atroz desamparo.

Asistió el jueves, con dedicación ejemplar, a la costura para los niños pobres. El viernes hizo con doña Irene la guardia del Santísimo Sacramento. Cuando volvió para la lección, dejando, de paso, a la señora en otra cofradía que reclamaba su presencia, supo que Adelita había telefoneado la excusa de no concurrir, porque doña Encarnación la necesitaba.

Toto, que salía en eso muy elegante y perfumado con aquella esencia *Jockey Club,* que no le gustaba, pero que la chica habíale impuesto como prueba de amor, declarando insoportable cualquier otra, reveló el verdadero motivo de la ausencia a su hermana, quien lo zahería por demasiado oloroso:

—Pretexto!... — dijo con irónica resignación. Pero bien comprendes que no voy a jugarme su cariño por un capricho o unas gotas de extracto. Se ha dado por resentida conmigo, que soy el ofendido en realidad — política muy femenina por cierto — y me exige que vaya a verla. Y como es muy bonita y la quiero mucho, iré. En suma, es ella quien debe tener razón. No te parece?...

—Ojalá sea cierto que la quieres como dices. Esto es lo importante.

—Y que ella me quiera?... Eso no?...

—Me haces víctima de tu fastidio. No te siento enamorado. Bien enamorado. Piensas como un viejo: "las mujeres tienen siempre razón...". Un enamorado podrá decir disparates, pero no lugares comunes.

Toto le acarició la barbilla:

—Estás preciosa y te admiro. Retiro mi frase, en homenaje a tu sabiduría. Bravo, señorita! Razona usted sobre el amor como si estuviera enamorada.

Y ya en el zaguán:

—Qué le digo a Adelita?...

—Que la quieres mucho!

Sintió de golpe, como un alivio, el encanto de aquella despreocupada simpatía.

XXXVII

La tarde habíase nublado con calurosa densidad; de suerte que cuando Suárez Vallejo entró, el salón estaba casi obscuro.

Toda la angustia de Luisa desapareció. La butaca habitual renovábale aquella confiada blandura de reposo, unida a una franca satisfacción de que la tía Marta demorara allá adentro.

Puesta enteramente de negro, en homenaje a la devota "guardia", había conservado su capelina de terciopelo, más por olvido nervioso que por coquetería, aunque consciente ya de saberse linda para él.

En la penumbra que, al fondo, el ébano del piano desteñía con difusa luminosidad, era toda ella una larga sombra, cuya mancha precisaban, apenas, como dos toques a contraluz, el vago nácar de la frente, y abajo, en incolora pincelada, el reflejo curvo del escarpín.

Su propia alma parecía exhalarse en la levedad sombría del ámbar.

Quietud y silencio realizaron un instante en la eternidad la perfección de la poesía.

Luisa dejó caer sobre el regazo su mano de nítida palidez.

Y con aquella voz de ronca ternura en que arrullaba la inocencia de su abandono:

—¿Era muy chico, todavía, cuando se quedó huérfano?...

Suárez Vallejo se estremeció profundamente.

—Muy niño, respondió con asombro casi huraño. Tanto, que ni siquiera recuerdo a mi pobre madre.

Dijo "pobre" con sombría altivez, como defendiendo al acaso la doliente memoria.

Luisa afirmó con mayor dulzura:

—Yo la habría querido mucho.

—No lo dudo, porque usted es capaz de toda bondad... Como de toda valentía.

—Lo dice por lo de la otra noche? — preguntó ella, estremeciéndose violentamente a su vez.

Y con voz más opaca, pero más firme:

—No fué miedo ni valor. Sentí que tenía que seguirlo hasta la muerte.

Las manos encontráronse con temblorosa intimidad.

—A mí?... Luisa!... A pesar de todo!... Debo creer entonces...

Su actitud respondía mejor que toda palabra.

Echada la cabeza hacia atrás, vencidas las pestañas por una sombra misteriosa de ensueño, el alma, visible en la tenue palpitación de los párpados, entregábase en la boca entreabierta con la delicia casi dolorosa de un éxtasis. Un soplo tan leve, que no llegaba a suspiro, tembló en sus labios. La

embriaguez de la vida imploraba en aquella sed de sumisa paloma.

XXXVIII

Salieron del beso como divinizados por luminosa fuerza, convulsos de abismo, en un asombro de resurrección.

Por el rostro de la joven rodaron con lentitud lágrimas claras y ligeras.

—Luisa, mi amor querido, no llores!...

Pasóse ella, con sorpresa infantil, la mano por las mejillas.

—Si no lloro... Si es que... Si es que he sufrido tanto por...

—Por ti... — murmuró él con mimo.

—Y es tan bueno llorar dichosa!...

—Luisa, mi cariño, mi amor del alma!

Bajo las lágrimas que corrían aún, su rostro encendióse con celestial sonrisa. Puesta, ahora, de pie, refugió la cabeza en el pecho amado, rendida con segura intimidad al brazo que la rodeaba:

—Quererlo así!... Quererte siempre!

XXXIX

La vida de Luisa aclaróse, como lejana, en una deslumbrada melancolía.

Ajena a todos y a todo, aquella misma habitación tan íntima, donde había soñado desde la niñez, mirábala con desabrida extrañeza.

El día siguiente a la confesión del amor, amaneció lloviendo. El rumor del agua fué propicio al

dichoso azoramiento de su despertar. Parecía la continuación del sueño dulcísimo, logrado tras las semanas de angustia. Tan profundo en su levedad, que volvió a la luz con un sobresalto de desvarío. Un deslumbramiento de felicidad anegó su sér. "Luisa, mi cariño, mi amor del alma", repitióse con apasionado asombro, cerrando los ojos, para poseerla mejor, a la certidumbre de su cariño.

Pasó largas horas ante la ventana, intentando, más que consiguiendo, hilvanar a ratos alguna pieza de la caritativa costura; absorta realmente en el pausado rumor de la lluvia sobre los árboles tranquilos. ¡Hacía tanto bien al alma su lenitiva tristeza! Decía y guardaba con tanta suavidad a la vez su tierno secreto!...

Su secreto sin confidencia posible, y más dulce y más puro así, puesto que todos hallábanse dispuestos a condenarlo.

Qué importaba, si sabían quererse bien! A despecho de todo, silencio, desconfianza, error, se habían querido.

Embebíala una distracción tan llena de él, que el alma se le iba con blandura irresistible en la efusión de la lluvia, como si fuera el derretimiento dulcísimo de su nieve virginal al delicado mimo con que él la enamoraba.

Cuán tiernamente contábaselo la lluvia!

Volvieron a rodar por su rostro las lágrimas luminosas de la dicha.

En los hilos de la lluvia lloraba también el amor su eterna quimera...

XL

Al entrar esa noche en el comedor, estaba tan linda, que doña Irene sintió exaltarse una vez más su orgullo materno.

—Ya ves cómo te sienta salir un poco. Pareces una flor, aunque te noto algo lánguida todavía. Se conoce que estás contenta.

—Soy muy dichosa, mamá — respondióle con sencilla dulzura.

Don Tristán contemplóla no menos satisfecho; pero como su mirada insistiera un poco, ligero fuego animó sus mejillas.

—Yo te encuentro, sin duda, mejor semblante — dijo aquél.

—Y es verdad — intervino Toto chanceando.— Una carita de novia.

La risa de la joven brotó espontánea, si bien con claridad un tanto excesiva:

—Y cómo son las caras de novia?...

—Psch... Cómo son!... Como los caramelos rosados. Una mezcla de ángel y de muñeca boba.

—Tienes alguna en vista, para comparar con tanta exactitud?...

Y animándose con picaresca volubilidad:

—Te gustaría que estuviera yo de novia? Con quién?... Veamos...

—Con un príncipe, nada menos — afirmó la tía Marta en tono de cómica solemnidad.

—Transijo hasta con un duque — repuso Toto, continuando la broma.

La joven volvió a estallar en una risa casi luminosa de cristalina:

—Mándame traer uno, papá!

Ambas hermanas miráronse satisfechas.

XLI

Bromeaban aún con lo de la cara de novia, cuando entró Sandoval, a quien prodigaron, como era justo, las felicitaciones por el éxito de su prescripción.

—No es mucha ciencia recomendar aire libre y ejercicio. Pero a mi vez te felicito, *Luchita.* Será o no así la cara de novia... Lo que yo sé es que con ésa, más de un novio te va a salir...

Sorprendióse de experimentar un recóndito dolor al eco de sus propias palabras. Comprendiendo que iba a quebrársele la voz, calló de golpe; y bajo el silencio que sobrevino, su rostro adquirió, pronunciada como nunca, la ruda fiereza que le era entonces peculiar. A doña Irene le pareció que enflaquecía de pronto, como excavado por interno derrumbe.

Mientras reponíase de aquella anómala emoción, prolongado el paladeo de su café, miraba a Luisa de soslayo sobre el borde de la taza.

Ganada por su abstracción habitual, vencíala ahora una suavísima plenitud de azucena. Eran los ojos lejanos de siempre, los mismos, sin duda. Por qué no?... Lo cierto es que su mirada parecía abismársele hacia adentro en la contemplación de una luz profunda. Sobre aquella delicia absorta, una sonrisa que no llegaba a definirse materialmente, difluía en cándida gracia su vaguedad.

"Ama — pensó él con desgarradora clarividencia — ama o va a llegarle la hora de amar".

Y con violenta arrancadura de cepa, sangróle bárbaramente, hasta írsele en palidez mortal, la angustia del corazón mordido.

Tan singular fué aquel trance, que casi al punto reaccionó en asombro. Su voluntad enderezóse como un látigo.

—Mal tiempo — dijo; — pesado, fatigoso... Acabo de sentir un vago mareo...

—Sí, está muy pálido — afirmó Toto.

—No será nada. Vamos, Tristán. El aire y la marcha me harán bien seguramente.

Por la puerta que acababan de entreabrir, azuleó afuera un ancho relámpago.

—Va a seguir lloviendo — advirtió doña Irene.

—No importa; vamos, Ignacio. El coche nos seguirá. Vienes, Toto?

—No, papá, no salgo esta noche.

Y en voz baja, para que sólo su hermana oyera:

—Estoy penitenciado... — añadió con malicia cordial.

—Me alegro, dijo ella del mismo modo.

Aquel secreto estremeció con nuevo sobresalto el alma dolorosa de Sandoval.

XLII

—Han advertido qué delgado está? — dijo por él doña Irene.

—Es que trabaja demasiado, repuso Toto. Ahora habría que recomendarle a él un poco de ejercicio. Consultorio, visitas, cátedra, hospital... Y de un

tiempo a esta parte, laboratorio sin perdonar domingo. Se mata estudiando, junto con los muchachos de la Facultad, que lo adoran, aunque los tiene aplastados de tarea. "Es un verdadero sacerdote de la ciencia", me decían, ayer no más, Emilio Beltrán y Arturo Miranda.

Y animado él también por la admiración y el afecto, refirióles que en ese momento costeaba el doctor de su peculio y dirigía personalmente, la investigación del nuevo método curativo ideado por un biólogo francés, Quinton, quien había descubierto que los actuales seres terrestres, inclusive el hombre, son originarios del mar, y que el recobro de la salud había que buscarlo en dicho elemento. La sangre no era más que agua marina coloreada por un óxido de hierro y conservada en sus venas por los animales que se retiraron del agua, con el mismo tenor de sal y la misma temperatura que el mar tenía en los tiempos primitivos. De suerte que la reposición del equilibrio vital perturbado en el enfermo, podía ser una tonificación marítima. Verificaban ya la teoría curas realmente estupendas de la anemia y la tuberculosis, mediante la transfusión directa de agua de mar o de sueros equivalentes cuya preparación estudiaba el doctor...

Pero como advirtiera la distracción de Luisa:

—Lo cual prueba, señorita — exclamó, mientras le cascaba junto a la nariz una castañeta que la estremeció, como despertándola — lo cual prueba científicamente que las mujeres descienden de "las sirenas de engañoso canto", como dijo el poeta...

—Y los hombres de los tiburones!... — rió doña Irene con su buen humor habitual.

Toto le plantó con cariño burlón dos besos en las mejillas.

XLIII

Suárez Vallejo y Luisa aprovechaban con gran prudencia las ocasiones de hablarse. Muchas veces no podían hacerlo; pero esa misma contrariedad purificaba su amor con la palidez ardiente de una llama esencial, y las almas iban desposándose por los ojos en el apego de una dulcísima aflicción.

Enterado por ella de la oposición que presumía, y que nada, seguramente, lograría vencer, impusiéronse como primer sacrificio el secreto de sus amores. "Nuestro tesoro escondido" había dicho ella con mimo delicioso.

Todo seguiría igual, sin aparentarse mayor indiferencia, sin escribirse, salvo en casos extremos, para evitar la infalible traición de las cartas, sin buscar otras ocasiones de encontrarse, ni variar por parte de Luisa la resolución de distraerse que aconsejaba el doctor. Así, hasta que ella, dueña de su albedrío...

Mas una sombra fatídica obscureció su frente. Suárez Vallejo sintió desvanecerse la voluntad en la palidez de las manos que acariciaba.

—Te he dado mi vida, afirmó resuelta; y si tú lo dispones, si debe ser así, esperaré... Pero tengo miedo.

—Miedo, mi amor?...

—Sí; no sé de qué... Del destino... Del misterio...

—La injusticia con nuestro cariño te inclina a los presentimientos.

—No es presentimiento...

Acogióse a él con intimidad casi espantada:

—Es que esta dicha es demasiado grande para guardarla sin morir. Y temo...

—Luisa!... — acertó él a implorar apenas, cubriendo de besos sus ardorosas manos. Cerró ella los ojos, estrechándosele más, con un susurro de pasión desgarradora:

—...Y temo que me mate tu amor antes de darte todo el mío.

Con desesperado afán, temblaron las almas un instante al borde abismal del supremo encanto.

El paso de la tía Marta que atravesaba el patio, contuvo ese vértigo, quizá fatal, con advertencia casi instintiva; mas el sacudimiento había sido tan hondo, que aquélla los miró con vaga extrañeza.

XLIV

No podían malograr, pues, para el resguardo de su secreto, los preciosos instantes; y en la primera ocasión, Suárez Vallejo comunicó a Luisa su próximo desempeño de aquella inspección consular, que ahora lamentaba haber solicitado, pero que no podía ya declinar sin fomento de habladurías y conjeturas.

La oportunidad de semejante ausencia era tan evidente, que heló el alma de Luisa con irrevocable

desolación. Pero no vaciló un instante. Llegaba el momento de ser, por su amor, valiente como una esposa.

—Tardarás mucho? — acertó tan sólo a preguntar en el reprimido sollozo de su ternura.

—De un mes a cuarenta días... — respondió él, conteniéndose lo mismo. Es un sacrificio indispensable a nuestro bien — añadió, mientras le alisaba los cabellos para serenarla, infundiéndole con el protector ademán la fortaleza de su lealtad viril. — Y queriéndonos como nos queremos, todavía nos querremos mejor.

—Mejor?... Cierto?... murmuró, sombría y dichosa.

—Cierto, mi amor. Y para esperarme más linda, y para que nadie sospeche de nuestro "tesoro escondido", no te pondrás triste...

—No me pidas eso por bondad o temor. Nada me será más querido que mi tristeza. Pero no la verá nadie... Te lo juro... Lloraré sola. Y mientras pueda llorar, me parecerá que estoy contigo.

Convinieron en dar con habilidad la noticia, aguardando el momento oportuno. La sobremesa tal vez... El propósito del uno y la tranquilidad de la otra, confirmarían su recíproca indiferencia.

XLV

Esperaba Suárez Vallejo al maestro de esgrima en la sala de armas del club, cuando entró Sandoval.

—Qué milagro, doctor! Bienvenido, después de tanto abandono.

—Gracias, mil gracias. Abandono, en efecto; pero con propósito de enmienda. Me he excedido un poco en el quehacer, y comprendo que necesito recobrarme.

Suárez Vallejo advirtió entonces cuán demacrado estaba. El tono jovial no correspondía al rostro, cerrado con tenebrosa reserva. Una abolladura de petrificación descarnaba sus facciones. Más canoso también, pero no emblanquecido de plácida ancianidad, sino agrisado con rudeza de jabalí, aquella ceniza trágica, sacándole al ceño con mayor lobreguez la borra de las entrañas, reanimaba hasta lo feroz el "gesto de pirata" que solía mentar chanceando. Su boca, gruesa de fiebre, parecía consumir un gusto de sangre.

—He decidido volver al noble ejercicio — añadió — y como seguiré su ejemplo, limitándome a lo substancial, cruzaremos pronto el fierro, si le parece...

Suárez Vallejo asió al punto la ocasión que se le ofrecía para anunciar su viaje:

—Desgraciadamente, no podré aceptar por ahora tan honrosa invitación. Salgo dentro de ocho días en inspección consular y estaré ausente unas seis semanas.

La mirada de Sandoval se iluminó.

—Asciende a inspector, entonces?

—No tanto. El escalafón no lo permite. Una comisión, no más, para ganar méritos.

—Me alegro de lo poco, aunque usted merece más. Pero es una sorpresa...

Tomó un florete del armero, y mientras probaba el temple:

—Una sorpresa! Y qué dicen por allá... sus discípulos?... O nada saben? Anoche, al menos...

—No hasta ahora. Como no se trata de verdaderas lecciones, sino de un entretenimiento, nada había que advertir...

—Pero no es reservado...

—De ningún modo, y menos para usted. Hace ya días que está aceptado y resuelto.

Los labios del doctor entumeciéronse en una sonrisa penetrante como las aristas del acero que examinaba.

XLVI

De sobremesa con los Almeidas, esa noche, entre sorbo y sorbo de café:

—Conque el profesor se les ausenta... — dijo de pronto.

—Quién! Suárez Vallejo? — exclamo Toto. No sabíamos nada.

La miradas convergieron curiosas sobre el doctor.

—Sí, para una inspección consular que durará mes y medio según creo. Me lo dijo hoy mismo, conversando, en el club.

—Pero cómo no nos ha advertido nada... — comentó doña Irene.

Luisa había alzado con la habitual lentitud sus ojos serenos.

—Seguramente mañana nos lo dirá — opinó con calma perfecta.

—De manera que los versos... — insinuó, iró-

nico, don Tristán, hiriendo la taza con triple golpecito.

—Una lástima... — lamentó la señora.

Luisa la miró callada y tranquila.

XLVII

"No es él, entonces", pensaba el doctor con satisfacción dolorosa, en la soledad de su biblioteca obscura. "No es él", volvió a decirse, abriendo la ventana sobre las tinieblas de la noche.

Desde el momento en que atravesó su espíritu la convicción fatal: "ama", sospechó naturalmente de Suárez Vallejo. La actitud de ambos jóvenes desvanecía su conjetura. Mas, lejos de aliviarlo, la consiguiente ansiedad le enconó el tormento.

Miró la sombra con desolación salvaje. Aquella infinita obscuridad era la imagen de su infierno sin salida.

Sin engañarse un punto, desde la noche en que bajo esa fatal convicción había vuelto a encontrarse allá, a solas con su conciencia, la idea de estar irremisiblemente perdido impúsole su corrosiva nitidez.

Habituado al análisis implacable por temperamento y hábito, hecho a las confrontaciones definitivas con el peligro y el dolor, en esa tremenda serenidad que da el dominio de la muerte, la pasión bruscamente revelada fué desde luego una condena.

Formada en la subconciencia indomable, como que es el alma obscura de la especie, latente en cada ser así encadenado a su eterna continuidad; ro-

bustecida por los años ya irrevocables; imposible y lastimosa hasta el ridículo; absurda hasta la demencia — no dejaba otro recurso que morir para no verse lentamente devorado. Cáncer del alma, que aparejaba la agonía sin tregua en el silencio y el disimulo, ya que la sola idea de semejante amor infundiría a esa alma pura un horror de incesto.

Comprendía al súbito golpe el sentido trágico de la fatalidad.

Sus veinte años de austeridad solitaria en la ciencia y en el deber, venían a dar en eso! En esa obscura traición del destino! Síntoma y no causa, la herida en que se revelaba de pronto aquella pasión, aquel mal recóndito difundido a ciegas por todo su ser, no se curaría.

Una idea poética, porque era de amor, amargó su alma con irónica tristeza: el árbol tardío florecerá solitario...

Entonces, si era inútil mentirse propósitos de resistencia, forjarse la ilusión de olvidar, en la cobardía de una esperanza insensata, valía más morir.

Valía más. Su vida estaba ya vivida. A nadie perjudicaría su desaparición. Quedarse acá o allá, antes o después, viene a dar lo mismo en un camino sin llegada.

Morir, sin duda. Pero morir era dejarla! No verla más para siempre. Para siempre! Quitarse hasta el consuelo desgarrador de padecer!

Era algo mucho más cruel que dejarla. Era dejársela a otro!... Al otro!... A ese otro que presentía ya, triunfante en la sombra. Feliz, feliz!... Monstruosamente dichoso de ser amado!

Como estrangulados por su propia tortura, sa-

cudiéronlo un rato sollozos casi secos, de inaudita violencia.

Al rugido de la fiera despierta en ese dolor, pareció responder el sordo trueno de la tormenta que se alejaba.

Clavó de golpe, llenos de aterradora serenidad, sus ojos áridos en la sombra relampagueada todavía.

"Decoración de ópera romántica" — pensó con feroz sarcasmo.

Pues su vida acababa de quebrarse entera bajo ese desvarío cuya racha de huracán le abatió el alma como un trapo.

En el cavernoso hueco que todo él era ahora, renacía una voluntad formidable. Sintió desmesurado su poderío hasta el vértigo, sabrosa hasta la dentera su atrocidad, abismada su pasión en perversidad de crimen. Y con una decisión cuya lúcida firmeza desolaba hasta el horror su negro diamante, sentenció en la plenitud del silencio y de las tinieblas:

—Puesto que no puede ser mía, tampoco será de nadie.

Largo tiempo después, bajo el lucero como nunca límpido en el cielo, aclarado ya, Sandoval lloraba dulce y profundamente, con sus últimas lágrimas de piedad, la desventura de su cariño inmolado.

XLVIII

—Cómo es que se nos iba a ir sin decirnos nada!...

Al cariñoso reproche de doña Irene, Suárez Vallejo respondió lo debido, con amable mesura.

Su propósito fué advertírselo, por cierto, esa misma tarde. Como no era por mucho tiempo, ni su ausencia reportaría inconveniente alguno...

—Al fin seré yo quien más los extrañe, dijo con sinceridad.

—No veo el motivo, replicó Luisa. Nos extrañaremos igualmente, como buenos amigos.

Y feliz hasta la travesura, al sentirse envuelta en su mirada de amor:

—Porque no creo que se proponga hacer el cónsul sentimental!...

—Después de Stendhal, sería cursi — afirmó él riendo de buena gana.

Aquella malicia dichosa tornábasela más adorable. Una severa mirada de Toto contúvola con ligero sobresalto.

—Y cuándo es el viaje? — preguntó la tía.

—El jueves próximo. Salgo por el nocturno de las diez.

—Así es que comerá el miércoles con nosotros...

—Y será mi mejor augurio de viaje y mi mejor recuerdo.

—Supongo que nos escribirá.

—Francamente, lo haré si hay por allá algo que merezca la pena; y desde luego, sin reclamar contestación.

—Porque es tan fastidioso escribir cartas... — aprobó Luisa con indolencia.

No hubo ya lección esa tarde; y como Adelita continuaba exigente, Toto salió. Pero los enamorados no tuvieron sino un momento muy breve para hablarse. El domingo, con todo, ya que esa tarde parecía imposible, procurarían darse el último beso.

El último beso! Luisa palideció.

—A menos que otro día... el lunes o martes... poniéndonos de acuerdo... — insinuó él con penosa ansiedad.

—El jueves a esta misma hora — dijo rápidamente, al advertir que alguien se acercaba — quiero que la pases pensando, solito, en mí.

Como doña Irene entrara, Suárez Vallejo pudo prometérselo con la mirada solamente, enternecido casi hasta el dolor ante aquella delicadeza de su ternura.

—Hablaban del viaje? preguntó doña Irene.

—Sí, señora. Estaba lamentando yo lo embarullado de mi apronte. Para un hombre solo, todo es problema. Y después, la cachaza oficial... Figúrense ustedes que el ministro no firmará sino el mismo jueves las órdenes de pasaje. Con lo que, hasta eso de las tres, nada sabré en definitiva. Sin contar otras mil cosas. Sólo al anochecer, a esta hora — añadió, mirando fijamente a Luisa — podré dedicarme a ultimar mis preparativos.

La joven sonrió vagamente, con sobrentendida conformidad.

—Pero, no tiene quien se comida? — insistió doña Irene. Su cochero que le es tan adicto?... La dueña de la pensión?...

—Estoy tan acostumbrado a manejarme desde la niñez, que me estorba cualquier ayuda. Y luego, antes de salir para un viaje largo, siempre es útil recapacitar un momento a solas...

—Aunque allá donde va, sobra tiempo, de seguro, para la meditación. Parece que es un lugarejo tristísimo. Cómo irá a extrañar el tráfago y el ruido

de esta ciudad! El centro es una verdadera vorágine.

—Sí, señora; pero el barrio donde vivo, resulta por su modestia y su tranquilidad una anticipación de la aldea.

Callaron entonces.

De la quinta ya casi anochecida llegó clarísimo el flauteo del zorzal. En la meditabunda paz, aproximó las almas una dulzura de acongojada simpatía.

XLIX

El destino tornábase adverso para Suárez Vallejo y Luisa, que el domingo, contra toda esperanza, tampoco pudieron hablarse. Precisamente cuando uno y otra tenían como nunca un mundo de cosas que decirse.

Violentando su propia recomendación, Suárez Vallejo había pensado en la carta, al parecer inevitable; mas ella provocaría una respuesta no menos segura, con riesgosa complicación de intermediarios.

Decidió, entonces, publicar el jueves un romancillo que leería la víspera a los Almeidas, poniéndolo para mayor precaución entre otros dos de asuntos distinto. La verdad era que tenía olvidado el género. Doña Irene habíaselo recordado poco antes, lo cual daba más oportunidad a su ocurrencia. Entre varios inéditos que guardaba, eligió dos para primero y final. El otro decía:

EL TESORO ESCONDIDO

Separaba a los amantes
La inclemencia del destino.
Tanto rigor les oponen,
Foso y muro del castillo,
Que ni mirarse podían,
Ni convenirse por signos,
Uno del otro alejados
Tras cortina de granito.

Tanta palabra amorosa
Que les inspiró el cariño,
Para los tristes no vale
Lo que esa que no se han dicho.
Esa que no se dijeron,
La más preciosa habrá sido.
El silencio en que la guardan
Forma su peor suplicio.

Tanta mirada que otrora
Les prometió el Paraíso,
Nunca igualarse podría
Con aquella que al descuido
De la sospecha celosa,
Del comentario enemigo,
Les juraría un infierno
Mejor que el cielo perdido.

Tanto beso que se dieron,
Más embriagador que el vino,
Ante el que no pueden darse

Lo catan ya desabrido.
Una vida en cada beso
Se han jugado con peligro;
Mas, con la muerte compraran
El que darse no han podido.

Un tesoro que tenían,
Ocultar han conseguido.
Suplicio, infierno y tesoro,
Por junto llevan consigo.
El infierno era la ausencia,
El silencio era el suplicio,
Y el beso que no se dieron
Era el tesoro escondido.

L

Suárez Vallejo leyó en la sobremesa del miércoles su tríptico anticipado a manera de homenaje que mereció, por cierto, unánime aplauso. Hallábanse presentes también los íntimos de la casa, Adelita y Sandoval: ella tan bonita y elegante como siempre; el doctor un poco más rehecho al parecer.

Luisa había estado admirable de naturalidad; y con ser aquellos versos los primeros que inspiraba su amor, no menos que inminente la despedida, nada traicionaron su palabra ni su expresión. El mismo Suárez Vallejo sintióse asombrado ante esa sencillez tan noble como valerosa. Cuánto y cuánto más la quería así — tan digna de su tesoro escondido...

La primera en opinar fué Adelita:

—El que más me gusta es el segundo romance... *El Tesoro*...

—A mí también, dijo Luisa con su acostumbrada serenidad.

—Es que es precioso! — encareció doña Irene. Digno de un verdadero poeta.

—Un buen poeta! — confirmó don Tristán, buscando la cucharilla que le faltaba para su triple percusión.

—Y pensar que son los primeros versos suyos que consiente leernos!... — dijo la tía Marta.

—Es que hay tantos mejores, que la discreción resulta una habilidad.

Sandoval había sentido cruzarle el alma un soplo de alivio, semejante a la ráfaga de una olvidada primavera. La actitud de Luisa despistábalo a él también.

—Ocupe sus ocios por allá, dijo a Suárez Vallejo, en componer otros poemas. Es una lástima que entre tanto libro malo, no nos dé usted el bueno, y muy bueno, que podría. Esos versos son lindísimos Aprovechó usted con maestría el tema de la ausencia.

—Con una melancolía tan discreta y delicada!... volvió a decir Adelita.

—Discreta y delicada. Es lo justo — aprobó Toto sonriéndole.

Llegó el momento de la despedida. No era cosa de mayor motivo para demostraciones, como había dicho el mismo viajero, y todos esforzáronse en simplificar la escena. Fué casi lo mismo que habitualmente.

Observada a hurtadillas por Sandoval, Luisa no

varió lo más mínimo su actitud. Tendió como siempre la mano al "profesor"; y sólo la iluminación fugaz de sus ojos, expresó al amante la dicha orgullosa que le inspiraba el poeta de *su tesoro.*

LI

La actitud de Luisa, que admiraba cada vez más, aunque sin salir de su primer asombro ante ella, ayudóle a dominar la impresión de orfandad desolada cuya habitual congoja habíalo asaltado al hallarse en la avenida desierta.

El jueves temprano, entrevistóse con Cárdenas a quien nada decía de sus amores, aunque el malicioso escribano le sacaba por la cara, en silencio prudente y regocijado a la vez, su feliz secreto. Quería hacerle los últimos encargos:

—Ya que se empeña en asignarme emolumentos, aunque en la práctica que adquiero está mi retribución, cuando paguen los honorarios de aquellas escrituras, mándele abonar a mi patrona la pensión atrasada de M. Dubard. Le he salido fiador sin que el pobre viejo sepa, porque de seguro no lo habría aceptado. Ya sabe lo delicado que es. Pero visítelo en mi nombre. Está muy enfermo. Va a durar poco, me parece... Del sueldo que me cobre, páguemele a Blas su mes de coche, o lo que salga hasta mi regreso. Y creo que ya no tengo más molestias de darle... Ah, sí, me olvidaba. El pícaro aquel del asalto, va a salir pronto en libertad. Agradecido a mi declaración compasiva, y dispuesto a enmendarse, me pide que le consiga un puesto de ordenanza. Queda con la mano falseada

del torcijón que le di. No podrá volver a su oficio de estibador y me parece listo. Quizá como portero de la escribanía...

—Buena pieza la que me recomienda! Ya fué un error esa declaración favorable. Yo habría dejado que lo procesaran, como era justo, por atentado criminal. Pero usted con su sentimentalismo!... Usted y...

—Ella es quien lo ha perdonado.

—Me lo imaginaba. Claro! Claro! Sí, pues. Perfectamente claro!

Ambos rieron con franqueza.

—Bueno, prosiguió Cárdenas. Veremos... Aunque sin prometerle nada, eh?... En cambio, me ocuparé gustoso del viejo Dubard. Hace mucho que no lo veo.

—Está siempre muy rosadito; pero flaquísimo, encorvado. Parece, el pobre, un langostino. Visítelo, que es obra de caridad.

La patrona de la pensión había visto a Suárez Vallejo en son de consulta; pero en realidad para quejarse del trimestre que el profesor le adeudaba. Cada vez más imposibilitado de trabajar, si no le despachaban la jubilación durante las próximas vacaciones... — adiós mi plata — concluyó con sardónica avaricia.

Suárez Vallejo garantió la deuda hasta entonces, exigiendo en cambio toda la consideración que merecía tan fiel y antiguo cliente.

LII

Fué a despedirse del viejo, no bien regresó del ministerio con sus pasajes.

Hallólo más abatido por el disgusto de su situación que por su dolencia; y para evitar una negativa o la aflicción de una escena de miseria y gratitud, atribuyó a la patrona la concesión de un crédito hasta aquella jubilación en moroso trámite. El se encargaría de esto a su vuelta; y mientras tanto, podía ir ocupando a Cárdenas.

Animado por aquella cordialidad, el enfermo venció sus escrúpulos, hasta advertirle que le encargaría la colocación entre sus relaciones de ciertos libros antiguos y valiosos cuya remisión iba a pedir a Carcasona, su ciudad natal, y que esperaba recibir cuando él regresara. Eran todo su patrimonio, del que nunca había querido deshacerse; pero la vida parecía empeñarse en disponer otra cosa.

Suárez Vallejo le estrechó la mano, conmovido por su sencilla dignidad.

LIII

La satisfacción que su buen proceder causábale, tornósele melancolía no bien se halló a solas en el cuarto revuelto.

Así, pues, iba a partir sin verla. Cometía, en suma, un imperdonable exceso de preocupación al no llevar su retrato. Una cabecita suya, siquiera!...

...¡Y nada más que una cinta y unas flores secas — quién iba a creer — queriéndose tanto!

La ausencia empezaba ya.

Caía la tarde sobre el barrio tranquilo. Para aislarse con sus recuerdos, había cerrado puerta y ventana, encendiendo apenas su lámpara de noche.

Mientras tanto, ultimaba su arreglo. Todo se ha-

llaba en orden: muebles, libros, ropas... Minucioso adrede aquel apronte, para mayor distracción.

Quedábale, sólo, abierta sobre la mesa, la valija de mano.

El silencio de la calle desierta aumentaba su impresión de soledad. Hasta las palomas del tejado enmudecían ya recónditas.

Mas, llegaba la hora de cumplir lo prometido a la bien amada.

Qué haría ella? Lo mismo, sin duda. Estaría despidiéndose con el alma. Allá, en la butaca de costumbre. Llorándolo tal vez sus ojos queridos.

Empezó a pasearse con lentitud en la soledad, como ella había dispuesto, cuando llamaron a la puerta. Giró resueltamente el pestillo, y Luisa se echó a sus brazos estremecida de sollozante pasión:

—No puedo quedarme así! Es demasiado cruel!... Demasiado triste!

Delirio, riesgo, asombro, fatalidad, ahogáronse en el beso de ansia y olvido.

—Amor mío!... Mi amor del alma!

Estrechóla contra su estallante pecho, en el extravío de un deslumbramiento milagroso. Y el vértigo del beso volvió a abismarlos en un gemido de amor.

Pero ella, desprendiéndose con turbación ingenua:

—Me perdonas?

—Qué puedo perdonarte yo, mi dulzura...

Estaba completamente de negro, *como aquel día.* Quitóse el sombrero, en una deliciosa seguridad de posesión.

—La puerta... — indicó sin mirar, velando su voz con intimidad resuelta y grave.

—Nadie puede oirnos, aseguró él echando el cerrojo.

Temblaba todo, ahogado por una emoción rayana en espanto.

Anduvo ella hasta la mesa, donde apoyó su mano con naturalidad:

—Qué lindo es acá!... Donde tú vives — exclamó, maravillada con gentil sencillez, mientras sus ojos recorrían el ámbito a media luz. Creí que tenías más libros... — añadió por los dos armarios donde se alineaban.

Estremecióla en eso un vago terror.

—Qué silencio!... — dijo. — Has pensado mucho, acá, en tu Luisa?

—Lo que hallas hermoso en este pobre cuarto de pensión, es que está lleno de tu imagen.

Alisóse ella, lentamente, con los pulgares, el cabello en las sienes, mientras su mirada humedecíase de ternura.

Y para eludir aquel soplo de miedo que la subyugaba otra vez, bromeó, tocando la valija mal colmada:

—Arreglo literario...

—No, dijo él dulcemente. Dejo siempre un hueco para algún imprevisto de última hora...

Una sonrisa de malicioso misterio insinuóse apenas en los labios de la amada.

Y con sus ojos iluminados de triunfal alegría:

—Tú no pensaste, verdad?... No creías?... No sospechaste nada?...

Ahora, sí, comprendía. Comprendía todo y la que-

ría mucho más por ello: su actitud, su seguridad, su tranquilidad ante la despedida.

Volvió junto a él, serenada, y sentóse en el diván, mientras él lo hacía a sus pies, para beberla mejor con los ojos, como a una estrella. En los suyos brillaban, juntamente todavía, la alegría y las lágrimas.

—Nuestro tesoro... — murmuró *con aquella sonrisa celestial,* en un susurro de ensueño. Diré todos los días tus versos, para ir besando cada palabra al salir.

Estrechóla él con intimidad más profunda. Pero, de pronto, lo estremeció una alarma:

—Cómo has hecho, amor?...

—No te inquietes. Me valí del taller de costura. Tengo dos horas para ti... Para nuestro cariño... Malo que te vas! — añadió con mimosa queja.

Y encendiéndose en ligero rubor:

—Me confié a Blas, que me ha traído hasta aquí cerca, y me esperará. Como me cree tu novia... el pobre!...

Dilató él una mirada de asombro.

—Para el taller y para casa, ando yo en comisión de compras. Tengo ya en el coche el paquete de géneros. Y si supieras lo que contiene también...

Sin esperar su respuesta, inclinóse más, y mirándole bien de cerca los ojos con una especie de amorosa picardía:

—Aquel trajecito escocés que te gustaba. Porque pensé que tal vez tuviera que irme contigo...

Suárez Vallejo alzóse hasta el diván, cubriéndole de besos el rostro.

—Cuánto te quiero!... Mi alma!... mi "mía"... mi valiente!... Pero eso...

—Sí, sí, es una locura. La locura con que yo también te quiero!

Dobló la cabeza sobre el hombro amado con honda queja de ternura.

Mas, él consiguió sobreponerse aún, con energía valerosamente desesperada, al arrebato de sobrehumano delirio que desordenaba en huracanado empuje su corazón.

—Una locura que comprometería sin remedio nuestra dicha... Nuestro pobre dicha, tan contrariada ya.

Hubo un momento de silencio palpitante.

—Y si fuera mejor... — insinuó ella todavía.

Temblaba entera, casi hasta el dolor, en la caricia de aquel brazo que ceñía su aflicción desamparada.

Pues cuán desvalida y miserable sentíase ante la inmensa soledad... Ahora que iba a perderlo.

—No me dejarás así!...

Su voz tornóse tan opaca, que era un aliento. El no acertó más que a bebérsela en un beso, ebrio también de aquel aroma que era el divino regalo de su juventud.

El regalo que le hacía, no por el deleite más temido que apetecible, sino para descansarse el corazón de tanto querer.

—Así, sola mi alma!... Volver así, a mi casa que siento ya ajena, entre los que no saben comprender nuestro amor... Y te desprecian!... No, no; nunca! Por eso he tomado, como dicen, una suprema resolución.

—Entonces, mi adorada...

Entonces, agonizado en congojosa dulzura el arrullo de su cariño, cerró ella, estremecida, los ojos, abandonando aun más sobre el hombro amado su cabeza rendida de amor y fatalidad:

—Me iré contigo o volveré tuya.

LIV

La aldea frenteriza donde se hallaba el consulado en inspección, salió peor de lo que Suárez Vallejo imaginaba. Extranjero y desagradable a la población cuya prosperidad estribaba en el contrabando que iba él a suprimir, su aislamiento era total entre las dificultades multiplicadas por la conjuración del vecindario. Todo el mundo estaba secretamente con el cónsul, taimado vejancón de cepa mestiza, que comenzó por declararse enfermo para atrasar la indagación.

Fué evidente, desde luego, el propósito de aburrir al comisionado con la prolongación de su permanencia en la desapacible fealdad de ese villorrio de páramo, sin más posada eventual que la casa de posta, donde el alojamiento era un favor de la concesionaria, misia Dalmira de Urioste, viuda y heredera de aquel servicio fiscal, vitalicio ya para su finado.

Por suerte de Suárez Vallejo, como la mensajería aparejaba el correo, y de este modo una doble institución hostil al contrabando, con el cual nunca transiguió el difunto, misia Dalmira púsose de su parte, asegurándole así la mitad del éxito. Favoreciólo también, a no dudarlo, la circunstancia de ser

ambos compatriotas, según habíaselo dicho la hospedera, aunque de pasada y con visible intención de eludir detalles, quizá en resguardo de una explicable neutralidad. No excedió, pues, la consideración hospitalaria, que por lo demás creía deber, como servidora del Estado, al funcionario de un país vecino; y el joven comprendió a su vez, que en la prudencia consistía el mejor modo de agradecerlo.

Fuera del consulado que le ocupaba el día con sus papelotes embrollados adrede, o de una que otra excursión de pesquisa al inmediato poblacho de su bandera, limítrofe arroyo por medio, y también contrabandista sobre aquella fácil vaguada internacional, no salía de su habitación, bastante cómoda, por cierto, hasta resultar envidiable en las siempre frígidas noches.

Sobrábale, por lo demás, para distraerlo, la melancolía de la separación, en la inmensidad de su ventura. El recuerdo de la hora divina lo embargaba tanto, que no sentía ningún deseo de escribir. La grave situación creada con aquéllo, preocupábalo sin angustia. Era un encanto más de la consumada dicha. Ella lo había querido; y al fundirse así sus dos existencias en una sola vida, realizando el triunfo eterno del amor, inevitable como el destino, sólo le quedaba la congoja de no verla.

Cárdenas, por suerte, escribiríale algo. Al pie del vagón, junto con el abrazo de la despedida, obtuvo para colmo de felicidad esa certidumbre consoladora.

Temeroso de que Luisa no acertara a explicar su ausencia, había padecido cruel zozobra hasta una hora antes de la partida.

En vano procuró aquélla tranquilizarlo, radiante de inspirada seguridad. Entonces imaginó ella misma el recurso.

Si nada le ocurría al regreso, como estaba cierta, enviaría a Adelita con un criado, cierto álbum de música pedido poco antes en préstamo por aquélla. Apostado a la vuelta de la esquina, Blas tendría en eso la seña de que todo anduvo bien, avisándolo acto continuo a Suárez Vallejo. Mas un inconveniente cualquiera retardó sin duda el envío, y sólo cerca de las nueve apareció el negro con la esperada noticia.

La alegría que por reacción sobre aquella última inquietud lo dominaba, no escapó a la perspicacia del escribano. Con lo que, aprovechando la batahola del andén:

—Me alegro — dijo — que se vaya tan contento.

La ternura dichosa desbordósele en expansión de correspondida amistad:

—¡Amigo Cárdenas: abrace a un hombre feliz!

—Con toda el alma — ... y por ella también! — exclamó, noblemente conmovido.

Revibraba ya, perentoria, la pitada de prevención.

—No puedo decirle más, amigo Cárdenas. Es un secreto. Tenga cuidado... Figúrese que ni nos escribiremos... Usted, en cambio, hágame un servicio... Otro entre tantos que ya le debo... Cuando la vea por ahí... dos líneas — sabe? — con su impresión.

—Quién fuera poeta como usted para mandársela en verso!

Y en la calma de aquel villorrio lejano, Suárez

Vallejo repetíase por milésima vez lo que se dijera ya, al precipitado ritmo del tren en marcha:

"¿Qué he hecho yo para que me sea dado poseer en el amor y la amistad toda la dicha de la tierra? Predestinado al abandono, en la implacable fatalidad de mi condición, un día cae para mí una estrella. El destino existe, entonces; y al impulso del mismo azar que puede acarrearnos la desgracia, nos hace dueños del tesoro escondido que tan pocos encuentran, aunque en buscarlo consista al fin para todos la inmensa pena de vivir..."

¡Si aquello era tan hermoso, que angustiaba con su pureza excesiva!... ¡Si, despierto y todo, no podía ser más que una quimera la posesión de la celestial criatura!...

Horas y horas embebíalo la sublime bobada de evocarla en la cintita que él mismo le desprendió. Esa que, así, era más suya...

En el ámbito de la noche montañesa sentíase la palpitación de la inmensidad. El silencio era tan sutil, que dentro del propio oído zumbaba con tenuidad musical el ritmo de la vida en el canto de la sangre.

Sobre la mesa de noche, el reloj abierto acompañaba con su elemental golpecito, que en la soledad remota adquiría una importancia personal de palabra.

LV

Corría ya la tercera semana de inspección, en un aislamiento forzado cada vez más por la malicia lu-

gareña, y sin otra novedad consoladora que una carta del escribano, llegada poco antes.

Había visto a "su chica" en el teatro, linda como nunca, aun cuando un poco distraída, por más que así fuera su natural, y asediada, entre gemelos y visitantes, por media docena de pollos con los cuales departía no sin animación. Era todo, en suma, aunque el buen amigo lo prolongaba con detalles que no carecían de agudeza. No había nombres propios, por discreción; pero dos o tres bocetos valían la tinta en ellos gastada: "... apareció en el palco aquel secretario crespito y cachetudo, con su naricita de botón plantada entre los ojos redondos, lo que le daba un aire de payaso afligido..." O bien: "un mulatillo largucho, que desde el pelo a la punta del frac parecía untado de una dedada de betún". Y todavía: "Sólo una vez la vi sonreírle cariñosa al doctor, que estaba detrás con su cara de verdugo..."

Contra lo que esperaba, aquellas noticias causáronle una enorme tristeza.

Tranquilizábalo sin duda el disimulo de Luisa, por la presencia de ánimo que revelaba. Pero la soledad parecióle ya intolerable. Iba en verdad demasiado largo aquéllo. Y lo peor era que no podía apurarlo ya, por temor de complicar algún inocente.

Chocóle asimismo la excesiva jovialidad de Cárdenas, quizá rebuscada con mejor intención que ingenio. Sobre todo aquello de "su chica"... Tonto, vulgarote...

No obstante, acostado ya, leía por décima vez la

carta, cuando en una súbita agravación del silencio, notó que el reloj acababa de pararse.

Habíale dado cuerda, sin embargo, y lo comprobó acto continuo. Sacudiólo en vano, movió los punteros que señalaban la una menos diez, con resultado igualmente nulo...

—Será el frío — díjose con la anticipada molestia de la dificultad que suponía una compostura en tal paraje.

Y volvió a su meditación.

LVI

Consultada al respecto, doña Dalmira indicó que en el pueblo vecino, el agente consular de Turquía, comerciante acopiador, solía también oficiar de relojero.

Suárez Vallejo recordaba haberlo visto una sola vez, cuando se lo presentó por cortesía oficial el encargado de la Aduana, quien apreciábalo, según dijo, como hombre serio y capaz. Habíale causado, en efecto, buena impresión su tipo enjuto, de ojos verdes y corva nariz, que tornaba más aguileña el relieve de pómulos y mandíbulas.

Volvió a satisfacerlo la comedida mesura con que lo recibió, ajustándose acto continuo el monóculo de aumento para examinar la avería. Su tupido cabello gris brillaba como un terrón de galena.

En el silencio del despacho interior donde lo introdujo por cortesía, crujió, neto, el probado resorte.

—No tiene nada — murmuró sin levantar la cabeza. *Et pourtant c'est drole, ma foi!...*

—Quizá el frío... — insinuó Suárez Vallejo, empleando también el francés.

—No, no es el frío. Estos relojes suecos se hallan lubrificados con aceite de quijadas de delfín, que nunca se congela. Rica máquina!

—Es la primera vez que falla en doce años.

Continuó el examen, a prueba minuciosa de palanqueta y punzón.

Y de golpe, quitándose el monóculo, el hombre le devolvió la prenda:

—No tiene nada — dijo. — Llévelo consigo, y un día de éstos echará a andar por sí solo.

Suárez Vallejo le agradeció la receta, si bien interpretándola como una evasiva.

El otro pareció no advertirlo. Atusándose el ya encanecido bigote, envolvíalo en una mirada singular, cual si estuviese, a la vez, próximo y lejano.

—Señor inspector — preguntó, mientras le ofrecía un cigarrillo: — ¿no tendrá usted enfermo de gravedad algún ser querido?

—No, ninguno — contestó resueltamente, aunque ahogando en la primer bocanada de humo un repente de estupefacción y alarma.

—Soy solo en el mundo — añadió, un poco al azar de su sorpresa.

Mas, al punto, distrájolo con agradable impresión la exótica fragancia del cigarrillo.

Seguían hablando francés, idioma que parecía más familiar al comerciante. Este dijo:

—Yo también soy solo. Me he criado en Siria, aunque nací en Armenia. Fuí alumno hasta los quince años de los jesuítas franceses de Beirut. Pero la soledad corporal, la ausencia, en fin, tiene re-

medio y puede ser el camino de la perfección, la vía celeste. La soledad que mata, señor, es la que uno lleva consigo en el alma.

El timbre de aquella voz despertó en Suárez Vallejo la simpática intimidad de un recuerdo desvanecido. Entregábase a su encanto, sin sorpresa, en una especie de sumisa abolición.

Su interlocutor, que había callado mientras fumaban con meditabunda placidez, volvió a decir, ofreciéndole otro cigarrillo:

—Quizá esté usted sorprendido de mi locuacidad poco asiática... Pero créame que no hablo en vano. Habrá usted leído algo sobre las hermandades secretas del Oriente...

—Poca cosa. Lo que todo el mundo sabe... Fakires... Derviches giratorios...

—Sí, sí... Al fin es lo mismo. Pero hay escuelas, comunidades diferentes... Y a eso me refería. Según enseña una, de la cual le hablaré si le interesa, la soledad, la verdadera soledad, que es la puerta del infierno, sólo comienza a existir cuando el hombre pierde la vinculación con el ángel ligado a su destino. Porque nosotros creemos que en la humanidad, cada alma es la mitad de un ángel.

—Cómo no va interesarme una fantasía tan poética... — afirmó, saboreando con fruición creciente el humo oloroso.

—Excúseme la demasía, pero parece que su interés fuera más bien preocupación causada por un especial estado de ánimo.

Suárez Vallejo intentó apenas resistir.

—Es posible... — dijo en voz baja.

Abandonándose a la delicia ligeramente vertigi-

nosa de una flotante liviandad, parecíale que él mismo se exhalaba en el humo de su tabaco.

—Pretendemos — insitió el oriental — que aquello es un hecho. Que bajo ciertas condiciones, vuélvese visible el espíritu compañero. Puede adquirirse el don de percibirlo en el campo magnético que rodea a cada persona, y que es su propia emanación vital. Ahora mismo, el suyo, muy neto...

—Ve usted a mi ángel?... — interrumpió Suárez Vallejo con lánguida ironía.

—No. Está ausente en la sombra de la encarnación. Caído en el sacrificio de la materia.

Vibraba su acento con extraña solemnidad, y por sus ojos verdes había cruzado un resplandor de espada blandida.

—Está usted — prosiguió — formidablemente solo. Veo casi desvanecida a su lado la imagen materna. Quedó usted huérfano muy niño. Es usted, como dicen, un hijo del amor. Gente salvada por usted de un peligro mortal, forma ahora su guardia invisible. Pero la potencia de una voluntad hostil empieza a oponérsele. Goza usted plena la dicha del amor en el misterio de una contrariedad irremediable. El ser humano que a usted se ha dado, no pertenece a su familia terrestre. Es absolutamente suyo. Su amor es esta cosa rarísima y divina: un encuentro en la eternidad. Está más allá de la vida y de la muerte. Pero a costa de un inmenso dolor. Vienen ustedes de muy lejos: *del otro lado del mar y de los siglos.* Usted lo sabrá un día por medio de un anciano que va a morir. Cuando conozca el secreto del nombre que ella lleva, *y que no es el suyo.*

Suárez Vallejo se puso pálido.

—De modo que usted sabe...

—Sé más aún — interrumpió el otro con imperio. Ella estuvo en lo justo cuando quiso acompañarlo acá. *Era la hora del destino!*

Y cortándole palabra y ademán con dominante mirada:

—Ahora que usted comprende que *sé*, creerá, sin duda.

Suárez Vallejo alargó maquinalmente la mano hacia la cigarrera, pero el vidente la apartó con suavidad.

LVII

"Soy también uno que cayó por un ángel. Estoy aquí, en esta soledad del mundo, para empezar mi expiación. Ella consiste por ahora en un encargo. Debo hallar en estas comarcas dos hombres cuyos destino va a cumplirse en la eternidad, y usted es uno de ellos. El nombre de Juan Medina, que llevo, es un seudónimo de los que adoptan acá los árabes, dada la difícil pronunciación de los suyos. Mas, para usted, me llamo Ibrahim Asaf."

"No sé si cree usted en la vida futura. Yo podría darle *la prueba real* de su existencia. Pero sepa usted que su suerte estuvo unida ya una vez a la hermandad que me ha enviado. Algún día, quizá, hablaremos de eso, y usted oirá al menos una interesante narración del tiempo de las Cruzadas..."

"La duda que respecto a mí acaba de asaltarlo, es perfectamente justa. Yo podría, en efecto, ser un impostor; mas lo que voy a decirle comproba-

rá mi desinterés."

"Grandes sucesos van a transformar el mundo. Entonces necesitaremos de usted".

"Pero antes de eso, el sacrificio de un ángel lo habrá salvado a las puertas de la muerte".

"Sólo cuando usted las haya pasado, le pediremos, libremente, la fidelidad."

"*Como viviente de este lado de la vida,* nada tenemos que pedirle, y sí mucho que ofrecerle".

"La decisión de estar o no con nosotros, la tomará usted *cuando haya comprendido el secreto de la eternidad.*"

"Hasta entonces, me limitaré a poner estas palabras y lo que usted pueda ver y oír después, bajo la reserva que corresponde a un hombre de honor."

Suárez Vallejo se estremeció bruscamente. Soñaba?...

Un ansia infinita de recordar, de volver a ver algo que no podía definir, arrastrábalo al misterio. En la tenuidad de humo fragante que llenaba la cerrada pieza, lucían con esplendor inmóvil los ojos verdes de Ibrahim.

LVIII

Suárez Vallejo siguió visitándolo con frecuencia. Cautivado por su inmenso saber, por su incontestable sinceridad, oyó sin asombro, aunque sin consentirlo enteramente, todavía, la mención de su anterior existencia a fines del siglo XII, y la interrupción violenta de su ciclo vital en un conflicto de amor y guerra.

Volvía a encontrarse ahora en relación con los *haschischins*, o tomadores de *háschisch*, que los cruzados denominaban *asesinos* por defecto de pronunciación; droga aquélla, que Ibrahim habíale administrado en los cigarrillos de la primera entrevista.

Mas el asiático nada le exigía fuera de la reserva natural, y declaraba nocivo el uso del *háschisch*, con excepción de rarísimos casos y al único objeto de activar ciertas comunicaciones. Su conducta era de perfecta honradez. Su bondad y su calma inagotables.

Suárez Vallejo adquirió a su lado, en pocos días, conocimientos que ni siquiera sospechaba; pero supo, también, que dominado como se hallaba por la fatalidad del amor, sólo la gracia de un ángel podía influir en la ya próxima consumación de su destino.

—*Es el secreto de la eternidad* — había concluído Ibrahim, por cuyos ojos verdes volvió a pasar el resplandor de la espada.

LIX

Pero un soplo de duda arrasó de repente el alma del joven. Todo aquello no era más que una solemne supercheria. Reprochóse con sarcarmo su credulidad, y sólo el honor que en su palabra había empeñado, impidióle castigar con la divulgación el abuso de que se lo hacía objeto.

Humillábalo, sobre todo, el embrujamiento con los cigarrillos de *háschisch*. ¿Cómo pudo abandonarse a aquella somnolencia lúcida, que alterando

su conexión mental lo indujo al absurdo y a la quimera?...

La vergüenza de sí mismo retrájolo a su anterior soledad, y no volvió a pasar el riachuelo divisorio.

Al propio tiempo, su inspección se complicaba. Pronto iban a transcurrir las seis semanas del plazo máximo que él mismo fijó con imperdonable ligereza. Hasta llegó a decirse que la intervención de Ibrahim relacionábase tal vez con las pillerías del contrabando. Quizá por esto habíase limitado a pagarle la primera visita.

La interrupción de las suyas al asiático, sumíalo otra vez en absoluto aislamiento, agravando hasta la desesperación su melancolía.

Escribió entonces a la tía Marta, recordando su promesa de hacerlo si valía la pena, cosa que no pasaba por cierto en tan desvalido poblacho; con lo cual su carta, en vez de noticiosa, sería breve para no fastidiar. Contaba, eso sí, regresar dentro del plazo, aun cuando debiera malograr su comisión.

Recordó que no había contestado a Cárdenas, y lo hizo en términos análogos, aunque naturalmente con mayor displicencia.

Y mortificado siempre por aquella duda, afligente hasta el bochorno, llegó a sentir horrorosa su soledad.

LX

Una semana después cambiaban su situación tres sucesos de muy distinta importancia: la esperada carta con noticias de los Almeidas, la compostura automática del reloj y la inesperada conclusión del

sumario, que a favor de dos o tres circunstancias salía arreglándose casi de golpe, con doble satisfacción para él; pues resultaba, así, posible cerrarlo sin mayor perjuicio de aquella pobre gente, demasiado castigada ya por vida tan miserable.

La carta no decía gran cosa, aunque daba buenas noticias sobre la salud de todos.

Unicamente Luisa había sufrido una indisposición que no dejó de alarmarlos. Pero ya estaba bien. Lo extrañaban mucho, como se lo merecía el buen amigo. Luisa y Adelita proponíanse continuar las lecciones.

Besó reiteradas veces el nombre amado, y con una alegría desbordada hasta lo infantil activó sus preparativos.

La víspera del regreso, un llamado de la conciencia impulsólo a despedirse de Ibrahim. Lo cierto era que su actitud no obedecía a ningún motivo exacto. Nada tenía que reprochar al vidente, nada le debía tampoco, puesto que nada le había pedido, como no fuera su palabra de discreción, previa y libremente empeñada.

—Por lo demás, se dijo, fuí yo en suma quien buscó la relación y su cultivo, sin pedir correspondencia; de suerte que a mí me toca reanudarla con esta última cortesía.

No pudo hacerlo. El asiático acababa de salir para una de sus fincas en la montaña.

LXI

Desde que el tren partió, las seis semanas de ausencia desvaneciéronse ante él. La imagen de Luisa ocupó absoluta su mente. Verla! — pensaba — verla otra vez!... Y reía enternecido en la soledad de su camarote, abriendo los brazos para dilatarse el pecho, ahogando en la propicia baraúnda de la marcha su grito de recobrada dicha, su tumultuoso arrebato de libertad ante la fuga de los campos tendidos al júbilo del sol — con un regocijo tan agudo que era casi doloroso.

Luego, al contundente ritmo del arrastre que precipitaba con martillado compás su pulso de hierro, fué concentrándose en reflexiva ternura.

Cómo habría soportado la separación? Qué habría sido de ella en la terrible delicia de su secreto?...

Resuelta al heroísmo que consideraba justo precio de su amor, Luisa perfeccionó su disimulo. Asistía al taller de costura con rigurosa asiduidad, hasta tres veces por semana, imprimiéndole provechosa disciplina y aparejando a su insospechada competencia en ello, visible interés mundano.

No fué ya extraño verla en teatros y salones, y hasta sospecháronle la aceptación de algún festejo entre los muchos que suscitó su presencia, aunque otros atribuíanlo a deferencia natural ante el ya inminente compromiso de su hermano.

Aquella actitud defendía su secreto con mayor eficacia. Como toda alma realmente valerosa, proegíase con la lucha; digna en esto de aquella 'doctrina de la espada" que Suárez Vallejo solía

recordar al doctor: la defensa está en la punta, no en la guarda.

Una noche, al salir del teatro, Toto y el amigo que más de cerca la cortejaba, propusieron finalizar la reunión en la confitería de moda, con Adelita y su mamá que formaban parte del grupo. Pero al trasponer el portal, las señoras advirtieron que el tiempo acababa de descomponerse y que era imprudente proseguir, dado el desabrigo de las muchachas.

Reinaba, en efecto, una helada brisa de las que solían alterar el acabo de la primavera con chubascos cuya inclemencia exasperaba la ya anómala frialdad.

Pero la gente joven protestó de las precauciones extremosas. No iban a asustarse por un poco de viento, ni amenazaba lluvia. Y aunque así fuera... Los coches estaban allí...

Con todo, la detención a que hubo de obligarlos en la acera el turno, retardado aun más por la simultánea salida de un *music-hall* vecino, resultó sumamente desagradable. Luisa sintióse aterida hasta tiritar, y una tosecita seca que sin embargo apenas advirtió, acometióla dos o tres veces en el trayecto.

Al salir de la confitería, donde todo pareció haberse calmado, repitiósele la tos y pasóle el pecho una honda puntada. Contúvose discreta; pero más aun que el dolor, angustióla casi brutal la desolación de su amor ausente.

Oyó como lejana la voz de Toto que acababa de consultar su reloj:

—La una menos diez...

El abrigo del coche volvió a aliviarla, aunque el brusco dolor habíale dejado un fatigoso encogimiento.

Ganó su alcoba sin detenerse; y al encender la luz, vióse de pronto en la luna del armario.

Repentina demacración parecía reducirle el rostro al lóbrego hueco de las ojeras. La puntada volvía con su nitidez dura y honda de daga.

—Me estoy muriendo de quererte, mi amor!... — murmuró como si lo viera, cerrados los ojos en sombría preñez de lágrimas.

Una helada viscosidad de congoja serpenteóle, súbita, en sacudón de escalofrío.

—Me estoy muriendo, mi amor!... — lamentó más bajito, llevándose a la garganta las manos, tan ardientes, que la espantaron como si fuesen ajenas.

LXII

Tres días después, disimulados con sobrehumano esfuerzo la fiebre y el dolor, so pretexto de un colegible malestar, sobrevínole a la brusca, mientras conversaba en su alcoba con doña Irene, una bocanada de sangre.

Advertido al punto, Sandoval procedió con tanto acierto, que a la semana y media Luisa hallábase enteramente bien.

Pero nadie más asombrado que él mismo ante aquella reacción.

Vaya uno a entender, pensaba, estos organismos contradictorios!

Por más que debe existir, sin duda, un motivo que se me escapa.

Aquel motivo!... — decíase con rencorosa desesperación, en su emboscada de fiera.

Un instante, había vuelto a sentirse purificado por la piedad en presencia de la doliente criatura. Tan pálida bajo la fatídica condena que le anticipaba aquella misma palidez!... Tan frágil bajo su mirada, cuando en fingida prevención de alguna crisis, quedábase a su lado para verla dormida!... Mas, la propia contemplación resucitaba con implacable lucidez sus trágicos celos.

Era suya, así, en la postración del mal, entregada por el dolor que lo tornaba dueño de su muerte, ya que la vida inexorable volvería a arrebatársela para el amor ajeno.

Dueño de su muerte en la inmaculada posesión de la sombra!

Su muerte!...

Cultivaría, sí, con mimo de amante, en el secreto de un crimen más bello, por lo heroico, que cualquier virtud, aquella flor tenebrosa.

No sería suya, pero tampoco de nadie! El destino venía a ofrecerse como ejecutor de su sentencia.

Sorprendíalo su propia impasibilidad ante el horrendo designio. Dueño de su muerte!... — repetíase con desolada grandeza, en una atónita voluptuosidad de sentirse malo. Su firmeza consistía en una total ausencia de remordimiento. Su dolor de amar era tan atroz, que se le torcía en crimen.

Una premeditación bestial, alevosa, de fiera humana, que sin turbar su agudeza crítica, llevábalo a compararse fríamente con los instintivos de la

delincuencia pasional: "mía o de nadie!" — en una hartura de infamia.

Dueño de su muerte! Hallábase tan seguro de su dominio, que intentó una comprobación decisiva.

LXIII

Luisa convaleciente ya en una especie de reflorecimiento asombroso, escuchaba sus recomendaciones.

Tenía que dejar sus costuras caritativas; leer poco, y mejor aún nada por el momento; acostarse temprano, alimentarse más, evitar la intemperie.

Disimuló con un vago bostezo el retumbo asfixiante de su corazón.

—Hemos creído — añadió — notarte ahora último algo triste... O quizá preocupada... Hay que evitar eso también... Las emociones...

Calló un momento, como replegándose en su angustia escondida. Y de repente:

—Díme, *Luchita*: bajo secreto de médico y de amigo fiel ¿no estarás acaso un poquito enamorada?...

Cerró ella los ojos, ruborizándose ligeramente, y una leve sombra pasó por sus párpados estremecidos.

—*Peut etre*... — suspiró con dulzura.

¿No debía poner de su parte todo lo que pudiera para mejorar cuanto antes y esperarlo sana?...

Una racha de hielo endureció definitivamente a Sandoval. La sentencia de muerte estaba dictada.

LXIV

Ordenó que no la contrariasen mientras practicara el régimen prescripto. Mucha dulzura, mucho disimulo ante sus caprichos, si, alterando su natural docilidad, le sobrevenían.

Apreciaba más bien como episódica aquella enfermedad; es decir con cuidado, pero sin alarma. La rapidez de la mejoría confirmábalo al parecer.

Lo indispensable, sí, era fortificar a Luisa, evitarle toda grande emoción. Afortunadamente llegaba el verano. Apenas entrara de lleno, intentarían la cura que era el grande hallazgo de actualidad para las afecciones del pecho, y nunca aprovecharían mejor aquella residencia del balneario, que tantas comodidades ofrecía. El sería también huésped de tiempo en tiempo, que muy cansado andaba, y creía poder arreglarse con un suplente para dejar la clientela en sus manos hasta por quince días. Bueno era, pues, que fuesen preparándose.

Enterada de todo por la tía Marta, quien, considerándola digna de confianza sin ambages, no le ocultó ni la prescripción de acatar sus previstos antojos, experimentó Luisa confortante alegría. La carta de Suárez Vallejo llegó por entonces, completando aquella favorable impresión; y para tornarla definitiva, decidióse simultáneo el compromiso de Adelita y Toto, aunque a indicación de aquélla, no lo formalizarían sino durante la temporada en el balneario.

Fué tan visible el efecto del régimen prescripto

por Sandoval, y ayudado por todo aquello, que doña Irene no se cansaba de admirarlo.

—Es maravilloso nuestro doctor, afirmaba diariamente a Luisa. Y te quiere tanto, que las huellas de tu enfermedad las lleva él en su cara más que tú misma.

Y era cierto. La decisión del crimen iba acuñándole aquella "cara de verdugo" que el escribano le advirtió. Sombrío hasta lo funesto, parecía que aun a pleno sol conservaba su tez la opacidad lúgubre de las noches de alarma.

Su tremenda sentencia era aquel envío al mar que seguía creyendo mortífero para las tisis abiertas, a pesar de la teoría biológica.

Jugaba, así, conciencia y crédito, pero qué le importaba ya, si aquella condena a muerte era también la suya. El se iría, claro está, a las tinieblas, detrás de la criatura sacrificada. Con ella y con su secreto incomprensible para el mundo, incapaz en su torpeza de comprender aquel amor. Aquel formidable amor del pirata renacido en su limbo atávico.

Su idea de transformar por un refinamiento de la ciencia el vigor del mar en veneno; su voluntad sobrepuesta a todo escrúpulo; su gozo bárbaro de la muerte — eran eso, de allá venían.

Y por eso mismo, nadie ¡nadie sobre la tierra! nadie, nadie la quería como él.

Nadie; es decir el otro, el probable mequetrefe de salón, indigno a buen seguro del afecto que inspiraba.

Durante la cuotidiana esgrima, a la que había

vuelto con rigor, su alma entera fulminaba en la hoja audaz, como una centella.

LXV

Luisa aprovechaba con ingenio la situación creada por su mal.

Desde el primer momento exigió una reserva absoluta, hasta de Adelita con Toto, pues contaba segura su mejoría. El episodio pasó así como un fuerte resfriado, y la pronta reaparición de la joven, más animada todavía por la proximidad del esperado regreso, bastó para comprobarlo.

Prohibida la costura, tomó a su exclusivo cargo las compras del taller, en las que distraía sus tardes con Adelita o con doña Irene; o sola algunas veces que iba discretamente multiplicando. Y suspendida asimismo la lectura, ideó para compensarse la continuación de las lecciones que la ausencia de Suárez Vallejo suspendiera, al limitado objeto de conversar en francés...

Cada día iba siéndole más llevadero el martirio que la postró, al doble poder de su tortura y del esfuerzo para ocultarla. Una especie de orgullo doloroso enaltecía su amor. Había sido digna de él sin un desfallecimiento, sin una duda.

Ante la proximidad de la dicha, y para que la hallase más linda también como él lo quiso, ya no lloraba. Pues noche a noche, en la soledad, ante las estrellas amigas de su infancia, que volvían a asomar por la reja, había renovado al ausente el llorado juramento de amor que llamaba ella misma la oración de las lágrimas. ¿No era otro argu-

mento de poema, como aquel tesoro escondido del poético adiós?...

Y alguna vez, con ironía melancólica, sorprendióse todavía llorando.

Pero éstas eran ya las tiernas lágrimas que es dulce derramar en la sombra dichosa del alma y de la noche, cuando bajo la plenitud estelar, en copa de fragancia cuaja el misterio del rocío.

LXVI

Dos estaciones antes de la terminal, Suárez Vallejo, acodado en la ventanilla, vió que Blas subía al tren.

Medrosa y gratamente sorprendido a la vez, tuvo acto continuo la explicación del caso:

—Don Fausto recibió hace dos días su telegrama, y me ordenó que fuera a la estación con el cupé, y que guardara reserva porque usted quería que nadie supiese nada. Pero la niña me tenía mandado que viniera a esperarlo acá, para decirle que no fuera esta noche a la casa, porque ella tiene que hablarlo antes, y que irá a verlo mañana como a las diez. Está muy sanita ¡y de linda, don Carlos, que no es por desmerecerlo, pero qué suerte tiene usted! Cómo se va a poner de contenta, ahora cuando le lleve la noticia! Lo malo es que quiere darme plata. Usted va a tener que decirle, don Carlos, que no me ponga en esa aflición. La niña lo hace de buena, compriendo... Pero me ofende sin querer...

—Y cómo te arreglarás para avisarle?...

La negra cara se le abrió a lo ancho en dos tajadas de risa.

—Tengo mi argucia, don Carlos. Paso a la tardecita por la casa... — ya sabe que la calle es muy sola — y pinto un ocho de tiza en la puerta izquierda del zaguán. Y si lo alvierten después, crerán que fué un muchacho travieso. Esa es la orden que ella me dió.

—Cuándo?... Entonces la has visto?

—Sí, pues; porque en ocasiones, cuando la señora necesita el carruaje de ellos, me ocupa la niña a mí. Yo tengo siempre mi parada en la plazoleta de la escribanía. Por ahi suele pasar. Adiós, Blas — me dice como una música. Y a veces se pone medio coloradita. Yo creo, don Carlos, que acordándose de usted.

Cárdenas esperábalo en la pensión, conforme se lo pidió por el telegrama anunciador de su regreso. Hallábalo un poco más delgado, aunque muy bien. Y sin interrumpir su aseo, adelantábale noticias. Todo sin novedad en cuanto a salud, salvo el pobre M. Dubard que empeoraba cada día. Había pasado poco antes a su habitación, mientras arreglaban la del viajero, y traíale su saludo, así como la impresión francamente mala de aquel caso que parecía perdido. Nada, tampoco, digno de mención en el otro asunto. En el ministerio, todo igual como siempre. Sus recomendaciones estaban cumplidas. Entre sueldos y honorarios sobraban trescientos pesos a su favor. Hasta el bribón del asalto era mandadero de la escribanía. Qué más?... Nada. El calor... La política en calma... El club,

aburrido según costumbre... No había ya más que irse a comer juntos para celebrar el regreso.

—A menos que usted se proponga no perder tiempo.

Suárez Vallejo hizo un ademán negativo.

LXVII

Pasaron antes por la habitación de M. Dubard. Cárdenas tenía razón. El pobre era ya un espectro. Parecía que hasta la voz se le apagaba como una sombra en los labios. Su regocijada gratitud por la visita le aumentó la extenuación en vez de animarlo. Intentó en vano incorporarse. Bajo la hilacha amarillenta de sus canas, su frente lívida parecía tocar el borde de las grandes tinieblas. Una inmensa ternura pasó por sus ojos deslustrados. El bulto de su cuerpo no era más que un vago pliegue en la colcha blanca.

Para evitarle fatigas, pues por cortesía y por desvalimiento empeñábase en expresar gratitud, abreviaron la visita.

Tuvo tiempo, no obstante, para anunciar a Suárez Vallejo que los libros habían llegado; pero que por no molestar más, dejábalos en la Aduana donde era menester abrir la encomienda ante el propio destinatario.

El joven limitóse a estrecharle largamente la mano, que tembló en la suya con dolorosa intimidad.

LXVIII

En la gavilla de sol que al abrirse la puerta

barrió el ámbito con ancha escobada de oro, Luisa, toda de blanco, mejillas y ojos encendidos de alegría triunfal, realizábale, deslumbrándolo, un prodigio de aparición.

Y al beso mudo en que se embebieron, más intenso que el grito, más ansioso que el júbilo, pasó por sus almas el soplo de la eternidad.

Derramáronse los cabellos de la amada en perfume y en suavidad, como el deshojamiento de una flor excesiva.

Leve quejido de pasión, todavía doliente, encariñábase en el gozo de sus labios.

En el corazón del amado y en la quieta penumbra de la seguridad, reinaron, como en una fragante noche, su aroma y su frescura.

Bajo la generosa fuerza de los brazos queridos, la sangre revertíale en un orgullo de victoria.

Qué suya era así, qué gloriosamente suya! Y qué suya la sentía él también en el tumulto de su virilidad premiosa. Qué suya en la asombrada dicha de haberla merecido, en la envolvente llama de su vigor, en su ímpetu abalanzado de reconquista.

Oíase arrullar afuera las palomas que exaltaba el sol, ya estival, en el silencio magnífico del día.

La sombra de la cerrada habitación transparentaba una lobreguez azul de racimo.

LXIX

Mas, pasado el momento de embriaguez, la terrible noticia con que ella lo esperaba, lo anonadó bajo su inicua brutalidad.

Cómo iba a ser posible, por Dios! Cómo era posible!

Martirizábalo hasta el desgarramiento su sencilla tranquilidad ante el grande abismo, su risueña seguridad de niño que juega en la ribera...

¿No hallaba todavía preciosa aquella enfermedad que, convirtiendo en órdenes sus caprichos, permitíale imponer las lecciones, para volver a verse, salir a sus compras cuando quería y de ese modo...

Acurrucóse en su pecho con tan mimosa pequeñez, que la sintió palpitar como un pajarillo.

Si ya estaba sana! Si ya nada tenía! Era miedo, no más, que les quedó al doctor y a los otros.

Entrañábase con mayor intimidad su ronco arrullo.

—No temas por mi debilidad, amor de mi alma!... Hazme más tuya para quererte más!...

Y estrechábase al amado con una desesperada incredulidad de recobro, sintiendo, en un arrebato de vida, la imperiosa profundidad con que en ella triunfaban su cariño y su fuerza.

Si aquella enfermedad había sido una bendición!

Cuando se instalaran en el balneario, invitaríanlo para continuar allá las lecciones. Era cosa resuelta. Había toda un ala del *chalet* destinada a los huéspedes... Dos departamentos altos... Uno para el doctor... Desde los balcones se dominaba el mar.

Vería qué azul de agua y de cielo! Cómo iban a quererse ante aquella hermosura!

El obtendría fácilmente permiso. Recordaba haberle oído decir que nunca lo solicitó, aunque tenía derecho a vacaciones, y que así aprovecharía cuan-

do quisiera el tiempo acumulado, para algún viaje de importancia, como era la costumbre.

Y con picaresca solemnidad, erguido el índice:

—Porque no olvide, señor, que la ciencia ordena satisfacer todos mis caprichos.

Entornó los ojos como en una deliciosa dormición, segura del beso que consentía. Entonces pareció iluminarse de alma en la transparencia de la sombra.

Opalina tenuidad aclaró como de lejos el albor de su frente. Misterioso hilo de luz rayaba el borde de sus párpados. Sonrosábanse sus mejillas con ternura de pétalo. Una humedad de luz se nacaraba en el cáliz de la boca preciosa.

Suárez Vallejo olvidó un instante la amenaza fatal, absorto en tanta hermosura y tanta dicha. La vida reinaba en ellas, armoniosa con la estival plenitud. En el tejado, un arrullo que persistía más musical, más sordo, semejaba la palpitación del silencio...

Con todo, la ardorosa palidez de las manos que Luisa le abandonaba, la sombra de mariposa funesta que parecía estremecerse sobre sus párpados, reanimaron su inquietud.

Quiso indagar todo, desde el principio, por duro que fuese. El día, la hora...

Y al saberlo de sus labios, con la precisión que le permitía aquella respuesta de Toto a la natural pregunta materna: "la una menos diez", sintió parársele el corazón de repente, tocado por la fatalidad, como el reloj esa vez en el silencio de la noche.

La enigmática avería explicábase, pues, si era

explicación el misterio. Las palabras del asiático acudieron a su memoria, enormes de miedo, formidables de certidumbre:

—No tendrá usted enfermo algún ser querido?

El vidente sabía, entonces. "Sé más aún", había afirmado él mismo. "Ella estuvo en lo justo cuando quiso acompañarlo. Era la hora del destino".

Tarde lo comprendía.

Si hubiese accedido, afrontando la maldición familiar, hallaríanse ahora repudiados del mundo, en peligro, en la miseria tal vez; pero el aire salubre de la montaña habría evitado la aparición del mal tremendo. La hora del destino dichoso, fué entonces esa que él perdió por haberla desoído!

Con desesperado afán, sacudido aún por aquel vértigo de espanto, pegaba a la suya su boca, ansioso de beber la muerte que ella podía darle, en la posesión suprema de un delirio cuya sombría delicia superaba todas las dichas de este mundo. Amarse en la muerte era poseerse en la eternidad. Pero ella había tenido la razón suprema, la razón del amor, y ya nunca volvería a contrariarla.

Más que con la palabra, decíaselo con aquella caricia mortal cuya intensidad llegó a serle irresistible. Vió pasar él por sus ojos la ya mística angustia en que peligraba el éxtasis; y en la fragante suavidad de los bucles deshechos, sintió caer su cabeza desfallecida.

La campanada de un reloj desvaneció el doloroso encanto.

Acordaron verse allá por las tardes, siempre que se pudiera. Cuando fuese de mañana, en la escribanía, que no empezaba a funcionar hasta la una,

y donde nadie había fuera de la cuidadora cuya habitación quedaba aparte, a los fondos. Aunque bastante central, la plazoleta donde se alzaba el caserón era un islote de soledad y silencio.

Y por primera vez, al sentirse tan dichosos, tan dueños de su amor que a nadie ofendía, abrigaron la ilusión de poder quererse como todos, en el consentimiento de la intransigencia vencida.

LXX

Esa misma noche, sin embargo, desvanecióse su esperanza.

Suárez Vallejo, acogido por los Almeidas con franca cordialidad, en la sobremesa que completaban, como al partir, Sandoval y Adelita, debió sufrir el interrogatorio y los comentarios de práctica.

Halláronlo muy curtido por la intemperie y más delgado, pero mejor así. Don Tristán interesábase por el éxito y los detalles de la comisión; Toto por el paisaje montañés; doña Irene y su hermana por aquella gente y sus costumbres.

La actitud de Luisa, absorta como siempre en su ensimismada serenidad, tranquilizó enteramente al doctor, confirmando su juicio:

—No es él.

Habíalo ella visto entrar con el agrado tranquilo de antes, sin el más leve rubor, sin la más ligera animación de la mirada. Fué en suma la más indiferente; y él, aunque un tanto conmovido en su afabilidad, lo que por cierto era explicable,

tampoco reveló particular interés al disimulado examen del médico.

Este y Adelita reprochábanle haber olvidado los versos. Era demasiado economizarse, cuando se podía escribir aquella delicia del *Tesoro Escondido*.

Como la tía Marta insistiera en preguntar por los habitantes del remoto poblacho, Suárez Vallejo, en el curso de la conversación, mencionó a su hospedera doña Dalmira de Urioste.

—Dalmira Melgar de Urioste? — preguntó doña Irene con interés.

—Melgar me parece. Aunque no lleva ese apellido ni siquiera como inicial de su firma.

Ambas hermanas precisaron las señas: alta, blanca, pelo rubio, ojos chicos, un lunarcito sobre el labio, a la derecha.

—La misma.

Doña Irene, entonces, recordó su historia con severidad.

Hija de una familia aristocrática, enamoróse de cierto dependientucho de mercería, un tal Urioste, que si bien cargaba el "de" como todos los vascos, carecía de antecedentes y fortuna. Encaprichada, casóse con él, contrariando a deudos y amigos; y corrida por el desprecio de su clase, desapareció un día sin que nadie volviera a saber más de ella. Por esto, sin duda, ocultaba su apellido familiar, y hacía bien. Era un resto de dignidad. Mire usted en lo que iban a dar las romanticonas: en viudas de carteros... En hospederas de poblacho... Una Melgar! Y todavía si su conducta... Porque viuda rubia... Y beldad de frontera...

—En cuanto a eso, es de fama intachable, afirmó Suárez Vallejo con grave moderación.

—Por algo ocultará su apellido, insinuó malévolo don Tristán.

Adelita intervino entonces con una insospechable acritud que pareció ajarla de repulsiva vejez:

—Una muchacha de sociedad, que se mal casa así, es todavía peor que cualquiera de esas...

Don Tristán miróla complacido tras el esplendor magnífico de sus lentes. Su calva erguíase ilustre, en un sonroseo de dignidad. Y no sin sonreir con ternura a aquella perfección de nuera:

—Peor, sí, peor. Degradar así un nombre esclarecido, es falta que no merece perdón. El claustro... El olvido...

Y ante la desusada solemnidad de la escena, astilló su taza de café con seis golpecitos.

—El claustro! — insistió implacable. Yo aconsejé el claustro...

—Pero Dalmira Melgar era ya bastante mayorcita — recordó el doctor. Y hasta solterona...

—Era bonita? — interrogó Toto a la tía Marta que callaba discreta...

—Fea y buena — dijo ella dulcemente.

Luisa continuaba silenciosa, más alejada que de costumbre en la remota suavidad de sus ojos.

Pero esa noche, al sacudir sin mucha pena la fugaz ilusión, pasaron por su íntima soledad, como entre sueños, los ángeles de la infancia.

LXXI

—¿Has visto lo que son — ¡de ciegos... de

crueles!... — decía poco después a su amante, vibrando al temple de su indignada pasión, en el bufete alto de la escribanía.

Y viéndolo entristecerse un poco ante la injusta maldad, más que de los hombres, de la suerte:

—Qué importa, si soy tuya con todo mi querer, y si tú me quieres?

Vaciló un instante, perdidos sus ojos en los ojos amados.

—Si no fueras tan valiente, no te diría una cosa grande y santa que ha pasado por mí. Pero tú debes saberlo, porque nuestro amor durará más que la muerte.

—Qué estás diciendo, mi dulzura?...

Sentíala tan clara y aromática, que no deseaba sino aspirarla como a una casta flor.

—No te reirás? di. No te reirás como de una chicuela loca?...

Bajó los ojos con sonreída gravedad.

—Ellos... las voces — no? — murmuró apenas, juntando las manos en un gesto de suplicante beatitud — me han revelado mi destino.

Y mirándolo ahora con ojos tan sombríos de amor, que transparentaban su más recóndita hermosura, como el misterio crepuscular saca a la faz del estanque el alma del agua:

—He nacido para quererte y morir.

LXXII

Disponíase Suárez Vallejo a hacer con el doctor un poco de esgrima en la sala de armas del

club, cuando apareció Blas con un mensaje urgente.

La patrona de la pensión avisábale que M. Dubard, agravado de pronto, quería verlo.

Debe ser el fin, díjose afligido, invitando a Sandoval que aceptó con simpatía.

Era así, en efecto.

Más reducido aún en su pobre lecho de muerte, cerrados los ojos, respirando apenas, aquella inmaterial pero perceptible sombra de su frente, había descendido por el rostro hasta abismar ya la garganta.

Quería visiblemente hablar, y el doctor hubo de reanimarlo con oportuna inyección.

Al recobrarse y mirarlos, halló fuerzas aún para sonreir con dignidad cortés.

Dió las gracias al doctor y a su joven amigo. Había esperado el fin, que ahora llegaba, para no molestar en vano. Sólo pocos días antes, conoció por boca de la patrona la buena acción de Suárez Vallejo. No le quedaba nadie en el mundo que pudiera responder por él de aquella deuda. Rogábale, pues, que aceptara como recuerdo, que no como retribución, los libros detenidos aún en la Aduana. Creíalos valiosos. Venían francos de porte, además...

En cuanto a su entierro, prefería el carro de los pobres y la fosa común, por convicción filosófica que ellos bien conocían. Esto era todo.

Sintiendo que volvía a extenuarse, tendió la mano, primero a Sandoval, pero retuvo la de Suárez Vallejo. Aceleróse la palpitación de su garganta. Su nariz se afiló, blanquecina, en la lividez turbia

del rostro, que fué lentamente serenándose bajo una augusta claridad.

Dos lágrimas brillaron sin desprenderse en la comisura de sus párpados...

Su respiración enronquecía y se apagaba...

De repente, un hondo hipo lo sacudió; su mano crispóse, rígida, sus ojos abriéronse enormes, terribles, clavándose en los del joven.

—*Charles!... Tú sais?... Toi...* — balbuceó con voz opaca, extraviada ya en lo ulterior, como un eco.

Y se cortó en un aliento lánguido.

Los dos hombres miráronse con aterrado asombro.

Aquella mirada suprema... Aquel tuteo ansioso de la agonía...

Sería "eso", acaso, un secreto que el infeliz acababa de llevarse a la tumba?

LXXIII

Esperaba Toto junto al teléfono la hora exacta de su coloquio matinal con Adelita, quien, imperiosa siempre, exigía la más rendida precisión, cuando importuna llamada púsolo en comunicación con alguien que preguntaba por él.

Nombróse al acto, no se interpusiera en eso la otra llamada, y con doble displicencia por tratarse de un interlocutor anónimo.

Mas a las primeras palabras su fastidio trocóse en atroz sorpresa.

"Un amigo" hacíale saber que su hermana tenía citas con Carlos Suárez Vallejo en su despacho de

la escribanía de Cárdenas. Veíanse de mañana, cuando estaban cerradas las otras oficinas; y si le interesaba sorprenderlos, se le avisaría de igual modo y a la misma hora, sólo con que por tres o cuatro días tuviera la paciencia de hallarse junto al teléfono.

Colgó bruscamente el receptor, sin contestar la calumniosa insolencia, resuelto a despreciarla en silencio como lo merecía todo anónimo y lo indicaba el estado de Luisa.

—Idiota!... Canalla!... — insultaba al desconocido con resolución y altivez, no exentas, sin embargo, de sombría inquietud.

Al día siguiente, sin atreverse, no obstante, a confesárselo, estaba junto al teléfono cuando el timbre sonó.

—Vaya ahora — dijo sin ambages la voz — y verá si miento.

Preguntó por Luisa. No estaba en casa. Había salido con doña Irene, pero debían separarse en el centro, conservando la señora el carruaje. Era lo que sabía por habitual la tía Marta.

Diciéndose con insistencia que ir allá era otra infamia, y que seguramente estaban burlándose de él, Toto echóse el revólver al bolsillo y salió en dirección a la escribanía.

Por más que labrase su mente, no hallaba un sólo indicio confirmatorio de la ultrajante novedad.

LXXIV

Con el sombrero puesto ya para retirarse más pronto que de ordinario, pues doña Irene debía

buscarla en el obrador, así que acabara de visitar sus congregaciones, Luisa, atisbando a través de los visillos, por habitual precaución, vió entrar a Toto en la escribanía.

Detúvose un instante en el vasto patio desierto, vacilando, talvez, entre dirigirse a la cuidadora o avanzar por su cuenta, como lo hizo.

Luisa comprendió al instante.

—Viene acá — dijo a Suárez Vallejo, petrificado por indescriptible estupor ante la imposibilidad de ocultarla.

La habitación no tenía, en efecto, más que una puerta. La ventana, única también, era enrejada y altísima. No había más muebles que un escritorio de altas patas y el taburete; un pequeño lavabo en la pared, y un diván de cuero bajo el cual pasaba toda la luz.

Sonaban ya las pisadas de Toto en la escalera, cuando Luisa, suave y rápida, sin un sobresalto, sin un ruido, sin una voz, envolvióse de golpe en la vieja cortina que colgaba arrastrándose al costado de la ventana.

—Recuéstate tú en mí — ordenó al desaparecer como una sombra — y ponte a leer un papel cualquiera.

Simultáneo con la llamada fué el franco "adelante!" — y Toto entró.

Una mirada bastó para desengañarlo.

Detúvose cohibido, descompuesto a un tiempo el semblante por la duda y el gozo.

—Usted por acá?... — exclamó Suárez Vallejo simulando alegre sorpresa pero sin abandonar su posición.

Tampoco lo habría podido. Sentíase desvanecer hasta el vértigo al contacto del cuerpo amado, sobre el cual cerníase casi tocándolo el riesgo fatal que él no sabría sino compartir como un castigo inevitable. Y una ocurrencia atroz anonadábalo todavía: la idea de que asomaban, mal cubiertos quizá, los pies de Luisa calzada de blanco...

Invadíalo tal temblor, que para no traicionarse arrojó sobre la mesa la escritura que había tomado al azar.

Mas, el otro, no menos confuso, abreviaba su permanencia, rehusando sentarse. Tartamudeó el pretexto baladí de una consulta sobre verbos franceses. Pasaba casualmente por ahí... Recordó... Tuvo la idea de subir, sin pensar que iba a estorbarlo en su trabajo...

Suárez Vallejo oía apenas. Ahora estrangulábalo otra ansiedad: el perfume. La cerrada pequeña habitación debía estar llena de aquel aroma de ámbar.

Temeroso de que cualquier movimiento descubriera el frágil ardid, cargábase con pesadez casi brutal sobre la tierna criatura cuyo pecho sentía palpitar sereno y leve a través de la cortina.

Esta empezaba a ondular vagamente con aquel ritmo, y Toto fijó en ella su mirada un instante...

Para colmo de ansiedad, Suárez Vallejo comprendía que la propia turbación de su fracaso impedíale marcharse más pronto.

Sirvióse todavía un cigarrillo del paquete tirado sobre la mesa, invitó al *vermouth* de la tarde, previa consulta de su reloj:—Las diez y media...

Decidióse al fin.

Apenas traspuso el patio, abandonó Luisa su escondite.

Encendida por ligera sofocación, sonreía con des cuido infantil ante los ojos estupefactos del joven.

—Pobre mi amor!... — dijo compadeciéndolo. Y qué pálido estás!

No acertaba él sino a admirarla casi espantado, más linda en su animación, más adorable en su valiente nobleza, recobrándose con la seguridad que le infundía el latido igual de su corazón, en el prolongado abrazo.

Cayó de rodillas, estrechando aún su cintura. Aspiraba anhelante el peligroso aroma que pudo revelarla, buscaba con devoto labio los queridos pies que acaso la arriesgan de muerte...

Retrayéndose en evasiva suavidad, aludió ella con malicia un tanto forzada:

—Casi estornudo con el polvo de la cortina...

Y de pronto:

—Apenas tengo tiempo de llegar al taller. Mamá me buscará a las once.

Cuando la vió a su vez atravesar el patio desierto y trasponer el portal en el cándido lampo de un vuelo de paloma, Suárez Vallejo cayó sobre el diván, deshecho, vencido. El exceso de su emoción desbordaba, absurdo, hasta el llanto.

LXXV

Sólo faltaba ya por suerte una semana para el viaje al balneario. Adelita y su mamá partieron entonces con oportuna anticipación. Suárez Vallejo, formalmente invitado, obtuvo con facilidad su

permiso; debiendo a aquella milagrosa economía de trescientos pesos que le hizo Cárdenas durante la inspección, la posibilidad de renunciar al suplemento de las lecciones de aplazados y disfrutar vacaciones por primera vez.

—Vacaciones de bodas — decíale el escribano radiante de contento. Sepa amigo Vallejo que es usted el hombre más dichoso del mundo, y yo el más feliz de que usted lo sea con su tesoro. Porque esto no es un decir. Qué tesoro de criatura! Le aseguro que cuando la veo, me entran ganas de "postrarme ante ella de hinojos" como decían unos versos del coronel que empiezan así:

Postrado ante ella de hinojos,
De los querubes hermana...

Porque mi tío, amigo Vallejo, era bastante buen poeta (mejorando lo presente)... Y qué preciosa se le ha puesto! Repito que no hay en el mundo hombre más dichoso...

—Dígamelo a mí! Pero después de ella usted, amigo Cárdenas. Cómo le puedo agradecer tanta bondad, sino recargándolo con mayores exigencias. Qué le parece?... Tengo que nombrarlo todavía mi apoderado temporal y espiritual, porque debo confesarle que estoy viviendo como en un sueño. Me siento indiferente a la realidad, y para mí el mundo es un canto...

—Eso también se lo he oído al coronel: "los enamorados viven por música", decía. Ocúpeme no más. Para eso estamos los hombres. Váyase tranquilo. Yo me encargo de todo. Yo le arreglaré to-

do... Hasta la canallada que le han hecho y que bien veo de dónde sale.

—Qué canallada?...

—Cómo qué canallada! Bien se ve que anda por las nubes. Pero el aviso al chico Almeida! No me dijo usted mismo — y lo creo — que si el muchacho descubre la cosa los ultima a los dos?... Que al irse le vió patente el bulto del revólver?...

—Ah, cierto. Y usted cree...

—Lo que debía suceder. Dedíquese a protector de bribones! A sentimentalismos con la chusma desagradecida!...

—No vaya a cometer alguna injusticia, Cárdenas.

El escribano echóse francamente a reir.

—Déjelo a mi cargo. Pero no vuelva a recomendarme personal de servicio. No tiene mano para eso. A otra cosa, en fin: y la licencia?

—Es verdad. Aquí tiene la solicitud de prórroga. Pero aunque esté por vencérseme el mes concedido, no la presente sin que yo se lo advierta.

Cuatro días después que los Almeidas, partió a su vez, una luminosa tarde. Bajo la polvareda cernida de sol, la ciudad parecía hundirse tras él en la cola de un cometa dorado; mientras en el horizonte que iba a trasponer, las nubes abrían a su destino un país de oro y de ensueño.

LXXVI

Ante la meseta que acababa a pico sobre la playa arenosa, festoneada de espuma, abríase, como suspendido del cielo, el mar tranquilo de la mañana. La mitad del agua era perfectamente azul bajo el

cristal sin mancha del firmamento. La otra se obscurecía con lustre oleoso de cetáceo. Entre ambas zonas caía, relumbrando al través, vibrante riel de sol rebullido en oro. Encaminada por aquel reguero sin fin, la contemplación serenábase, conforme, en un embeleso de inmensidad desierta.

La brisa insinuábase asimismo con doble soplo, pasando por la cara como una cinta fresca si venía del mar, difundiendo en languidez de abandonada pluma, si llegaba del campo, la tibieza fragante de los tréboles que socarraba el sol.

Allá abajo, en la ribera sordamente atronada de pleamar, Toto y Adelita, buscando ocasión de aislarse, extremaban su afición al espectáculo del olaje rompiente.

Precaviéndose de la humedad demasiado penetrante, Luisa quedábase en la ceja del acantilado, acompañada por Suárez Vallejo, y algunas veces, también, por doña Irene que conseguía levantarse temprano.

Reinaba una soledad deliciosa, porque los bañistas matinales preferían la playa del lado opuesto, más cercana a la población, mientras la gente mundana dormía aún su escasa noche de sarao y de juego.

Las Almeidas no figuraban en dicho grupo sino durante el paseo vespertino por la explanada del *kursaal,* pues Luisa debía recogerse temprano; y las Foncuevas, rindiendo el consabido homenaje al inminente noviazgo de Adelita, hacían lo propio. Doña Encarnación era intransigente al respecto.

Podían así los jóvenes disfrutar aquellas nítidas mañanas de oro ligero como la flor de la re-

tama; hasta que a eso de las diez salía el viento del mar, cuajando las primeras nubes.

Luisa adoraba esas horas de felicidad perfecta, en que a solas con su amante y tan apartados del mundo que la pitada de un tren lejano o la aparición de una gaviota remontada hasta allá, maravillábanlos como por primera vez, sentía vivir en ella el prodigio de la doble alma, embellecida de gracia, de silencio y de luz. Aquella impresión era tan intensa en su propia quietud, que la agobiaba como una dichosa convalecencia. Mecíala en una especie de adormecimiento lúcido la brisa de la soledad. Quitábase entonces bajo la sombrilla su capota pastoril, para gozar más benéfico el doble soplo, que ya lavaba su frente con salina frescura, ya le avivaba las mejillas con su llama ligera. Había allá romero y menta silvestre con que solían llenar como un cesto la quitada capota. Sonreían entonces con ternura sobre su propio romanticismo, juntas las manos en la misma mata que olvidaban arrancar por mirarse. En el magnífico silencio trinaba al sol algún pajarillo.

A la parte opuesta, el pueblo medio enterrado en el follaje de quintas y jardines, donde entreveraban recortes de acuarela los muros blancos y los tejados rojos, animábase con el eco de tiroteo de los rodados matinales, que cortaba a bruscos tijeretazos algún ladrido de mastín. Dando fondo al paisaje, un horizonte de celestial fluidez, hacia el cual marchaban dorándose ascendentes praderas, desvanecíase en su propia claridad, rayado de álamos.

Luisa solía descansar allá su mirada, evitando la inmensa luz del mar.

—Me aterra pensar — decía — que alguna vez, sin poder contenerme, empezara a andar sobre ella para no volver más...

Una de esas mañanas, el aire asoleado parecía aligerarse en ebriedad etérea. Menta y romero perfumaban como nunca, colmando la abandonada capota, y la brisa del mar insistía hasta volverse sonora sobre el tenso quitasol, cuya seda escarlata infundía al rostro de la joven su encendido reflejo. Llevaba ella aquel trajecito escocés que Suárez Vallejo prefería por juvenil, en la seriedad colegiala de su rigor simétrico. Cada ráfaga parecía remolinarla en luz, que avivábase, garruleando, en las medias de igual estampa, y punzando con fugaz centelleo en la hebilla del cinturón. Otra chispa volada, pulía instantánea lentejuela en el prendedor de su breve escote. Y bajo la inmensa amapola que el quitasol fingía, su aflojada crencha oxidábase de oro bermejo, mientras la pasión ahondaba sus ojos en una sombría transparencia de topacio.

Resaltábanle en los pómulos, acentuando su gracia, dos o tres pecas de albaricoque maduro. Su boca iluminábase con el ansia del mismo beso que estaba viendo palpitar en el ardor de los labios amados. De pronto, una nube sombreó el mar, envolviéndolos un instante en tenue frescura azul.

Suárez Vallejo condújola, callado, hasta una vieja cantera que allá cerca había descubierto. Crecían al borde matorrales y arbustos, y la triple pared formaba como un profundo palco cuyo fondo, toldado por aquéllos, era invisible al exterior.

Cesaba allá de golpe, el rumor del mar. Sobre la húmeda paz ablandada de helechos, agujereaba el cielo un brocal de aljibe. La sombra de las nubes, más frecuentes cada vez, difundía, apagándose, un misterio de anochecido azul.

LXXVII

El efecto del mar había sido tan prodigioso, que cuando algunos días después llegó a su turno Sandoval, agobiáronlo las felicitaciones. Luisa destellaba realmente belleza y juventud, como si en su delicia floreciese el granado.

Pero aquello no hizo más que atenebrar todavía el alma siniestra. Un dolor de hierro la hendió con recóndita trizadura. Tajo seco en cuyos labios de vibrante aridez parecía persistir el doble filo de la daga.

Su convicción renacía ante ese esplendor de flor abierta.

Ama! — decíase, enloquecido de tortura hasta astillarse los dientes en el espasmo de su desesperación. — Ama y es amada!

Por la tarde, en el desfile del *kursaal*, donde era atendisísima y coqueteaba un poco, más que por gala gentil, por irradiación natural de su propia dicha, el doctor sospechaba de todos sin decidir su juicio sobre ninguno.

—Debe ser — engañábase un momento — ese período de la adolescencia en que el alma indecisa ama el amor...

La mirada honda de luz, la boca venturosa, la

elegancia como aérea del andar, desvanecían su vacilante ilusión.

Entonces revertíale en el dejo de sangre de su ebriedad, la gloria del crimen.

—Se está quemando!... — pensaba, al verla como luminosa de vida, en aquella inflamación triunfal que iba a consumirla, atizada desde la sombra por su horrendo designio.

El apego más infantil que Luisa le mostraba, su alegría de verlo allá, la vivacidad de su agradecimiento, emponzoñábanlo con mayor torcedura. Cuán apartadas, cuán inexorablemente apartadas de él aquellas manos, poéticas de generosidad, que parecían ir deshojando sobre todos los senderos del dolor una inacabable azucena! Cuán distantes aquellos ojos, aterciopelados de piedad sobre las miserias de la vida! Cuán remotos aquellos labios, en que se distraía como de regreso una sonrisa misteriosa y lejana!...

...Aquellas manos que le entregaban, no obstante, en su pulsación, el profundo ritmo de la vida. Aquellos ojos que le imploraban con tanta inocencia la luz temprana del pájaro y del rocío. Aquellos labios cuyo soplo sentía en sus cabellos al auscultar la fatídica lesión.

Y ajeno todo! Ajeno el tierno herido pecho que le exhalaba su pureza de jazmín! De otro, de otro para siempre!

Ah, no! *Siempre,* es decir la eternidad, es decir también *Jamás* — eso era suyo!

El sería también el único. El supremo evocador de aquellos nombres del abismo: *Nadie, Nada, Nunca...*

LXXVIII

Por disimulo y desgano a la vez, Suárez Vallejo no concurría al desfile de la explanada. Su presencia en el balneario pasaba, pues, casi inadvertida.

Ocupábase en hojear entonces los libros heredados del viejo profesor, obras raras, por cierto, pero que debía substraer a la curiosidad de Luisa, conforme la doctoral prescripción. Había sobre todo un volumen que lo tentaba.

Formábanlo dos veintenas de pergaminos truncos, que contenían leyes del Consulado marsellés pertenecientes a los siglos XIV y XV; varias actas condales del Rosellón; y la sentencia de una Corte de Amor, celebrada en Narbona a fines del siglo XII. Pero esta última era un manuscrito provenzal que le resultaba muy arduo leer, por el entrelazamiento y las abreviaturas góticas. Su curso de paleografía consular servíale, con todo, más de lo que supuso.

Algunas tardes húmedas o ventosas, Luisa quedábase, prolongando la lección, mientras los demás acudían al consabido paseo. La tía Marta acompañábala como siempre; mas, ahora, recobrando su actividad musical, abstraíase en estudios de piano, con gratísima oportunidad para los amantes.

Forzados a una indiferente actitud, consumaban aquel encanto del coloquio amoroso que habían apenas probado en sus escasas entrevistas, y que para mayor delicadeza, tornaba casi místico la intimidad del susurro.

Era en boca del amado, aquella fineza con que

había sabido enamorarla, ínsita ahora con su propio ser, como el son en la cuerda tendida; aquella elocuencia gentil, en la que había tanto suyo, que la misma alabanza parecíale natural, como el modo propio de decir el amor, por la suavidad con que se le iba a lo hondo del alma. Y era en sus labios de amada un silencio de perfección: — un silencio suspirado y sonreído.

Encantados, así, por la palabra, el desposorio de sus ojos era una transfiguración en la Luz Suprema. ¡Tan leve que sentía ella su alma, mecida al infinito en el vuelo de las golondrinas de la tarde! Mientras él, al acendrársele en adoración clarísima el reprimido afán, sobrepujaba todo gozo terreno, como alzado en el aire por su llama cautiva.

Apenas, al disimulo fugaz, serenábalos en belleza la decorosa posesión de las manos o la noble caricia de alisar el cabello.

Una vez de esas que se quedaron solos, recordaron ante la ventana, ancha de quieta luz, aquel terrible episodio de la cortina, cuando ella, dominante el riesgo con su alteza de lirio, vió la prosternación del amado, que asido a su talle imploraba la gloria del beso de sus pies. Entonces ella recordó los versos de *Las Montañas del Oro*:

Que mis brazos rodeen tu cintura,
Como dos llamas pálidas, unidas
Alrededor de una ánfora de plata
En el incendio de una iglesia antigua.

El ocaso era un cráter de anaranjado rescoldo. Y en el reflejo que la envolvía desde la inmensi-

dad, sonroseando su cándida muselina, pareció transparentar la suavidad de una larga perla.

LXXIX

Durante la permanencia de Sandoval fué necesario suspender dichas pláticas, pues tampoco salía aquél bajo la intemperie, habiendo organizado al efecto ejercicios eventuales de esgrima con Suárez Vallejo, muy dedicado a complacerlo por recóndita gratitud.

Pero cierto caso urgente reclamó la presencia del doctor en la Capital; y como Luisa hallábase tan buena, dejóle hasta la autorización de salir las noches calmosas, o pasear por el jardín interior del *chalet*, donde había un estanque en cuyos bordes érale a ella grato atardarse con el crepúsculo — "para ver pensar el agua".

Suárez Vallejo había admirado la poética originalidad de esta expresión que ella soltó al pasar, bajo la influencia nocturna cuyo misterio tanto la impresionaba.

Poco a poco, fueron prolongándose los paseos, favorecidos por noches de tibieza dulcísima cuya morbidez, según don Tristán, presagiaba violentos temporales. Iban todos los cinco, porque Toto faltaba como es de inferir, al parque vecino, sobre el cual daba un costado de la mansión.

Avenida por medio con la ribera, donde siempre había demasiada humedad, una vieja glorieta municipal ofrecíase, solitaria, a su descanso. Conservaba un poyo a medio derruir y una madreselva tan generosa, que daba flores sin cansarse a todos

los transeunetes sentimentales o distraídos. A unos cien metros detrás, levantábase el *chalet,* sin que hubiese edificación intermedia; y como la avenida era poco frecuentada, aquel trozo de parque resultaba casi una pertenencia familiar de los Almeidas y sus huéspedes.

—Mi *hinterland* — decía por diplomática alusión Suárez Vallejo cuyo balcón daba directamente allá.

Al frente abríase el mar obscuro en cuyo seno iban poniéndose, misteriosamente embellecidas de soledad, las grandes estrellas.

Presentíase en la inmensidad tenebrosa del agua, esa inquietud de su lobreguez en que parece angustiarse la inminencia de un grito.

Unidos por las manos, sólo con dejarlas caer en la obscuridad, los amantes participaban apenas de la lenta conversación.

La madreselva purificábalos con la frescura de su aroma silvestre. Parecía hincharse en el suspiro que ahogaban ellos, dulcemente llorada de flores.

Privados de mirarse, convertían los ojos al cielo, llorado como la enredadera, para eslabonar su destino en la cadena de las estrellas.

Suárez Vallejo solía contar, adecuadas a la hora, cosas astronómicas y antiguas.

La sentencia gótica que iba descifrando, fundábase, dijo, en un delicado concepto del amor, compendio de la doctrina caballeresca: Es condición de las almas comunes, amar para sí; en lo cual consiste el deseo. Mas, muy pocos son los que saben amar, es decir poseer dándose por entero,

con la perfecta generosidad de la llama que para alumbrar se consume en sí misma. El ardor del deseo es contacto de ascua que triunfa en lo que enciende: plenitud de la vida vivificante. La iluminación del amor es la revelación de la vida eterna: la inmaculada concepción que triunfa sobre la muerte. Dueño es de la perla quien la ensarta en su collar; mas la perfecta posesión no se logra sino encarnando en la perla. Que de esta suerte muere y revive en ella a la vez, el encarnado del Perfecto Amor. El amor que siendo así incorruptible, triunfa de la muerte y deviene inmortal.

En ese instante, un reflejo que era más bien una descoloración de la sombra, tornó visibles los rostros.

Y casi al punto, brotó de todos los labios estupefacta exclamación.

Como arrastrada por irresistible soplo, Luisa empezaba a andar hacia las aguas que había iluminado de pronto el reguero de la luna, todavía oculta por la masa del *chalet*.

—La luna!... La luna!... Allá!... — decía, opaca la voz, deslizándose más que caminando, proyectada con esbeltez fantasmagórica sobre el trémulo resplandor.

Cuando Suárez Vallejo la detuvo, ya en la mitad de la avenida, irradiaba un sobrenatural albor la palidez de su extravío.

Y con ojos cuya alucinación trascendía un pavor de agua negra, donde se abismaban, hondísimas, dos estrellitas pálidas, obstinábase en proseguir, atónita y muda, hacia la luz inmensa del mar.

LXXX

Distraídos una mañana en la cantera, hacia la cual atrájolos, según Luisa explicó después, un enjambre de libélulas, tan profuso, que cubría los cardos con azulino tul — dejáronse sorprender los amantes por brusca racha de tormenta. El denso calor que desde temprano parecía desgajar el cielo en la pesadez de los nubarrones, invertíase como un balde lleno, al tirón de alambre del vendaval.

El súbito frío del chaparrón, no menos que la inminente mojadura, obligáronlos a correr, campo traviesa. Luisa, encantada del episodio, reía bajo el relincho de la racha cuyas mojadas crines azotábanla, casi dolorosas, al pasar. Sin embargo, el vestido más ligero que de costumbre y el frágil quitasol, no impidieron que llegara transida.

Así, aunque para la tarde, todos, inclusive ella misma, habían olvidado aquello, a eso de la media noche el vómito de sangre se repitió.

Suárez Vallejo, despierto aún, oyó el confuso movimiento de alarma en el otro lado del edificio; pero por más que lo asaltara viva inquietud, nada podía intentar bajo pretexto valedero.

Además, dentro de un rato cesó todo; y entonces, resuelto a dominarse por disciplina, volvió al manuscrito gótico cuya lectura iba ya terminando.

Sólo se oía, uniforme, el rumor del aguacero sobre los árboles del jardín.

De pronto, al restablecerse más profunda la quietud tras un ímpetu del chubasco, Suárez Vallejo advirtió, como aquella noche de la montaña, que su reloj se había parado. Extremecido de presen-

timiento, miró la hora. Eran las doce y diez. El viento empapado aullaba en la obscuridad las asechanzas del espanto y de la desdicha.

LXXXI

Seis días estuvo sin ver a Luisa, aun cuando lo informaban sobre su estado la tía Marta y el doctor que llegó treinta horas después bajo el temporal deshecho.

—Episodio ingrato — habíase limitado éste a decirle, más cerrada que nunca su máscara fatal.

—Grave?... — atrevióse a balbucear el infeliz, con una timidez en que gemía toda su alma.

—Por ahora, no. Pero habrá que redoblar las precauciones. La alucinación de la otra noche — *hum!* — es un detalle que no me gusta...

Y replegándose más aun en su acecho, mientras seguía con los ojos las rachas empapadas del temporal:

—No le ha notado usted, que la ve más de continuo, alguna contrariedad?... — O algún amor. Una de esas inquietudes que los más íntimos suelen no advertir...

Un asombro mortal aterró a Suárez Vallejo:

—De modo que usted cree, doctor?...

—Sí... Quizá... Una grande emoción podría...

Entonces, ante el peligro de la bien amada, y puesto que todo debía sacrificarse a su defensa:

—Algún amor?... — dijo. Es posible.

Y con voz tan extraña que le pareció de otro, tuvo fuerza para añadir:

—Siempre hay que pensarlo así, tratándose de una muchacha hermosa.

El doctor logró disimular un estremecimiento.

—Pero, insistió — yo hablaba de alguna simpatía seria, profunda...

Sin explicarse por qué, sintió el joven la necesidad de esquivar una recóndita amenaza:

—La creo incapaz, doctor, de una simpatía superficial.

—Tiene usted razón — asintió el otro casi en voz baja.

Al caer la tarde, siempre lluviosa, mientras paseándose solo por el salón, felicitábase de la ingeniosidad con que pudo decir lo necesario, sin traicionar su secreto, vió llegar a la tía Marta.

Bastóle una ojeada para comprender que su impresión no era satisfactoria. Y palideciendo con ansiedad:

—Una nueva crisis... — insinuó, en vez de interrogarla.

—No, no. Tranquilícese. Está bien... — es decir, descansa. Pero aunque yo nada sé de esto, aunque nada vale mi opinión, tan perturbada como estoy por la zozobra... por los desvelos... — qué quiere, será así... será así... — pero no veo venir la reacción en que Sandoval confía...

Contúvose de pronto. Por qué hablaban en esa forma?... Por qué le decía ella "tranquilícese"?... Por qué estaba revelándole así su íntima congoja?...

Suárez Vallejo cedió de golpe a su vez:

—Por favor, por favor!... — Usted que es tan buena... Dígame todo por favor!

Atropelláronse a sus ojos lágrimas ardientes que no llegaban a brotar, escaldándole los párpados con una especie de feroz hurañía.

—Todo!... — murmuró ella desolada. Quién puede saber!...

Pero él insistió, esquivando el rostro como para evitar su propia ocurrencia:

—¿No le parece que yo... Que mi presencia aquí?...

—Usted?... Por qué?... De ningún modo... Al contrario!...

Al contrario!

Cómo lo enterneció esa espontaneidad de alma generosa!

—Pero se va a morir! — prorrumpió con rudeza absurda.

Un sollozo de brutal sequedad le desgarró la garganta.

En el silencio trágico que sobrevino, dominó la persistencia rumorosa de la lluvia el estruendo sordo del mar.

Y con la cara entre las manos, la tía Marta, sin responder, salió llorando.

LXXXII

Aquellos seis días, casi solo en su aposento, ante la lluvia inacabable y el mar, habíanlo desesperado hasta la demencia.

No pudo aguantar sino dos la tortura de asistir a las comidas, donde su papel de huésped forzábalo a intentar conversaciones triviales y fracasadas, ya con don Tristán y el doctor, que callaban

preocupados o distraíanse en el comentario de sus mutuos recuerdos, ya con Toto cuya sombría displicencia disipaba apenas, de cuando en cuando, Adelita, única persona de su sexo que aparecía por allá.

Acabó por recluirse, para evitarlo, en los restaurantes más solitarios y alejados de la costa, pues volvíansele insoportables la vista y el rumor del mar; proyectando, aunque sin decidirse, llamar a Cárdenas como amparo y consuelo.

Dejaba, así, correr el día, empapándose a veces en extenuadoras caminatas por los desiertos alrededores, con el apasionado traspensamiento de predisponerse mejor al mal que bebería en la amada boca. Su boca que presentía más bella en el dolor, y más suya, también, en la seguridad del último llamamiento.

La idea atroz volvíalo entonces a la realidad terrible. Y bajo el cielo que parecía revolcar su andrajosa tristeza en la desolación del viento salvaje, ante los campos lúgubres donde la lluvia blanqueaba como ceniza, regresaba agobiado, con una fidelidad de perro a la puerta que no ha de abrirse.

Pero esto era nada en comparación de las noches espantosas.

Incapaz de alejarse en su impotente desasosiego, afinado su oído con sutileza de tortura por la amenaza del posible fatal rumor, desvelado hasta el alba ante los libros inútilmente abiertos, asechado por el enigma que le acercaban las tinieblas y la soledad, sintiendo a cada crujido de mueble el erizamiento del pavor en anillada frialdad de gu-

sano, el sueño que sólo con la vislumbre tardía lograba conciliar, fatigábalo como un aplastamiento. No era descanso, ni lo buscaba, ni lo quería.

Pasábase largos ratos de cara a la pared, siguiendo con el dedo un rombo del empapelado.

¡Y aquel implacable golpe del corazón, que parecía estar cavando en la sombra su calabozo! Aquellos desgarrones de huracán que martirizaban la noche! Aquel tronido del imponente mar!...

Oíaselo a toda hora y de todas partes, potente, enorme, tremendo...

Desde el borroso amanecer, bajo el cielo que se abajaba, embuchándose de lluvia, era otra vez, siempre, aquel asalto al cantil costanero, abalanzado entre cañonazos de espuma, o vomitado sobre el chorreante peñón en borbollón de salmuera verde.

A la parte opuesta, más desolado aún, el paisaje abrumábase en una opacidad de estaño, entristecida acá y allá por charcos turbios y árboles lóbregos.

Toda aquella inmensidad parecía llorar sobre su tristeza.

Cuando, el séptimo día, Luisa, mejorada por completo otra vez, asistió al almuerzo, mucho más demacrado estaba él, y en sus sienes blanqueaban algunas canas.

LXXXIII

Había insistido, sin embargo, en partir, por deber de prudencia; pero Luisa reclamaba, precisamente, las lecciones que iban a quedarle como única distracción.

Pues durante muchos días, quizá el resto de la temporada, no podría salir.

La persistencia del temporal acarreaba ya desapacible frío. Fácil era prever que al disiparse, sobrevendría con el cambio de viento una temperatura casi invernal.

Además, dos circunstancias contribuían a aumentar su aislamiento: don Tristán debió ausentarse a la campaña, donde la inundación acababa de perjudicar gravemente una de sus más importantes posesiones; y casi al mismo tiempo, en forma inesperada, el compromiso de Toto se rompió.

Para colmar la aflicción de doña Irene, el doctor hallábase también en la Capital, aunque una vez arreglada la suplencia del consultorio, regresaría lo más pronto posible, con el fin de tomar, ya continuas, sus vacaciones.

LXXXIV

Contra lo que pudo temerse, la ruptura del compromiso anunciada una noche por el mismo Toto con su habitual impetuosidad, conmovió poco a Luisa.

Había vuelto aquél, de pronto, hacia la mitad de la velada con que las tres, en compañía de Suárez Vallejo, prolongaban la sobremesa.

Entró, chorreando agua del impermeable, dijérase que al empuje del ventarrón, renovado en eso, y avanzando hasta la cabecera de la mesa, donde asentó sus manos como un orador, dijo con displicencia un tanto burlona:

—He deshecho mi compromiso.

—Pero Efraim! — reprochó angustiosamente doña Irene, mirando a su hija.

Suárez Vallejo púsole también cara de reproche.

Mas, Luisa, volviendo hacia él con dulce gravedad sus ojos serenos:

—No me extraña, dijo, y has hecho bien, porque nunca se han querido de veras.

—Tú, sí, que eres inteligente! — alabó Toto, echando sobre una silla el capote y sentándose a los pies de su hermana, en la alfombra, con mimo familiar.

Estaba rosado de frío, brillantes los ojos de infantil travesura.

Restregóse satisfecho las manos; y tomando las de Luisa, las apretó contra su cara helada.

Suárez Vallejo y ella sonrieron enternecidos. La tía Marta abandonó un momento su encaje.

—No te pongas trágica, mamá! — exclamó Toto, aludiendo al ademán con que doña Irene, entreabierta la hermosa boca y alzado el rostro a la vez, había dejado caer los brazos.

Entonces refirió el episodio con pintoresca jovialidad.

Sin exagerar nada, Adelita y doña Encarnación eran ya insufribles.

Al fin, en la muchacha, explicábanse los caprichos, las exigencias... Aunque había acabado por advertir en todo ello, a pesar de los arranques, el plan consabido para asegurarlo más.

Este fué el primer desengaño.

No obstante, Adelita era demasiado linda para que no valiese la pena dejarse embaucar a sabien-

das. Su despotismo calculado, sus falsos celos, poníanla deliciosa.

Un poco monótona, si se quería, su seducción. El mismo éxtasis de ojos alzados, el mismo ademán de apoyar en tres dedos el rostro pensativo, de sacar el pie, de volver la cara con la mejilla sobre el hombro... Todo muy ensayadito ante el espejo, muy *Priere d'une Vierge...*

Pero... — bonito al fin.

En cambio, con la proximidad del cotillón de gala en que por rito social debía formalizarse el compromiso, doña Encarnación intervino en los amores de un modo tal, que parecía ella la novia. Había acabado por no dejarlo vivir en casa más que para dormir, hasta durante la enfermedad de Luisa.

Lo peor era que Adelita, no obstante su petulancia voluntariosa, obedecía como un alférez.

Muy bonita siempre, muy elegante, muy gentil, justo era reconocerlo, aquella disciplina filial acentuaba demasiado su semejanza con la absorbente señora. Toto había advertido una noche, en el corte de su barbilla, el mismo pliegue que con grotesca placidez inflábasele a aquélla hasta el seno de pujanza monumental. Y eso podía anticiparle lo más cursi que en punto a belleza hubiera para él: una gorda de ojos lánguidos...

Pues ¿no le daba todavía a la buena señora, por empolvarse, creyendo disimularlo, aquel lunar que le colgaba de la mejilla como una borlita de felpa?... Y si también se heredaba la predisposición a echar lunares?...

Con todo, aunque aburrido ya, habría ido hasta

el fin, por no dejar plantada una chica distinguida, amiga de su hermana, cuando la propia suegra le alzó el escrúpulo con una insensatez.

Empeñada en renovarle el elogio de "la joya que se llevaba", aunque sin duda creíalo digno de ella, no sólo aprobaba la debilidad de Adelita por todo cortejo eventual, considerándolo tributo debido a su belleza irresistible, sino que una de las últimas noches había llegado a encarecerle casi como un favor la decisión de quererlo su hija a él solo, hasta concluir, tuteándolo, para mayor impertinencia:

—Porque cuando te prefirió, tenía cuatro festejantes más. Y todos de anillo!

Fué la gota del desborde. No se diría, entonces, que la perjudicaba. Cuatro, nada menos!

Carguen ellos con el perfume *Jockey-Club* y con la suega de borlita!

Sin embargo, para evitar explicaciones penosas y tentativas de acomodo, iría a reunirse con don Tristán, que quizá estaba necesitándolo.

Partió, pues, al día siguiente; y las Foncuevas, dando por malograda la estación con el temporal, se ausentaron sin despedirse, decididas a completar su veraneo en la montaña.

LXXXV

Veinte días llovió casi de continuo; y si bien no enfriaba mucho, la humedad obligó a calentar las habitaciones.

Luisa adelgazaba, aunque sin debilidad aparente, adquiriendo una elegante delicadeza que inducía a

confiar. Parecía la natural transformción de adolescencia en juventud, que suelen precipitar las crisis febriles.

Así opinaba por otra parte Sandoval, después de minucioso examen. Insistía en creer benéfico el ambiente marino, fuera de que habría sido imprudente emprender un viaje con tiempo tan desapacible. Mejor estaba, en suma, allá, sólo con mantener uniforme la temperatura interior.

La verdad es que ante el nuevo síntoma, el doctor había sentido un amago de remordimiento. Mas su diabólica tortura indújolo a martirizarse con nueva comprobación, en la intimidad de la consulta:

—Mira, *Luchita,* no es por entrometerme en tus tiernos secretos, si los tienes, pero debo insistir en preguntarte si no te domina alguna intensa preocupación... Algún sentimiento o contrariedad...

En el rostro empequeñecido por la característica extenuación, los ojos, alzados hacia él tras largo silencio, dilatáronse con una inmensa y lenta luz.

Pero al cabo de un instante, sus párpados, tan solo, abatiéronse afirmando. Su pálida mano buscaba con vago tanteo la frescura de la sábana.

—Preocupación?... Contrariedad?... — insistió él bajando la voz para disimular el ansia.

En la sombra de las pestañas, que desmesuraba hasta lo abismal ojeras fatídicas, tembló fugitiva la levedad de un ala...

—Si es necesario, entonces... Si tengo que sanar por él...

—¡Por él?

Ahogóse en la ronca exclamación la desgarradura de un grito.

Pero ella, sin atribuirlo más que a sorpresa:

—Ni preocupación ni contrariedad. Soy enteramente dichosa.

Su voz había recobrado la dulzura y firmeza habituales; pero sus ojos seguían entornados. Sandoval, a su vez, bruscamente endurecido por la certidumbre, insistía con canallesca autoridad:

—Y?...

Mas como Luisa alzara en eso los párpados, evitó su mirada escurriéndose un poco hacia la cabecera para ocultar la demudación.

—A usted — prometió ella — a usted que ha sido para mí como un padre, se lo diré primero si me decido a hablar. Antes que al mismo papá — añadió resuelta.

Un vahido la descompuso, y la sombra de sus pestañas pareció difundírsele por el rostro como una opacidad de ceniza.

Aquel pasajero desmayo no impidió partir al doctor, tan segura fué la reacción de la enferma.

Sólo que para él empezaba el desenlace... No volvería ya hasta que el nuevo ataque, el último sin duda, requiriera su impostergable asistencia. Su curiosidad desgarradora, desaparecía, por lo demás. Qué le importaba el otro ya, si él era el verdadero dueño? Si ya no sería de ese otro? Si, tal vez, ni verse más podrían? La reclusión que dejaba prescripta era tan rigurosa, y el propio Suárez Vallejo que, a no dudarlo, sólo por condescendencia permanecía allá, no paraba en el *chalet*. Ha-

bíalo visto desde el balcón matar su aburrimiento, paseando campo afuera bajo la lluvia.

LXXXVI

En su ocio forzado, que apenas alcanzaban a distraer las lecturas de pasatiempo permitidas por el doctor, o los ejercicios, someros también, de la lección vespertina, muchas veces postergada por capricho indolente, Luisa entregábase a un lujo excesivo y pueril de nobles sedas y piedras preciosas. Hubo que llevarle de la Capital la colección de mantones y encajes cuya opulencia enorgullecía a doña Irene, y las joyas familiares que se dió a usar con abandono señoril, en predilecta profusión de sortijas.

Erale grato sobrecargar con ellas por contraste sus lánguidas manos, que así agobiadas, parecían desfallecer de amor, otorgando en su palidez el lirio reinante de la hidalguía; trabarlas de pulseras con la bárbara pompa de una esclava de cuento; atardarlas en la adorable caricia de las sartas de perlas; desnudar en un temblor de rocío el grácil cuello mojado de diamantes; renovar en un entrevisto esplendor el boato antiguo de las ajorcas... Flúidas líneas de túnica y de manto inmaterializaban su andar en deslizamiento de larga seda. O era, bajo la espiritualidad sutil del ámbar, una elegancia otoñal de deshojamiento en evaporación de amorosos encajes.

Exageraba aquel perfume, para abolir el odioso dejo de creosota que difluía a veces en torno suyo un resquemo de droga lúgubre. Y el exceso

de aroma esclarecía con ligero vértigo su palor, en una inmensidad de ojos sobrenaturales.

Así, en su dulcísimo secreto, celebrábase esposa, engalanándose para él, nada más que para él, con la plenitud de una estrella solitaria. La excelsa pasión educaba sus ojos en la suavidad del apego, sus labios en la efusión del alma, sus manos en la gracia del don, su actitud en la gentileza del señorío. Y de tal suerte, gesto, ademán, postura, glorificaban en ella el Perfecto Amor, aquel arte caballeresco que eternizaba la beldad, transfigurándola en expresión de la cortesía.

La limpidez de su hermosura así lograda era tal, que engañaba como un frescor de salud. Ella misma olvidábase hasta el desvarío, en la propia ilusión que extenuaba su delgadez de luna menguante. Y no era sino mayor elegancia la holgura, excesiva ya, de las túnicas que ideaba, rebuscando con aguda susceptibilidad la molicie del matiz y la tela: de terciopelo negro, que fué su color aquella primera tarde de los amores, y que permitía descubrir con garbo tan nítido la garganta fulgurada de pedrería; de rosa tenue que encendía en claridad más sutil los brillantes; de ingenuo celeste que fantaseaba la noble fatalidad de las turquesas y de los ópalos; de lila delicado que enternecía el ensueño de las perlas; de verde luz en que, sobre el tierno pecho, sangraban los rubíes palpitante paloma; de blanco perfecto, que en la principalía del candor, pedía, único, el imperio de la esmeralda.

Cuando niña — recordaba dichosa — mientras en la reja de la ventana abierta sobre la noche, fingíase corona de hierro y de estrellas, parecíale ver-

se ataviada como entonces en una antigua cámara de muros formidables. Absurda coquetería que la tornaba indiferente a las modas y atractivos de su edad.

Su deslumbramiento arrastraba al mismo amante en una especie de mística anulación.

Después de todo, por qué no iba a sanar? Por qué no la curaría aquel régimen adoptado con tanta fe por un médico tan sabio y adicto? Su médico desde la infancia... Cómo iba a equivocarse o fracasar así! Siendo ella, además, tan joven...

Y de pronto, sorprendíase incrédulo, despreciable de bajeza consigo mismo, temblándole en una lágrima, absurda quizá, la medrosa fragilidad de su engaño.

LXXXVII

Disminuía el viento; y bajo la lluvia más pareja y nutrida, iba serenándose el mar con densa ondulación de arena. Habríase dicho que regeneraba su piel en blanquecina viscosidad de molusco.

Suárez Vallejo describíalo como única novedad a Luisa, quien no podía verlo desde el salón ni desde su alcoba, en aquellas conversaciones de la tarde que poco a poco adquirían sobrehumano embeleso.

La tibieza un tanto excesiva del salón, avivaba el perfume ambarino que las manos de la amada parecían prodigar en la pompa de su alhajas. El pacífico gris de la luz exterior cernía en el ámbito una tranquilidad de aislamiento tan inviolable, que acurrucaba los ecos en los rincones con blandura de sueño. Los cortinados pendían noblemente marchi-

tos. Desvaíanse los tapices en avejentada opacidad, que sin embargo aumentaba más bien su opulencia. En la consola cuyo espejo repetía el salón con vulgaridad de copia, una canasta de flores renovábase con igual insignificancia. El rumor del mar era tan monótono, que resultaba una percepción del silencio. La alfombra parecía ahogar los pasos en una pulverulencia de ceniza. Todo adquiría una conformidad extraterrena, una calma ya ulterior que habría sido cruelmente absurdo romper.

El mismo reposo volvía a sugerir la consoladora ilusión: Por qué no iba a sanar?... No lo afirmaba, acaso, la ciencia? No hacía milagros el mar con las parálisis y los raquitismos tuberculosos?

Cada vez más iluminada por una como milagrosa transparencia interior, Luisa iba tomando la dorada palidez de la madreselva pronta a marchitarse.

Doña Irene, harta de clausura y enteramente ciega de fe en el doctor, hallaba en su devociones y obras pías, apenas modificadas allá, motivo para salir, aprovechando los recalmones.

Además, quedaba siempre en su puesto la tía Marta, que habiendo comprendido, disimulábase, piadosa, o fingía abstraerse en prolongada divagación musical, con esa sed del bien ajeno que deja en las almas hermosas la desdicha de un grande amor.

Consciente por otra parte hasta el martirio, ante la evidente delicadeza de aquel caso cuyo tratamiento demandaba precauciones extremas, sabía que contrariar a Luisa era matarla de una vez.

Acaso no estaba viviendo sino de ese imposible amor...

¿Y a qué, entonces...

Suárez Vallejo sentía, a su vez, temblar en aquel hilo de dicha toda la angustia de su alma.

Vivir adorando ante su vida en peligro, hacerla feliz a costa de su propia ilusión, embriagarse, para embriagarla mejor, de esperanza y de olvido...

Una vez más la piadosa duda volvía. Por qué no?... Por qué no?

Pero no bien advertían la soledad, en los cortinajes lóbregos, en los muebles cerrados, en las mismas flores que aclaraban la penumbra con tardío frescor, estirábase como una pantera negra la pérfida voluptuosidad de la muerte.

Y eran, en la ocasión conseguida, los besos ávidos de beberla, que la amada desunía a veces, para atardarlos con mística pasión sobre aquellas sienes donde había encanecido por ella la tortura de los aciagos desvelos.

—Cuéntame el mar, mi amor, tú que puedes verlo. Cuéntame los colores del mar...

Lentamente iba obscureciendo la noche.

Una extraviada transparencia de charco demudábase en el espejo.

Encantaba la serenidad alguna quejumbre de retardada melodía.

De pronto, voltejeando en la sombra como una almita, despertaba la fragancia de un jazmín o un narciso.

Y en la ya nocturna obscuridad que parecía profundizar la alfombra, retraían el último reflejo, con esplendor fugaz, las chinelas recamadas de lentejuelas de oro.

LXXXVIII

Saltó de golpe el viento, y su inverso empuje arrolló el temporal en balumba gris sobre el horizonte.

La limpidez azul del cielo y del mar embanderó triunfalmente el día.

Sobre la crespa marejada, la contra ráfaga chapuzaba al sol, pulverizando irisados vidrios.

De cuando en cuando, una ola, en desmesurada efusión de brindis, rompía sobre el cantil su copa de jaspe.

Bajo una inocente alegría de renacer, la luz parecía nueva, y verdaderos lampos atizaban su esplendor a cada sesgo de gaviota.

Un oro flúido rizaba con sutil vibración el cristal del aire.

Pero en aquel estremecimiento de sol tiritaba el frío.

Así, no obstante las precauciones, el aumento de calefacción, los abrigos, Luisa sintió el efecto del cambio brusco.

La consiguiente inquietud, extremóse para el joven, bajo el disimulo de la exaltada descripción, en un sobresalto intenso.

Pocos días atrás, durante un silencio en la mesa, como Luisa extendiera la mano hacia la garrafa, cayósele sobre el plato, con nítida sonoridad, una sortija. Suárez Vallejo sintió el contragolpe en el corazón, como una advertencia.

—Te está grande ese anillo, observó doña Irene.

Luisa limitóse a contemplar con piedad melancólica sus dedos adelgazados.

LXXXIX

Una congoja de vértigo, a pique ante ella como una sombra sin fondo, revelábale bajo su helado trasudor la agravación inminente.

Sobrepúsose, no obstante, al primer amago, para llegar hasta el salón una tarde más, una límpida tarde, tan clara, que en vez de apagarse con el crepúsculo, reavivaba más penetrante la luz, transparentando cielo y tierra en una diafanidad de amatista.

Advertida por su propia angustia, la tía Marta salió, comprendiendo que se aproximaba un desenlace.

Los amantes hablaron poco. Una pureza inefable abstraíalos en aquella luz apaciguada de la inmensidad. Callaban como cuidadosos de la perfección de su amor. Una perfección que olvidaba en la delicia de su propia infinitud, ajena al mundo, al tiempo, a la vida...

Mas, con el cambio de viento, llegaban ahora hasta el salón las campanadas del reloj municipal. Y de pronto, bajo el silencio que parecía eternizar la piedad de la tarde suspensa en él, pasó con ellas nítida, lenta, irrevocable, la advertencia de la fatalidad.

Suárez Vallejo, con súbito escalofrío de pavor, notó aquella gracilidad en que visiblemente abatíase una azucena; la afligida humedad de la frente demasiado clara; las llamitas funestas de los pómulos; la quemadura aciaga de las ojeras.

Y con el ademán habitual, le pidió en silencio las manos.

Retirándolas del manguito en que buscaban disimulo y no abrigo, tendióselas ella con desolada y suprema elegancia.

Entonces lo erizó de nuevo el espanto. Las sortijas habían desaparecido.

Desnudos en su ardorosa delgadez, los pobres dedos no podían ya retenerlas...

Sobre esas manos que empezaba así a despojar la muerte, derramáronse, joyas vivas, sus lágrimas.

—Qué quieres que haga, mi amor... Las pobres se me han enflaquecido tanto!...

Y tras un suspiro sonreído en la obscuridad:

—Ya no sirven más que para lloradas.

Una noche de paradisíaca hermosura, entraba sin tinieblas, menos sombría que el mar.

Al ocaso, en el cielo de intensidad verde, abríase con amorosa palpitación el capullo del lucero.

XC

Todos habían precipitado el regreso ante la ya extrema gravedad de Luisa.

Casi no abandonaba el doctor la pequeña antecámara dispuesta como enfermería, para evitar a aquélla la exhibición de remedios y aparatos.

Doña Irene y la tía Marta turnábanse en la alcoba, dejándola sólo por instantes, a indicación de Sandoval.

Con anomalía cruel mejoraba el tiempo. Un luminoso renacimiento estival glorificaba la plenitud de la vida. La calma era tan profunda, que apenas se oía el rumor del mar.

Al anochecer del cuarto día, tras la celebración,

puramente consoladora, de una junta con dos colegas que veraneaban allá, el doctor había decidido reposar un instante.

Subió, pues, a su habitación, con dicho pretexto, pero en realidad con el fin de sobreponerse al duro reproche que el mayor de los médicos ni siquiera atenuó, ante esa adopción contraindicada del ambiente marino bajo el prestigio de una teoría elocuente. Eso no era experimentar, sino jugar con la vida humana, y su pronóstico decidíase redondamente pesimista.

El más joven callaba con adusto respeto, aunque se adhirió al mismo parecer.

Allá en el balcón, sólo ahora, Sandoval erguíase, implacable, ante la propia desolación de su maldad.

El lucero, más límpido que nunca, iba cayendo al mar solitario.

Pronósticos!... Reproches!... Si él era el dueño de esa muerte!

¡Claro que se iba a morir, divina y amada como nadie lo fué nunca!

¡Eso era, eso sí, querer hasta la muerte, como decían!

Y después de verla muerta, qué le importaba a él morir también, fracasado, hundido!...

Ah, los imbéciles con sus pronósticos!...

Las potencias de la fatalidad y de la sombra: la pasión, el mar, la muerte, él las desataba con poderío incontrastable. El, él solo precipitaba al abismo la pálida criatura que iba hundiéndose en aquella inmensidad de amargura y de tinieblas, como el lucero tembloroso a la orilla de la noche.

Quién comprendería la desesperación de no poder evitar esa sentencia más fuerte que él mismo!

La horrenda angustia de llorar su propio crimen!

El paso de Suárez Vallejo en la vecina habitación, contuvo el alarido de llanto demente en que iba a estallar.

Habían vuelto para aquél los días de soledad espantosa.

Aferrado a la insensatez de una esperanza más cruel que la certidumbre, partíanle literalmente el alma, como un descuartizamiento, la absurda posibilidad del milagro y la lucidez implacable de la fatalidad.

Caía así otra horrenda noche, en la quietud como eterna que cruzaban, augurales, las campanadas del reloj.

La tía Marta, que piadosa siempre con él, solía traerle algún consuelo, no llegaba. No vendría seguramente ya. Mala seña!...

Rehusó la comida por no molestar y por no ver la cara del criado, que presentía de mal augurio.

A eso de las once, asomó la tía Marta. Su pálida serenidad infundióle instantáneo alivio.

—Duerme tranquila — limitóse ella a murmurar, retirándose acto continuo.

En el exceso de su desesperación, tranquilizólo aquéllo con lasitud extrema. El corazón temblábale, doloroso aún, pero la amenaza de la soledad se alejaba de él.

Reabrió entonces el manuscrito provenzal que se daba la ilusión de descifrar para ella, a título de sorpresa y galardón cuando sanara. La sentencia de la corte de amor estaba ya puesta en claro.

Sólo faltaba leer las firmas de las damas que subscribían el antiguo documento.

Nada lo distraía tanto como la monótona pesadez de ese afán.

Aunque la alcoba de Luisa quedaba en el ala opuesta del edificio, jardín por medio, al levantarse en busca de un diccionario cualquiera, anduvo de puntillas para no turbar el silencio.

Parecíale, tan dolorido estaba, que iba pisando sobre su propio corazón.

La lectura empezó, bastante difícil como para ir sumiéndolo en una abstracción remota. Eran diez nombres que el copista había decorado de arabescos a la usanza oriental: Eleonora de Sabran, Blancaflor de Saluces, Ana Gantelmes, Alicia de Mont-Pahon, Hermisenda de Pierrefeu, Beatriz Malespine, Brianda Tallard, Dulce de Moustiers...

Mas, al descifrar la penúltima firma, el manuscrito se le cayó de las manos.

El soplo del misterio erizó su nuca, abismándolo en estupenda palidez.

Sobre el gótico pergamino, leía, sin creer a sus propios ojos, este nombre turbador, asombroso, quizá fatídico: *Luisa de Mauleon.*

XCI

Amaneció uno de aquellos días de oro claro, fragantes de pradera y de mar.

Gloriábanse, casi continuos, jubilosos gorjeos.

Suavizaba la urraca, como remota en la poesía matinal, su dulzura de pífano silvestre.

En el parque inmediato, un arrullo de tórtola enternecía el misterio de la arboleda.

Reanimada por aquella hermosura, Luisa había sentido un gozo tan absoluto de vivir, que al acto quiso levantarse.

Afianzaba, sobre todo, su impresión de salud, la agudeza con que sentía en murmullos y trinos la música de la mañana.

Mas, al traicionarla sus fuerzas, cuando apoyada en la tía Marta intentó dejar el lecho, díjole sin perder su alegría:

—Qué lindo es todo y qué buenos son todos conmigo! Cuando me muera, quiero que me dejen acá, donde he sido tan dichosa.

Y ante la actitud de piadosa protesta, que intentaba fingir despreocupación:

—No, no. Prométame que harán así. No se lo pido a mamá por no afligirla.

Suspiró ligeramente, mirándose las manos:

—Me siento sana. Tal vez el milagro del mar que el doctor espera... Y la promesa de mamá a Nuestra Señora... A la *Stella Maris*... Pero estoy tan concluída!... Verdad que me sienta este batón de encajes? Cómo me halla hoy?... No estoy muy fea?...

Abrazó de pronto la vieja amada cabeza:

—Tía, tiíta Marta adorada! Usted es la única que sabe lo que es querer!

Su recobro fué tan evidente, que animó a todos.

Volvíale aquel sonroseo de perla que tenía algo de iluminación. Su sonrisa era tan amorosa, que parecía reinfundirle una delicada ebriedad.

Jovial con Toto, dulcísima con don Tristán, agra-

decida a la madre buena que había obtenido para ella aquel favor de la Virgen, subyugábalos a su convicción de mejoría, llena de encanto y de proyectos.

Mandó retirar de la antecámara los remedios, para suprimir especialmente el olor a creosota.

Enterado de la novedad, Suárez Vallejo habíale enviado flores.

Sólo la tía Marta, ausentándose por momentos, lloraba a escondidas. La enferma tuvo una broma de piedad cordial para sus ojos que creía enrojecidos por el desvelo.

Y como durante el almuerzo de la familia, se quedara un instante a solas con Sandoval:

—¿Sabe que otra vez pasaron "ellos"... Aquellas listas azules en la obscuridad...

—Y te dicen algo, *Luchita?*

—Lo mismo que antes — recuerda?... *Me hablan de amor y me llaman al olvido.*

El olvido!...

Cuando al caer la tarde fueron por él con alarma repentina, esperaba el trance de un momento a otro.

El crepúsculo reinaba ya en la alcoba tranquila.

La palidez de Luisa destacábase en la penumbra, casi como un albor, devorada viva por sus ojos inmensos. Su cabellera parecía evaporarse, enorme, en la sombra.

Quería hablar a solas con el doctor, que inmóvil al pie del lecho, callaba.

—Gracias, dijo con leve fatiga. Comprendo que ya no hay nada que hacer... No se alarme... No me ofrezca ningún remedio más... Estoy tranqui-

la. Tengo que pedirle algo, y cumplirle una palabra que le di.

Bajó ligeramente los ojos, añadiendo sin transición:

—Soy la amante de Carlos Suárez Vallejo.

La conmoción de Sandoval fué tan violenta, que Luisa alzó de nuevo los párpados.

—Nadie fuera de usted debe saberlo en el mundo. Nadie — prosiguió con suave entereza — y menos los de casa. Lo que tengo que pedirle es que lo cuide como me ha cuidado a mí, para impedirle que me siga.

Su voz era paulatinamente más baja y categórica.

—Ahora, concluyó, quiero hablar con él solo. Vaya y envíelo acá. Usted manda en casa.

Y como el otro no se moviera, frunció imperiosa el entrecejo:

—Vaya en el acto!

XCII

Suárez Vallejo cayó de rodillas ante el lecho, empapando en lágrimas la pobre mano ya fría.

Luisa suspiró con la dicha callada y honda de las tardes perfectas.

Su mano desprendióse lentamente, para acariciar como solía los amados cabellos.

—Amor mío, mi único amor, el momento llega. Veo una luz inmensa en el mar!

El infeliz tembló de espanto y de lástima. Empezaba a no dudarlo el delirio, porque el mar, desde allá, no podía verse.

—No deliro, adivinó ella. Estoy ya muy alta y veo la luna.

Contemplaba él, aterrado ahora, la palpitación de sus párpados caídos.

—No te desesperes, mi amor, proseguía la moribunda. Júrame que no te harás ningún mal por mí... Que no intentarás seguirme. No lo hagas nunca... Espérame. Yo vendré a buscarte. Tienes que cumplir tu destino... Ahora cuando salgas, di que me dejas dormida. No quiero que perturben mi primer momento de eternidad... Pobres!... Sufren por mí... Pero yo no soy más que tuya... Nada temas. Sigue viviendo por nuestro amor. Yo te cuidaré desde la sombra.

En la propia inmensidad de su dolor, Suárez Vallejo dominado por misterioso poder retuvo su llanto.

Luisa tanteó vagamente el aire, extraviada ya en la ceguera de la agonía:

—Bésame, mi amor, para irme en tu beso.

Suárez Vallejo la sintió, así, apagarse en sus labios.

Cuando salió de puntillas, los demás esperaban, desolados bultos, en la obscuridad casi completa que ni siquiera atrevíanse a alumbrar.

—Se ha dormido—murmuró, escurriéndose, sombra él también, entre las sombras.

Largo rato después, cuando sintió llegar a su aposento el estallido de los sollozos lejanos, hallóse, como de estupefacto regreso, en el balcón cuya baranda soldábase a sus manos con frialdad metálica, impasible hasta verse infame, firme hasta

darse miedo, hueca la frente y fijos los ojos en la luz inmensa del mar.

XCIII

Pasados tres días, y aun a riesgo de violentar el suplicante afecto de doña Irena que le rogaba: "No se vaya así, no nos deje así, usted que fué para ella casi un hermano"! — su decisión de partir estaba tomada.

No pegaba los ojos, siempre hundido en aquella tranquilidad más tremenda que cualquier desesperación.

La casa entera parecía abandonada, y don Tristán había caído enfermo.

Resolvió aprovechar la mañana hermosa, pues contaba tomar el tren nocturno para conseguir un camarote solo, y andando como entre sueños, fué a dar sin pensarlo en el reducido cementerio local donde se cumplía la voluntad de la difunta.

Estaba cerrado; mas, la pared del recinto, tan baja que apenas le daba al pecho, permitíale ver su interior solitario. En la cornisa de un sepulcro, un jilguero trinaba junto a su nido. Suárez Vallejo intentó en vano enternecerse con esa inocente dicha. Brillaba ante él, con igual indiferencia, el mar donde iban alejándose las barcas pescadoras.

Allí estaba, pues, su pobre amor, con su último beso muerto también en los labios. Veía muy próxima la modesta sepultura prestada donde dormía entre un desbordamiento de flores apenas marchitas, sobre las cuales zumbaba un abejorro.

El también sentía un ansia profunda de llorar y dormir.

Así pasó el tiempo, indeterminado, inútil, bajo el ardiente sol que agravaba el desamparo de los campos desiertos.

Y ella estaba siempre allá, quieta, callada, y él sufriendo siempre hasta la agonía aquella impotencia de llorar y dormir.

La última vez que se vieron en el salón, ella dejó caer la cabeza en su hombro.

Tuvo de repente la impresión de volver a sentirla.

Miró de reojo con lentitud...

Nada!...

En la meseta arenosa que a su espalda extendíase, reinaba plena la soledad.

Dichosos los muertos!

Una infinita sed de libertad le angustió entonces el alma.

No iba a dormir nunca, pues. El ansia inútil de llorar pesábale sobre el corazón, intolerable como una piedra.

Intolerable como una piedra...

Como una piedra que era menester echar de encima a toda costa.

Advirtió satisfecho que llevaba el revólver.

Sacólo con pausa, echándole una mirada cariñosa. Cómo había tenido la buena idea de alzarlo al salir!...

La vida que iba a dejar, inundó su ser con la embriaguez de una belleza sobrehumana.

Oh dulzura divinamente triste como la del amor! Dulzura de la perfección eterna! Gozo inefable de

morir!...

En ese momento, un tilburi cuyo rodar apagaba la arena, detúvose detrás de él, al propio tiempo que una voz exclamaba con acento extranjero:

—Doctor Suárez Vallejo, qué hace aquí usted con este sol!

Su mirada, turbia de extravío y de asombro, apenas reconoció al transeúnte.

Era Ibrahim Asaf.

XCIV

—Volvía de ver unos terrenos cuya adquisición me interesa, y que me han retenido acá tres semanas con motivo del temporal — explicaba el asiático en el saloncito familiar de la pensión donde residía.

—Soy huésped único — añadió ante la mirada inquieta del joven. — Nadie puede oírnos, ni se ocuparán de nosotros. Gente inglesa: reservada, tranquila...

Calló un momento.

—Así, pues — prosiguió con gravedad — ha pasado usted el trance en la condición prodigiosa que no se realiza sino cada muchos siglos. El sacrificio de un ángel le ha abierto las puertas de la eternidad. Ahora conoce usted el secreto. No tardará mucho en sentir materialmente sus consecuencias. Ella vino a buscarlo del otro lado de la vida y del tiempo, separada de usted por sombrío episodio, desde la época en que habitaba un castillo de piedra del Languedoc.

Volvió a callar como recapacitando. El joven había empezado a llorar sin lágrimas, en un suaví-

simo desahogo interior que no alteraba su semblante. Parecíale que recordaba y no, con incongruencia de sueño:

...Una suntuosa cámara... El puñal que caía... Dos manos pálidas sobre un laúd... Un velo empapado en sangre...

—No abren la puerta de la eternidad sino la muerte aceptada o el sacrificio de un espíritu puro que cae en la materia con ese fin, adoptando una encarnación que ya no necesita. Vida por vida, según la inexorable ley. Pero encarnar es volver al dolor extinguido tras siglos de prueba... Por otros tantos quizá... Milagro de amor, tan difícil, hasta para los mismos ángeles de compasión!... Un grande acontecimiento que reanudará la historia de nuestras razas, a la cual ella y usted halláronse unidos, requerirá la colaboración de usted. Así podrá usted cumplir su destino; y mientras tanto, ella será vengada. Así también podrá usted acompañarla, para siempre ya, en el camino de expiación que se ha impuesto.

Elija usted entre perderla si la desoye, o seguirla a través del infierno que es la encarnación adoptada, con todas sus infinitas miserias, de las cuales será una ya esa venganza.

Porque al caer así en la materia, los espíritus de la luz se convierten en ángeles de la sombra.

Y ahora — quiere usted ser de los nuestros? Venir al seno de la Santa Fidelidad?

XCV

Apenas se vió a solas, Suárez Vallejo experimentó un terror inmenso y confuso.

Inmóvil en el centro de su habitación, sentíase, no obstante, desplazado materialmente en un vacío sin término.

Caía?... Flotaba?...

Palpóse lentamente. La impresión que se causó fué como la del humo.

No. Eran sus manos las que parecían de humo.

Percibíase desde lejos, en aquella disgregación de su propio tacto.

Sus pies asentaban netamente en el piso, pero sin ninguna impresión de sensibilidad.

Y de pronto, su conciencia estalló en una explosión formidable y muda.

Algo que se anulaba en él, anulándolo, intentó asirse a su propio ser con el soslayo de un manotón errado.

Un frío lento iba yéndose de él como la empañadura de un vidrio.

Su mirada, lejanísima en la luz, era la misma línea del horizonte.

Más allá...

No. Más allá estaba él otra vez, opuesto a sí mismo, absolutamente lineal. Una línea, no más: su propia mirada.

El terror absoluto del horizonte...

...Un vértigo abismal, que era su propia mirada.

Y todo él cayendo en ella.

Caía?... Flotaba?...

Flotaba?... Comprendía?...

Comprender!...

Su corazón era un agujero doloroso... El dolor que debió agujerearle el corazón...

El dolor bienhechor del tiro!...

Y ahora, sí, mucho más hondo, más negro, más fatídico, el pavor de comprenderlo!

La voluntad de morir había sido tan poderosa, que desintegró su ser para siempre.

No era la muerte, porque faltó el episodio mortal. Mas tampoco podía considerárselo ya un viviente.

La muerte requiere una causa material. Es un efecto. Pero la sola voluntad de morir puede ponernos espiritualmente *del otro lado de la vida.* A veces por un momento. A veces del todo.

Con qué desolada lucidez lo comprendía!

El camino del infierno empezaba, pues, para él. Otro y él mismo a la vez, era ya su propio fantasma.

¡Qué valía, con todo, su horror, ante el sacrificio de la celestial criatura?

Aquel sacrificio en que el Angel debía caer a la obscuridad y a la tristeza, al dolor y a la muerte, que son las miserias de la existencia carnal, para absorber hasta extinguirla en su propia intrínseca luz, la sombra separatriz del ser amado.

XCVI

Solitario aun el club en aquel final de temporada veraniega, casi no había más concurrentes a la sala de armas que Suárez Vallejo y el doctor.

Tácito convenio impedíales hablar de la desgracia, aunque atribuyéndose recíprocamente falsos motivos. Sandoval, alguna promesa impuesta al amante; el otro, aquel siniestro fracaso que el médico debió cubrir con una verdadera fuga, bajo la

insistencia atroz del grito materno en que clamaba el instinto infalible:

—Me la mató el mar! Me la mató el mar!

Pero el joven no le guardaba rencor, creyendo en la buena fe que parecía confirmar su tristeza trágica. Veía por el contrario en él algo de su pobre amor, que se lo tornaba a la vez lúgubre y simpático.

Los Almeidas habían decidido pasar el año en la estancia devastada por la inundación, no sólo a fin de reparar los perjuicios que fueron cuantiosos, sino para evitar las otras casas, demasiado llenas de recuerdos.

Cárdenas, leal siempre, no descuidaba un día a su amigo, multiplicando su ingenio con delicadeza "de hermana mayor" decía aquél. ¡Los sollozos que se había tragado, hasta socavarse garganta y corazón en ronquera de aneurisma!

Y en cuanto a Blas, Suárez Vallejo recordaría siempre aquel día de su llegada, en que, de pura pena, habíasele escondido tras la puerta de la estación, por no faltarle al respeto con el llanto que no iba a poder ahogar. Ahora vivía a su servicio en la pensión, o mejor dicho a su arrimo; y por la tarde, cuando salían todos, buscaba el umbral de la cocina donde se acurrucaba como un perro para llorar a solas.

Suárez Vallejo no tenía más distracción que sus asaltos de esgrima con Sandoval.

La existencia no le representaba ya sino una amarga espera, indefinida en titubeante estupor. Existencia, que no vida, ya que él mismo no era

sino una ilusión corporal en este mundo: una sombra del otro lado...

...Aquel más allá que tampoco percibía sino como una vaga quietud gris: una vaguedad de insomnio en la niebla...

Por esto, una de esas mañanas de esgrima, habíalo sorprendido su propio entusiasmo ante el doctor. Probablemente, díjose, debido a la misma intensidad del juego, si no a la pasión comunicativa de su adversario.

Concluída su lección, el maestro acababa de retirarse.

Sandoval atacaba con ímpetu, multiplicando los batimientos. El centelleo de su mirada era tal, que a despecho de la careta, la alegre valentía del hierro parecía iluminar su palidez. Aguantaba el otro, correcto, hasta reducir su línea al perfil de un rayo de luz; y con elástico apronte, recogíase en la guardia, envuelto por su inevitable punta.

De pronto, tras dos breves fintas, batió a su vez, entrando al grito.

Sintió a un tiempo caer un pedazo de hoja y hundirse su espada rota en la carne.

—Tocado! — gritó con arrogante homenaje Sandoval, empinando su careta.

XCVII

La estocada era mortal, y minutos después perdía el herido la palabra.

No la recobró sino poco antes de fallecer esa noche, para decir al oído de Suárez Vallejo con un soplo doloroso que aceleraba su estertor:

—Yo limé la hoja. En una carta que le dejo, verá por qué. No merezco su compasión ni su estima. Retiró la mano que el joven quería tomarle, y entró en agonía, ya para no volver.

XCVIII

La carta era seca como un informe. Contaba todo, sin sombra de arrepentimiento. La misma ejecución mortífera por mano del joven, fué, decía, una ocurrencia, inexplicable, quizá; una forma de suicidio adoptada con fría desesperación. Sandoval habíase impuesto así la pena capital de los asesinos. No por él ni por el otro, sino por ella. Para ser también él solo quien la vengara. Un suicidio común habríale parecido poco. La elección del ejecutor era también por ella. Porque, siendo su amante, era el que más habríala satisfecho. Y si todo aquello parecía un caso de enajenación mental, o lo era en efecto, convendría pensar que cualquier pasión desesperada es una forma de locura. El despertamiento atávico del corsario antecesor, en él, constituía, pues, el caso. Decía la tradición familiar que los Mauleon poseyeron sobre el Mediterráneo una fortaleza desde la cual pirateaban y arrojaban a las mujeres infieles. Comuníqueselo al doctor Fulano, añadía: el disidente del pronóstico fatal.

XCIX

—Y fué así, concluyó Suárez Vallejo epilogando, como entré en relación con los adeptos. El desarrollo de mi carrera me llevó al Asia, y allá conocí al

último de los cinco Imanes de Revelación, que invisible para los profanos, reside en...

Pronuncié mentalmente el nombre del paraje.

—Eso es, dijo mi interlocutor, sin citarlo ya.

—Lo que no puedo — prosiguió — es sofocar el ansia de reposo, de muerte completa, que me domina... ¡Las temeridades que he cometido, los riesgos que he provocado a tal fin!... Sin miedo, por lo demás, ya que en suma no pertenezco a este mundo. Inútil todo, siempre inútil. El ángel vela en la sombra. Y cada vez, una circunstancia inesperada pero lógica, me salva en el momento justo. Ya es un episodio fortuito, aunque natural, ya una sugestión que desvía las voluntades hostiles, como aquella de la propia ejecución que imbuyeron los adeptos en el alma infame de Sandoval.

Un relámpago de implacable aversión brilló en su mirada.

—Y lo más triste es esto, que va a concluir de sincerarme ante usted: Por ese instinto del misterio, que explica la inclinación de las mujeres a lo trascendental, no es raro que tiendan a enamorarse de mí. Trátase de una atracción casi física, que experimentó usted mismo, me parece, bajo la forma del vértigo. Algo, sin duda, más temible que grato. Pero el amor femenino empieza temiendo...

Su frente inclinóse con desolada fatiga:

—Verá usted la jactancia que en ello puede haber (por qué no decirlo ya?...) para un muerto.

Clavóme sus ojos, lejanos en la eternidad. Sus ojos sin fondo:

—Por eso tengo que ausentarme. Soy uno que

existe en el vértigo... Uno que debe incesantemente partir...

Y tendiéndome la mano:

—En homenaje al encargo que le he traído, prometóle que, si me es posible, me despediré de usted cuando el ángel venga por mí. Cuando llegue mi hora...

C

Mediante la copiosa información en que los diarios rivalizaban, asistíamos, por decirlo así, a los preliminares del armisticio que iba a terminar la Gran Guerra.

Rendido a tanta contradictoria emoción, dormía una noche, lejana ya de aquella extraña entrevista, cuando me despertó la impresión de un estallido.

"Pesadilla de guerra" — pensé sin sobresalto, atribuyéndolo a mí excesiva preocupación.

Habíame quedado con los ojos abiertos en la obscuridad, gozando la sensación de las tinieblas, que me es grato experimentar en el silencio de la noche.

Ajeno a toda alucinación, clara la mente, y sin vincular a ningún recuerdo el estrépito despertador, advertí que hacia el fondo del cuarto, a la altura del dintel, cruzaba la sombra, sin ser de ningún modo claridad ni vislumbre, opaca como la misma obscuridad, una lista azul que fué encogiéndose hasta desaparecer.

Entonces, con certidumbre imperiosa y absurda a la vez, me asaltó una idea:

—La despedida...

Dos días después, entre la multitud de despachos que colmaban mi diario matinal, hallé uno confirmatorio, de Lisboa:

"En forma repentina, ha fallecido en el edificio de la legación, donde moraba, el ministro de..."

—Al fin!... — díjeme, como aliviado a mi vez por una especie de melancolía dichosa.

Pasaron las horas, sin mayor preocupación a decir verdad, cuando cerca ya del mediodía, el portero apareció con una tarjeta.

—*Juan Medina, acopiador* — leí en voz alta. No sé quien es. Dígale que no estoy.

El portero volvió momentos después con un legajo que el visitante me dejaba sin insistir.

Bajo mi dirección, puesta con tinta en la cubierta, había escrito a lápiz, en caracteres arábigos y latinos: *Ibrahim.*



INDICE

EL ANGEL DE LA SOMBRA

		Pág.
Capítulo	I	7
„	II	12
„	III	15
„	IV	21
„	V	26
„	VI	29
„	VII	32
„	VIII	34
„	IX	38
„	X	39
„	XI	40
„	XII	43
„	XIII	46
„	XIV	50
„	XV	52
„	XVI	54
„	XVII	55

Pág.

Capítulo XVIII 58
„ XIX 59
„ XX 60
„ XXI 61
„ XXII 62
„ XXIII 63
„ XXIV 64
„ XXV 66
„ XXVI 71
„ XXVII 72
„ XXVIII 73
„ XXIX 74
„ XXX 75
„ XXXI 78
„ XXXII 81
„ XXXIII 83
„ XXXIV 84
„ XXXV 85
„ XXXVI 88
„ XXXVII 90
„ XXXVIII 92
„ XXXIX 92
„ XL 94
„ XLI 95
„ XLII 96
„ XLIII 98
„ XLIV 99
„ XLV 100
„ XLVI 102
„ XLVII 103

		Pág.
Capítulo	XLVIII	105
„	XLIX	108
„	L	110
„	LI	112
„	LII	113
„	LIII	114
„	LIV	119
„	LV	122
„	LVI	124
„	LVII	128
„	LVIII	129
„	LIX	130
„	LX	131
„	LXI	133
„	LXII	135
„	LXIII	137
„	LXIV	138
„	LXV	140
„	LXVI	141
„	LXVII	143
„	LXVIII	143
„	LXIX	144
„	LXX	148
„	LXXI	150
„	LXXII	151
„	LXXIII	153
„	LXXIV	154
„	LXXV	157
„	LXXVI	159
„	LXXVII	163

		Pág.
Capítulo	LXXVIII	165
,,	LXXIX	167
,,	LXXX	170
,,	LXXXI	171
,,	LXXXII	173
,,	LXXXIII	175
,,	LXXXIV	176
,,	LXXXV	179
,,	LXXXVI	182
,,	LXXXVII	184
,,	LXXXVIII	187
,,	LXXXIX	188
,,	XC	189
,,	XCI	192
,,	XCII	195
,,	XCIII	197
,,	XCIV	199
,,	XCV	200
,,	XCVI	202
,,	XCVII	204
,,	XCVIII	205
,,	XCIX	205
,,	C	207

Loncan Enrique. — Las charlas de mi amigo (2.a edición) . . . $ 3.—

Lebrón Agustín. — Lo que dicen ellas . . . „ 1.—

Lagorio Arturo. — Las tres respuestas . . . „ 2.50

Last Reason. — A rienda suelta . . . . „ 1.20

Ledesma Roberto. — Caja de música . . . . „ 1.50

Lugones Leopoldo. — El Angel de la Sombra „ 2.50

Id. íd. — La Guerra Gaucha . . . . „ 3.—

"Luz y Sombra" — Chic. 2.50

Marechal Leopoldo. — Los Aguiluchos . . . „ 2.—

Martínez Cuitiño Vicente. — Teatro. Tomo I: La fuerza ciega. - La humilde quimera . „ 2.50

Tomo II: El segundo amor. - La bambolla. - Rayito de sol . „ 2.50

Tomo III: La fiesta del hombre. - Los Colombini. - El viaje de D. Eulalio . . . „ 2.50

Tomo IV: Los soñadores. - El Malón blanco. - No matarás . „ 2.50

Tomo V: Cuervos rubios. - Mate dulce. - Notas teatrales . . „ 2.50

Tomo VI: La mala siembra. - El derrumbe. - Nuevo Mundo . . . . . . „ 2.50

Moreno Ismael. — La Huerta . . . . „ 3.—

Id. id. — El matadero . . . . „ 2.—

Méndez Caldeira María Angélica. — Gracia y Castalia . . . . „ 2.50

Mercante Víctor. —Charlas pedagógicas . . . „ 3.—

Morales Delio. — La confesión de Lander Pausarac . . . . „ 2.—

Medina Onrubia S. — Akasha (novela) . . . „ 2.—

Nogueira Manuel N. — Los excluídos del amor $ 2.50

Olivera Lavié Héctor. — Una tragedia . . . . „ 2.50

Olivan Santiago S. —Las visiones del rondín (cuentos) . . . . . „ 2.—

Pagano José León. — El hombre que volvió a la vida . . . . . . „ 2.50

Peyret Marcelo. — Padre nuestro . . . . . „ 1.—

Id. id. — Alfa Gracia . . . . „ 2.50

Id. **id.** — Mientras las horas pasan (cuentos de amor) . . . . . . „ 2.—

Pascarella Luis. — Horas matinales (páginas de un escolar) . . . . „ 1.50

Palcos Alberto. — La vida emotiva . . . . „ 2.50

Palacios. — Universidad Nueva . . . . „ 5.—

Quesada Josué. — Idolos que pasan . . . . . . „ 2.50

Rolland Romain. — Clerambault (2.a edic.) „ 2.—

Renán Ernesto. — Patricio (enc. tela) . . . . „ 2.—

Rinaldini Julio. — Críticas extemporáneas . . „ 2.—

Ruibal Salaberry Dr. — Higiene Pública. - Ingeniería sanitaria . . „ 6.—

Scalabrini Ortiz Raúl. — La Manga . . . . . . „ 2.50

Saravia Linares Clara. — Lirios de otoño . . . „ 2.50

Torre Peña Jorge de la. — Plata bruna . . . „ 2.—

Vedia Joaquín de. — Cómo los vi yo . . . . . „ 2.50

